

La Dama y el enemigo



un romance prohibido

CLAIRE MOORE

La dama y el enemigo

Claire Moore

0

Dolores siempre quiso ser como su madre, formal, discreta, amante de su familia y temerosa de Dios. También quiso, además, ser una mujer independiente y tener éxito profesional. Quiso tener un marido apuesto y exitoso. Y quiso estar junto al poder. Dolores había tenido éxito en todo. Pero ahora estaba a punto de tirarlo todo por la borda.

Tenía miedo, porque toda su vida y todos sus éxitos iban a irse por el desagüe por un amor.

Pocos meses antes, nada en la vida de Dolores podía hacer sospechar a nadie, ni ella misma, que la vida pudiera pegar tal vuelco. Un día laborable cualquiera se levantaba temprano, cuando Rafael aún estaba en la cama, y se dirigía a desayunar a la sala de estar. La casa ya estaba cálida en invierno y el desayuno caliente preparado por Evelyn, la muchacha filipina que vivía en la casa, en la habitación del servicio.

—Muchas gracias, Evelyn.

Cada mañana, Dolores le daba las gracias por el pan recién hecho, el tomate y las tostadas con café que le preparaba Evelyn. Pese a estar a su servicio, nada impedía ser educada, pensaba Dolores. Además así tenía contenta a la joven filipina, siempre sonriente con sus señores, delgada y poca cosa, de actitud sumisa y servicial, que no daba nunca ningún problema.

Cada mañana, después del desayuno, Dolores, corría casi una hora y hacía algo de ejercicio en su pequeño gimnasio junto a la piscina. Después, se duchaba, iba al vestidor y se preparaba para ir al trabajo. Aquella mañana se demoró más de la cuenta en el espejo, pues creyó advertir que una arruga de la comisura de sus labios era más profunda de lo que recordaba. Hay mañanas en que una se ve espléndida y otras en las que preferiría salir con una máscara veneciana para que no advirtiera nadie el peso del tiempo sobre su rostro.

Dolores tenía cincuenta y cinco años y como suele decirse, quién tuvo, retuvo. Sin embargo, para ella no era bastante lo que “retenía”. Se veía vieja y no se gustaba a sí misma. Cada mañana perdía más tiempo en camuflar su vejez, sus arrugas, sus imperfecciones, sus pieles flácidas... así que había comenzado a madrugar más. Se teñía el cabello de rubio desde hacía ya muchos años, así que, al menos, las canas ya no eran una preocupación. Se colocó sus perlas en las orejas, su reloj y su traje de chaqueta gris Saint Laurent y ya estaba lista para salir a la calle. Antes de salir, se asomó a la habitación, donde Rafael dormía. Pensó en ir y darle un beso, como años antes. En cualquier de esos besos de despedida, quizá él la habría cogido de la mano y la habría metido en la cama para hacerle partícipe de su excitación mañanera. Ella se habría resistido entre risas para no llegar tarde al trabajo y, quizá se habría ido a trabajar o quizá habría cedido a la pasión lasciva de su marido y habría llegado más tarde. Pero hacía mucho tiempo que nada de eso sucedía. Ella se acercó y le dio un beso. Él simplemente se volvió hacia su lado de la cama para seguir durmiendo. Ya no pasaban aquellas cosas.

Dolores salió a su garaje, y entre el mercedes largo y el SUV, eligió este último, pues le gustaba conducir por encima de la mayoría de conductores, y salió a la carretera que le llevaba desde su urbanización exclusiva del norte de Madrid hasta el centro de la ciudad y, de ahí, a la Carrera de San Jerónimo, lugar en el que trabajaba desde hacía unos meses, desde que trasladaron su lugar de trabajo, antes situado la calle de Génova.

Ahora que su jefa era portavoz del grupo del Partido Popular, el partido conservador por excelencia español, había tenido que moverse con ella a su despacho en el Congreso de los Diputados, cámara baja del parlamento español. Su jefa era Isabel del Valle-Robledo, poderosa mujer del partido, solo por debajo del líder mismo. Isabel era una mujer temible ante la cual todo el mundo callaba y abría paso. Era estricta y altiva, como le correspondía a las mujeres que provenían de la nobleza española. Dolores la admiraba, pues Isabel era una mujer de solo unos pocos años menos que ella, pero tenía en su mano el destino de muchas personas y, además, era

eficiente y dura, pero también justa, y trataba con respeto a sus subordinados, como Dolores misma.

Isabel llegaba puntualmente a su despacho en la planta segunda a las nueve de la mañana. Para entonces, Dolores ya llevaba allí, en el despachito contiguo, más de una hora preparando los asuntos del día. Cuando Isabel se sentaba en su asiento, Dolores entraba para saludarla.

—Buenos días, Isabel.

—Buenos días, Dolores —le respondía, sin mirarla, chequeando sus correos—, un café y una barrita, por favor. ¿Algo que deba saber?

—Unas cuantas cosas para firmar de cara al pleno.

—Muy bien, tráemelas después.

Como cada mañana, Dolores salía del pasillo donde se ubican los despachos del PP, saludando a otros asesores y diputados, para ir a la cafetería del Congreso y pedir el desayuno que le había pedido su jefa.

En aquel bar, dentro del edificio anexo del Congreso, se reunían diputados, asistentes, personal de la cámara y periodistas. Toda una mezcla de personajes que poco tenían que ver con Dolores, que no se relacionaba mucho con personas ajenas a su partido, salvo algunas excepciones. Su partido era el que más diputados tenía, y por tanto, más asesores y asistentes, y solo con el personal al servicio del PP, ya tenían toda la gente del mundo para hablar, como por ejemplo Beatriz, Serrano y Elena, asesoras del grupo y más o menos de su edad y condición. Serrano era la única de pelo negro del grupito, y era economista, las otras dos se suponía que eran asesoras parlamentarias, sabían de derecho y esas cosas.

—¿Qué tal, chicas?

Las tres le respondieron con jovialidad mientras Dolores pedía el desayuno de su jefa, y en la espera, se puso a hablar con ellas sobre el fin de semana que habían pasado o sobre la ropa que se habían comprado. En eso, Beatriz, mirando a otra parte de la cafetería, suspiró.

—Pero bueno, ¿quién es ese macho?

Todas se giraron hacia un apuesto joven de anchos hombros y mandíbula recta que había entrado en la cafetería y se había detenido a hablar con una periodista. Llevaba una bolsa para ordenador portátil al hombro y la americana bajo el brazo. Dolores lo miró y también le pareció atractivo, pero pronto volvió su atención sobre el camarero, que le traía el desayuno de Isabel.

—Habrás que enterarse de quién es —añadió Elena, sobre el joven.

—Bueno, queridas, voy a llevarle esto a la jefa, luego hablamos.

Dolores tomó en una mano el café y en la otra el plato con la barrita con tomate y se dispuso a salir de la cafetería. El apuesto joven estaba allí, junto a la puerta, y al ver a una persona con las manos ocupadas, instintivamente, mantuvo la puerta abierta para dejar pasar. Dolores le miró y le sonrió en agradecimiento y, el joven, le devolvió la mirada, pero no con amabilidad, sino con cierta sorpresa, como si algo le hubiera llamado la atención, tanto que perdió el hilo de la conversación que llevaba con la guapa periodista. Ante este hecho, Dolores también le miró, apreciando la belleza y el magnetismo del muchacho, que eran mucho más evidentes a solo un metro de distancia. Fueron solo dos segundos, pero en ellos, Dolores y el joven se miraron fijamente, tanto que ella sintió una oleada de timidez.

Cuando pasó por la puerta, no miró atrás y siguió caminando por el pasillo, hacia su despacho. Regresó con la imagen del joven en el bar grabada en su mente y sobre todo, se sentía turbada por sentirse deseada. La chispa de un sentimiento nuevo y emocionante ardía en su pecho, pero la realidad de su situación la obligó a reprimir cualquier pensamiento extravagante.

Isabel escuchaba atentamente a Dolores mientras repasaba las enmiendas al proyecto de ley.

Sin embargo, la mente de Dolores no estaba completamente centrada en los asuntos políticos. El deseo de aquel joven había vuelto hacerle pensar en la frustración cotidiana de su matrimonio, en cómo Rafael ya la deseaba ni la hacía reír, apenas la tocaba.

—Isabel, en la enmienda 27, creo que deberíamos centrarnos en la redacción para evitar malentendidos —dijo Dolores, luchando por mantener la concentración.

Isabel asintió, notando la distracción de su secretaria.

—Dolores, ¿todo está bien? Pareces algo distraída hoy.

Dolores parpadeó, volviendo al presente.

—Sí, Isabel, lo siento. Solo es que... he tenido algunas distracciones personales últimamente.

—Dolores —le respondió Isabel con una expresión seria—, tenemos mucho trabajo por hacer. No podemos permitirnos distracciones.

Dolores asintió tímidamente, evitando el contacto visual con su jefa. Mientras repasaban los detalles del proyecto, Dolores se esforzaba por mantener su mente en la tarea. Al cabo de un rato regresó a su despacho, y Dolores se prometió a sí misma mantenerse enfocada en su trabajo y en los asuntos políticos que tenía entre manos.

Dolores regresó a su hogar, y la atmósfera parecía cargar con la tensión invisible que se había vuelto parte de su vida cotidiana. Evelyn, la criada, la recibió con una sonrisa amable, pero no conseguía transmitir calidez. Sin embargo, Dolores prefirió dejar de lado sus preocupaciones por un momento y se dirigió hacia el baño en busca de un poco de paz.

Después de llenar la bañera con agua caliente y añadir unas gotas de esencia de lavanda, Dolores se sumergió en el baño relajante de espuma. Cerró los ojos y trató de dejar de lado los pensamientos intrusivos que la acosaban. Al salir, envuelta en una bata de seda, se sirvió una copa de vino y se acomodó frente al televisor.

Rafael cruzó la puerta con el cansancio marcado en su rostro. Dolores, con la esperanza titilando en sus ojos, se levantó para recibirlo. Sin embargo, la sonrisa que intentó dibujarse en el rostro de Rafael no llegó más allá de una cortesía mecánica.

—¿Cómo fue tu día? —preguntó Dolores, buscando establecer una conexión que había perdido su brillo con el tiempo.

—Nada nuevo —respondió Rafael sin mirarla a los ojos. No hubo detalle, ni gesto de afecto en sus palabras. Era como si la rutina hubiera apagado la chispa que una vez los unió.

Dolores, sintiéndose ignorada, decidió hacer un intento de acercarse a él. Caminó hacia Rafael y le acarició suavemente el brazo, buscando la cercanía que solía encontrar en su calor. Pero Rafael se apartó ligeramente, como si la caricia le resultara incómoda.

—¿Pasa algo, Rafael? —Inquirió Dolores, con una nota de preocupación en su voz.

—Nada, solo estoy cansado, respondió él, deslizándose hacia el sofá sin mirarla.

Dolores, herida por la frialdad de su esposo, se sentó a su lado, buscando sus ojos con una expresión anhelante. Rafael, viéndola de reojo, suspiró, pero su mirada evitaba encontrarse con la de Dolores.

—Lola, estoy cansado, no empieces.

—¿Empezar con qué?

—Ya sabes con qué. Déjame en paz.

Dolores se mordió el labio inferior, conteniendo las lágrimas que amenazaban con escapar. Aquella respuesta la dejó aún más desconcertada y dolida. Intentó buscar la complicidad que compartían, pero solo encontró un muro de indiferencia.

Esa noche, cuando Dolores intentó abrazar a Rafael, la frialdad de su rechazo la hirió más

profundamente que nunca. Buscó la chispa que alguna vez ardía entre ellos, pero solo encontró cenizas apagadas y un vacío que se expandía entre sus cuerpos. El rechazo físico de Rafael resonó en el silencio de la habitación, dejando a Dolores con la amarga realidad de un convivencia que se había desmoronado. A medida que las lágrimas caían en la oscuridad de la noche, Dolores se enfrentó a la verdad ineludible de que la conexión y el cariño que anhelaba parecían haberse desvanecido, dejándola sola en la penumbra de su desolación.

La vida se había vaciado de sentido. El amor de su marido se había desvanecido. El amor de sus hijos, ya mayores e independizados, también se evaporaba, solo volviendo de forma impostada y falsa cuando regresaban al hogar pidiendo dinero. Pensó en que la última persona que la amó fue su madre, fallecida diez años atrás.

La habitación se llenó de un silencio abrumador, roto solo por el susurro de las lágrimas que caían en la almohada. Dolores se enfrentaba a la ausencia de amor en todas partes. Tenía una casa grande y bonita y una abultada cuenta bancaria, pero todo estaba frío como una tumba, carente de cariño y vida. Aunque el sueño reclamó a Rafael, Dolores quedó despierta, enfrentándose a la oscura verdad de su propia soledad en la penumbra de la noche.

2

La mañana siguiente, Dolores regresó al trabajo con la mirada cansada y los pensamientos tumultuosos. Volvió a saludar a las chicas en la cafetería.

—¿Qué tal, chicas?

—¿A qué no sabes de qué partido era el macho de ayer? —le dijo Serrano, sonriendo.

—¿Del PSOE?

—¡De Podemos!

—¡No me digas! —Dolores se sorprendió— ¿Con lo bien que vestía? ¿De Podemos?

—Sorprendente ¿verdad?, no son todos unos perroflautas jorobados.

Las chicas rieron, pero Dolores se sentía un poco aturdida, como si no se encontrara bien. Arrastraba de la noche anterior, casi en vela, cansancio y pena. Su jefa, Isabel, notó de inmediato que algo no estaba bien. No se le escapaba nada.

—Dolores, ¿te encuentras bien? Pareces agotada.

—Estoy bien —Isabel Dolores trató de forzar una sonrisa—. Solo fue una mala noche.

Dolores, Serrano y Elena decidieron almorzar juntas en la cafetería del Congreso. A pesar de la compañía, una atmósfera silenciosa y melancólica envolvía a Dolores. Hablaban de cosas insustanciales, pero su mente estaba atrapada en el torbellino de pensamientos sobre la falta de afecto en su vida.

Mientras disfrutaban de sus platos, el inconfundible sonido de sillas rasgando el suelo llamó la atención de Dolores. El joven guapo se acercó a su mesa y preguntó con una sonrisa encantadora.

—¿Está libre esta silla?

Dolores, sorprendida por la presencia del atractivo desconocido, respondió con una sonrisa.

— Sí, por supuesto.

Se fijó detenidamente en él, tenía cierta belleza masculina del norte, una nariz de ángulos rectos y poderosa, viril. Su rostro simétrico resultaba bello y también, un tanto salvaje. Su voz era grave y vibrante, pero su habla no era ruda, sino calmada, como la de un locutor de la radio. Al darse la vuelta, pudo apreciar unos hombros anchos y un culo que parecía esculpido en piedra. Las tres mujeres intercambiaron miradas cómplices mientras el joven se sentaba en la mesa de al lado con algunos compañeros. Las risas y los comentarios ligeros llenaron la mesa.

—Por Dios, pero ¿habéis visto lo guapo que es? —susurró Beatriz, mirando hacia donde se encontraba el muchacho.

—Definitivamente, es un agradable cambio en el paisaje del Congreso —agregó Serrano con una risa perversa.

Dolores, aunque participaba en la conversación, no podía dejar de sentir un ligero cosquilleo de emoción. La presencia del joven le recordaba esa chispa de deseo que había experimentado días atrás.

—Pero mira a esas con las que está —dijo Serrano con indisimulado desprecio y envidia—, las podemitas estas guarras.

—Si es que huelen a sobaco desde aquí—añadió Elena.

La verdad era que las mujeres de ambas mesas diferían en aspecto, y mucho. Las dos chicas que acompañaban al muchacho guapo, ninguna llegaba a los treinta y no podían ser más distintas

a Dolores y sus amigas. Una tenía el pelo azul y una argolla en la nariz; la otra tenía los brazos llenos de tatuajes y el pelo recogido en una coleta, vestida con ropa que se consideraba claramente inapropiada para la institución. Todo ello contrastaba con las maduras asistentes del PP: tacones, pantalones de traje chaqueta o falda, feminidad, uñas pintadas, relojes y pulseras que reflejaban la luz y, en el caso de Serrano, un brillante en el anillo que parecía tener luz propia. El día y la noche. Para rematar, Dolores y Elena llevaban una ostentosa cinta con los colores de la bandera de España donde las otras a las que observaban llevaban los colores de su partido.

Cuando el joven se despidió y se alejó, Dolores no pudo evitar mirarlo. Sus ojos se encontraron en un instante, y una conexión silenciosa pero intensa se estableció entre ellos. Aunque la realidad de sus circunstancias personales la envolvía en tristeza, en ese momento, Dolores se sintió deseada de nuevo.

Al regresar al trabajo, la imagen del joven persistía en la mente de Dolores. “¿Me verá bonita todavía?”, pensaba ella, “¿Hay alguien que todavía es capaz de ver la que fui?”. Aquellos pensamientos permitieron a Dolores permitirse una débil sonrisa unos instantes.

Al mediodía comenzó el Pleno, lugar donde se daban los debates entre políticos que todo el país podía ver, y donde el Gobierno se peleaba con la oposición. En aquel entonces gobernaban los de Dolores —los buenos, diría ella—, e Isabel, su jefa, era la portavoz del grupo parlamentario, la que con más furia debía morder a los partidos opositores, y de ellos, los de Podemos eran los peores.

Habían llegado un año antes por primera vez y fue todo un acontecimiento para Dolores, pues nunca se había visto tal cambio en la apariencia y en la edad de todo un grupo, pero también porque para los “buenos”, los de Dolores, aquella gente era lo peor de lo peor: amigos de la ETA, comunistas y chavistas que querían convertir España en Venezuela y, que si pudieran, los matarían a todos como quisieron hacerles en la Guerra Civil. Eso, en general, era lo que se decía por entonces entre los soldados rasos del PP. La orden era clara desde la Moncloa: a por ellos, sin piedad, con todo.

Dolores había preparado para Isabel todo lo que había ido saliendo en prensa digital acerca de algunos de los podemitas. Tenía que hacer un informe con todo aquello con lo que su jefa pudiera atacarles. Pero tenía dudas. Mientras Isabel salía hacia el salón del pleno, se las planteó.

—Isabel, está lo de la beca de Errejón, lo de Hacienda de Monedero... pero aquí hay unas cosas que no estoy segura de que sean fiables.

—¿El qué?

—Pues este diario nuevo, por ejemplo, cuenta cosas muy feas sobre uno que abusó de una menor cuando él era menor, pero es que esto huele a inventado... y esto de que un primo de un diputado fue pillado con droga... no sé, es todo muy cogido con pinzas.

—Pues yo lo veo fenomenal, Lola. Pederastas, violadores y narcotraficantes. Es lo que necesito.

—¿Pero no te parece que...?

—Lola, me da igual si es verdad o mentira. ¿Aún no te has enterado de cómo funciona la política? Da igual si las cosas son ciertas o falsas, lo importante es que la gente las crea. Trae ese informe.

Isabel le tomó el informe de la mano y se metió dentro de los decimonónicos pasillos del salón de plenos del Congreso, para dirigirse a su asiento. Dolores se quedó en medio de la nube de periodistas que trataban sin éxito de llegar a los políticos, un tanto confusa. En cuanto reaccionó se dio la vuelta para abandonar el patio y regresar al edificio anexo. Esperó al ascensor

y cuando se abrieron las puertas, vio salir a ministros del gobierno, a los cuales saludó con una sonrisa y, cuando estos se marcharon hacia el Pleno, ocupó su lugar y apretó el botón de la planta de su grupo. Y entonces entró el atractivo podemita.

A Dolores le sorprendió sentir un vuelco al estómago, esa sensación que no sentía desde hacía décadas cuando se sentía enamorada, esas “mariposas en el estómago” de las que se hablaba cuando estudiaba en la universidad y se hallaba en presencia de alguien que le gustaba. El joven hombre la saludó con una sonrisa.

—Hola —le dijo.

Ella se limitó a responder con una sonrisa. Ni siquiera se atrevió a contestar con la voz. Las puertas tardaron en cerrarse y ella sentía que debía decir algo, pero no se atrevía a abrir la boca. Tampoco hubiera sabido qué decir. Él tampoco dijo nada. Solo subieron juntos, en silencio incómodo, durante algunos largos segundos. Podía oler la loción de afeitado del joven desde donde estaba. Sintió el deseo oculto de que él le dijera algo, aunque solo fuera para rechazarlo, pero llegó la planta en la que ella debía salir y ninguno dijo nada. Dolores regresó a su despacho, sintiendo que aquel joven no podía estar interesado en alguien como ella, además así debía ser, por edad, por clase social y por bando político. Pero le gustó haber sentido aquel deseo de jugar.

3

Dolores cerró la puerta tras de sí al llegar a casa, y de inmediato percibió la inusual atmósfera que flotaba en el aire. El sonido de las risas y el tintinear de las copas provenía del salón. Al adentrarse, se encontró con Rafael, quien la recibió con una sonrisa forzada.

En el salón, Rafael estaba acompañado por un hombre que Dolores conocía vagamente, el Ministro del Interior. Su presencia, sin embargo, no dejaba de desconcertarla. Rafael la invitó a saludar al ministro con una inclinación de cabeza.

—Ministro, un placer verlo de nuevo —expresó Dolores con cortesía, mientras estrechaba la mano del distinguido invitado.

—Dolores —sonrió amablemente el Ministro—, ¿cómo no recordarla de aquella encantadora boda donde nos encontramos por última vez? Era de Maria de las Mercedes Castrillo, ¿verdad?

—Sí, así fue. Una boda preciosa.

—En la Iglesia de la Encarnación, lo recuerdo bien. Una ceremonia excelente.

Dolores asintió con una sonrisa, tratando de recordar el evento al que el ministro hacía referencia. Sin embargo, su atención fue atraída por un hombre que la acompañaba, un individuo de voz ronca y expresión chulesca que se presentaron como Vallejo.

—Mucho gusto, señora Dolores. Su esposo me ha hablado mucho de usted —dijo Vallejo con una sonrisa que no lograba ocultar un deje de insolencia—. Está usted mucho más cañón en persona.

—Gracias —sonrió—, pero una ya tiene una edad.

—Mamita, qué bien guardada la tiene Rafa.

Dolores, a pesar de su educación y cortesía innatas, sintió una incomodidad palpable en la presencia de Vallejo. Las palabras groseras y la actitud desenfadada no encajaban con el ambiente refinado que ella esperaba en su hogar.

A medida que la conversación avanzaba, Dolores observaba con cautela a Vallejo, cuya presencia le resultaba cada vez más inquietante. Sin embargo, no quería crear una situación incómoda, por lo que continuó participando en la charla con educación.

La tensión en el ambiente se volvió más evidente cuando Rafael, con una mirada sutil pero significativa, le indicó a Dolores que podría retirarse, como invitándola a dejarlos solos. La sugerencia no pasó desapercibida para ella, y, a pesar de la incomodidad y la confusión que sentía, Dolores se despidió del grupo con una sonrisa profesional.

—Tráenos el chivas que guarda Rafa, Dolores —rió Vallejo, después de que ella cerrara la puerta.

En su habitación, Dolores no pudo evitar preguntarse sobre la naturaleza de la conversación entre Rafael, el Ministro del Interior y aquel Vallejo. La intriga y la incertidumbre se mezclaron en su mente mientras se retiraba a su propia esfera de privacidad, dejando atrás un salón envuelto en secretos y conversaciones veladas.

Los invitados de Rafa se fueron y Evelyn sirvió la cena en la habitación, llena de humo de tabaco y olor a hombre. Dolores y Rafa se sentaron a la mesa. La cena transcurrió en un tenso silencio, interrumpido solo por el tintinear de los cubiertos y la suave música de fondo. Evelyn se movía con destreza sirviendo los platillos, pero su presencia parecía difuminarse ante la atmósfera cargada que envolvía la mesa.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó, inocente, Dolores.

—¿Vallejo? Nadie. Un profesional que nos asesora.

—Profesional. ¿Profesional de qué?

—Un asesor. Nada más.

Dolores, con la mirada fija en su plato, decidió abordar directamente el tema que la inquietaba.

—Rafael, ¿puedes contarme qué era lo que discutías con el Ministro y ese hombre?

Rafael levantó la mirada, sus ojos encontraron los de Dolores con frialdad.

—No es asunto tuyo, Dolores. Son conversaciones políticas, cosas que no deberían preocuparte.

Dolores frunció el ceño, sintiendo una mezcla de frustración y desilusión.

—Rafael, somos un matrimonio. Deberíamos compartir nuestras vidas y preocupaciones. Además, yo también trabajo en la política. Creo que podré entenderlo.

Él suspiró, como si lidiar con su esposa fuera una tarea agotadora.

—Hay cosas que no puedes entender, Dolores. Es mejor que te mantengas al margen.

La respuesta de Rafael la dejó con un nudo en el estómago, una sensación de exclusión que le resultaba cada vez más familiar. Decidió no insistir más, sabiendo que no conseguiría nada bueno al presionar más a Rafael en ese momento. Él comió rápidamente, apenas prestando atención a las preguntas educadas de Dolores sobre su día en el Congreso. Cuando terminaron, se levantó de la mesa de manera apresurada, apenas dando tiempo a Dolores para despedirse de él.

Evelyn recogió los platos en un silencio respetuoso. Dolores se quedó sola en la mesa, sumida en sus pensamientos y sentimientos de soledad. Mientras la casa se llenaba de un silencio pesado, Dolores optó por no insistir más en averiguar los secretos que se escondían detrás de las puertas cerradas. Rafael, sumergido en su mundo de intrigas políticas, se retiró a su despacho para hablar por teléfono, dejando a Dolores sola con sus pensamientos y la desazón de una conexión rota en su matrimonio.

La noche avanzó lentamente, y Dolores, mientras se enfrentaba a la realidad de su situación, se preguntaba cuánto más podría soportar la distancia que se cernía entre ella y su esposo. Aquella fue otra noche de no dormir bien y de derramar alguna lágrima en la almohada.

Al día siguiente, se sintió sin fuerzas para enfrentarse a una nueva jornada. Se levantó con sueño, desayunó poco y no consiguió arreglar la imagen que veía reflejada en el espejo. Se echó encima más maquillaje que nunca, pues sentía que tenía demasiada tristeza que tapar. Le costaba dar cada paso y acarició la idea de quedarse en casa, de rendirse y de esconderse bajo las mantas. Además hacía mucho frío. Pero acabó yendo a trabajar.

Llegó al pasillo y no encontró a casi nadie. Parecía que aquella mañana nadie tenía ganas de trabajar. Isabel aún no había llegado. Encendió el ordenador y abrió el correo, desperezándose lentamente.

Y entonces, vio algo inusual. Un remitente extraño le había enviado un correo electrónico. Un tal Ismael Gómez. El asunto solo decía “Hola”.

Hola Dolores,

Soy esa persona con la que te cruzas a veces en el bar o en el ascensor. Te escribo porque creo que, aunque no nos digamos nada, me gustaría conocerte, y yo creo que a ti también, aunque puedo estar equivocado. Si es así, disculpa este correo. Pero si no, ¿te apetece que tomemos un café?

Las palabras, simples pero cargadas de un interés palpable, hicieron eco en su interior, provocando una sacudida emocional y física que la tomó por sorpresa.

Mientras leía cada palabra, Dolores sentía cómo su pulso se aceleraba y las mariposas

nerviosas revoloteaban en su estómago. Era como si las letras impresas en la pantalla fueran capaces de traspasar la frialdad del dispositivo y llegar directamente a su corazón, despertando emociones que yacían dormidas en lo más profundo de su ser.

La turbación se apoderó de ella, sus manos temblaban ligeramente mientras avanzaba por las líneas del mensaje. La idea de que alguien más allá de su círculo habitual de relaciones se interesara por ella generaba una oleada de emociones contradictorias: la vergüenza ante la vulnerabilidad expuesta, pero también el anhelo de sentirse deseada, algo que se había vuelto esquivo en su vida diaria.

Dolores se sintió como si estuviera en una montaña rusa emocional, con subidas de expectación y caídas de inseguridad. Cada palabra resplandecía con una promesa que hacía latir su corazón con más fuerza, mientras la realidad de su matrimonio y sus responsabilidades se desvanecían por un instante en la penumbra.

Esa sacudida, esa reacción física e íntima ante la carta, la dejó contemplando la pantalla durante un momento, en un estado de vulnerabilidad que contrastaba con la rigidez de su día a día. La decisión de responder, o no, resonaba en el aire, y Dolores, atrapada en la intensidad de sus emociones, se debatía entre la seguridad de lo conocido y la tentación de explorar lo desconocido.

El corazón le latía con fuerza, y su mente estaba llena de preguntas sin respuesta. ¿Qué significaría este café? ¿Sería una oportunidad para explorar nuevas emociones y experiencias? ¿Era una locura?, ¿una trampa? Flirtear con un jovencito no era prudente, pero que el jovencito fuera un podemita podía ser un escándalo, si llegaba a saberse.

Ismael, se llamaba Ismael. Le gustaba ese nombre.

Dolores se encontraba en una encrucijada emocional, sopesando las implicaciones de aceptar la invitación del joven apuesto. Mientras las emociones revoloteaban en su interior, una sombra de conciencia la envolvía, recordándole los peligros inminentes que acechaban en la aceptación de ese café.

La idea de una infidelidad latía en su mente como un tambor insistente. La lealtad hacia su matrimonio, a pesar de las grietas evidentes, pesaba en su conciencia como una carga moral. Se preguntaba si traicionar ese compromiso sería el precio de buscar una conexión auténtica, aunque las reglas del matrimonio y de la vida convencional quedaran atrás.

El temor al qué dirán, a los murmullos indiscretos que podrían propagarse si llegara a saberse, se apoderaba de su raciocinio. Imaginaba las miradas censuradoras, los susurros de la sociedad conservadora a la que pertenecía, y se cuestionaba si valdría la pena enfrentar ese juicio.

Pero, más allá de todo, una sombra más oscura oscurecía sus pensamientos: el joven apuesto era un representante de los enemigos políticos, una conexión peligrosa que podía traducirse en un escándalo político. La política, tan arraigada en su vida, amenazaba con entrelazarse con sus asuntos personales de una manera que Dolores apenas podía comprender. La dualidad de sus sentimientos la sumía en una profunda reflexión. La tentación de sentirse deseada y la posibilidad de explorar una aventura chocaban de frente con las barreras morales y sociales que la aprisionaban.

Dolores se preguntaba si estaba lista para enfrentar las consecuencias de cruzar esa línea invisible, si estaba dispuesta a desafiar las normas impuestas y, lo que quizás era más complicado, las que ella misma se había autoimpuesto. Mientras consideraba las implicaciones, se daba cuenta de que su decisión no solo impactaría su propia vida, sino que resonaría en las

esferas políticas que conformaban su entorno, tejiendo una red de complicaciones que amenazaban con cambiar el curso de su destino.

O tal vez todo era una exageración en su mente. Tal vez solo fuera un café y, al ver que Ismael Gómez solo es un jovencito tonto progre, todo aquel deseo desaparecería como un jarro de agua fría.

—Buenos días, Dolores— dijo Isabel al pasar por su despacho.

La llegada de su jefa la obligó a salir de sus pensamientos, aunque no pudo hacerlo del todo. Tenía que responder a ese mail, y aquella idea no le dejó pensar en toda la jornada. Estuvo despistada, pensando en Ismael y su mail, y estuvo de buen humor, feliz, viva.

Horas después, Dolores ya no podía más. Ya no podía pensar en otra cosa y, sobre todo, ya no podía escribir otra cosa que no fuera aceptar la invitación. Tenía que hacerlo si quería que su corazón siguiera vivo.

Hola, Ismael

Por supuesto que te acepto ese café.

Mañana a las seis, puedo.

Pon tú el lugar.

Esa noche, Dolores se sumió en una extraña euforia. La emoción la envolvía como una manta cálida, y la simple idea de la cita secreta generaba un cosquilleo en su estómago. Intentó dormir, pero la anticipación la mantenía despierta, sus pensamientos danzaban entre las posibilidades de lo que podría suceder. Otra vez no podía dormir, pero esta vez no hubo lágrimas sobre la almohada. Ni siquiera había culpa respecto al indiferente bulto que dormía a su lado por respiración sonora. Solo sentía emoción y miedo a partes iguales.

La mañana de la cita secreta, Dolores se encontraba ante su armario, examinando las posibles opciones con una mezcla de emoción y ansiedad. La elección de ropa especial para un encuentro especial. Se probó varios conjuntos, evaluando cada uno en el espejo con atención meticulosa. Sin embargo, su mirada se detenía una y otra vez en un vestido corto, elegante, que yacía en una percha, esperando su momento. Dolores lo tomó entre sus manos y lo sostuvo frente a ella, visualizando cómo realzaría la figura que había conservado a través de los años.

Finalmente, se decidió por el vestido que desprendía un aire de sofisticación y sensualidad. La tela suave acariciaba su piel mientras se ajustaba a sus curvas con elegancia. Complementó el conjunto con unas medias que sugerían un toque de seducción y unas botas altas de tacón que añadían un toque de confianza y sensualidad a cada paso.

Se miró en el espejo una vez más y, aunque la reflexión reflejada mostraba una mujer madura, Dolores sintió una chispa de vitalidad en sus ojos. Aquel vestido se convirtió en su armadura de la seducción, en una expresión tangible de la mujer que estaba decidida a explorar el lado más emocionante de la vida. Con la elección de su atuendo lista, Dolores se encaminó hacia el trabajo.

El día siguiente en el Congreso transcurrió como una mezcla de normalidad y un secreto incontrollable. Aunque Dolores compartía su tiempo con su jefa y las compañeras, no podía evitar que su mente divagara hacia el encuentro que la aguardaba al final del día. Intentó evitar el bar y las zonas comunes del Congreso para no encontrarse con Ismael, porque no sabía cómo podría reaccionar.

La excitación que burbujeaba dentro de Dolores era palpable, pero la necesidad de mantener el secreto la obligaba a contener su felicidad. A pesar de su deseo de gritar su emoción a los cuatro vientos, guardó silencio, llevando consigo la carga dulce de un secreto que solo ella conocía.

La jornada en el Congreso avanzó con normalidad, pero bajo la superficie, Dolores llevaba consigo un pequeño tesoro de anticipación y alegría. Las conversaciones con Isabel y las risas compartidas con Bea, Serrano y Elena adquirieron una nueva dimensión, matizada por la emocionante promesa de la tarde que se avecinaba.

A las seis menos cuarto, con el corazón latiendo con fuerza, Dolores se despidió de sus compañeras y abandonó el Congreso en dirección al lugar donde, en unas horas, el secreto de su encuentro con el joven apuesto se revelaría. El aire fresco de la tarde acariciaba su rostro, y Dolores, a pesar de las incertidumbres que flotaban en su mente, se sentía viva, libre y ansiosa.

El lugar elegido para el encuentro era una cafetería discreta, en las proximidades del Congreso, muy cerca del Ateneo de Madrid, que tenía un altillo discreto que era perfecto para un encuentro a salvo de miradas ajenas. Entró al establecimiento, poco frecuentado, y sintió como si

todos los que estaban allí supieran que iba a cometer un pecado, porque la miraban atentamente, o eso le parecía. Subió las escaleras lentamente y sus tacones anunciaban su llegada a quien estuviera arriba.

Cuando vio a Ismael, sintió un estremecimiento y avanzó sin pensar hasta donde él la aguardaba con una sonrisa. Iba bien peinado y afeitado, con camisa remangada y un poco desabotonada, dejando ver su vello corporal. Él se levantó para recibirla, mirándola de arriba a abajo, con gesto complaciente.

—Hola —saludó él.

—Hola.

Ella se sentó enfrente de él en una mesa circular, inquieta.

—¿Qué tal? —se atrevió a decir ella.

—Ahora que estás aquí, muy bien. Llegué a imaginar que no vendrías.

—¿Por qué no iba a venir, si te dije que lo haría?

—No sé, porque quizá podrías haberte echado atrás.

—Solo es un café ¿no? —dijo ella, quitando hierro al encuentro, pese a que sobrevolaba sobre ambos la sensación inevitable de estar haciendo algo prohibido.

—Solo es un café, sí —sonrió él—, actuemos así.

Hubo un silencio en el que ninguno se atrevía a hablar, solo se miraron con una sonrisa, sabiéndose incómodos los dos. Pese a ello, Dolores quería aparentar seguridad, pero era difícil.

—Me sorprendió tú mensaje —dijo ella.

—Ya imagino. ¿Hubieras preferido que te hablara en persona? Pensé que era mejor no dar que hablar o ponernos en problemas. Por eso miré quién eras en el directorio de la intranet.

—¿Te pondría en problemas a ti?

—No, a mi no. Pero no sé, eres la secretaria de Isabel Albares, nada menos.

—No pasa nada por tomar un café, ¿no? —respondió ella, sabiendo que lo que decía no tenía nada de cierto.

—No, por un café, no. Y bueno, estás casada... o eso dice tu anillo.

—¿Y qué pasa porque esté casada? Las casadas también toman cafés.

—Sí, y también son deseadas por hombres más jóvenes que ellas.

Ella ya no supo qué responder. Solo pudo cruzar las piernas y cambiarse de posición ante la turbación que le invadió como un calor surgido del interior. Parecía que Ismael no se iba a andar con rodeos.

El joven se levantó y acercó su silla a la de ella, para luego sentarse de nuevo, esta vez pegado a Dolores.

—Dolores... ¿te puedo llamar Lola?

—Solo me llaman Lola mis amigos —contestó ella, inquieta, tratando de poner distancia psicológica—, y a ti no te conozco.

—Bueno, para eso estamos aquí—le tendió la mano—. Soy Ismael, asesor de Podemos, encantado.

Ella le tomó la mano sonriendo, avergonzada.

—Amparo. Del Partido Popular.

Ismael no soltó su mano, se la quedó consigo, y Dolores no hizo por retirarla. Le gustaba tener la mano en la suya. Suavemente, él acariciaba con sutileza aquella mano.

—¿Y tú? —inquirió Dolores—, ¿no estás casado?

—No. Soy joven aún.

—Yo me casé a los 23 ¿cuántos tienes tú?

—Treinta y cinco —sonrió—. Pero soy joven.

—Yo no.

—Para mí, sí.

—No digas tonterías —sonrió ella—, con todas esas niñas de tu grupo, ¿qué edad tienen?
¿Veinte?

—Sí, veinte y alguno más, pero ninguna tiene tu belleza y elegancia.

—No seas zalamero, adulador —retiró Dolores la mano, al fin.

—En serio. No hay mujeres con tu porte en mi mundo.

—Normal. Esas chicas de “tu mundo” son un poco vulgares.

—¿Eso crees? —sonrió Ismael.

—Con esos pelos asomando por las axilas... —rió ella—, si se duchan todos los días, no se nota.

Ismael rió con ganas.

—Sí, bueno, un poco de razón puedes tener. Pero se duchan todos los días, te lo aseguro. Son bonitas y tienen muy buen cuerpo. Y son muy inteligentes.

—Ya... por eso vas escribiendo en secreto a las mujeres de verdad.

—Sí, eso he hecho. ¿Te alegras de que lo haya hecho, Dolores?

Ante aquella pregunta directa, ella solo podía responder una cosa.

—Sí.

—Quería conocerte, Dolores.

—¿Por qué, qué quieres de mí?

—¿Tú qué crees?

Ismael acercó su rostro al de Dolores. A ella le pareció que todo iba demasiado rápido y aquella actitud tan directa la conmocionó. Se levantó de la silla y se dirigió a la escalera para salir de allí. En un momento dado, dudó, momento que Ismael aprovechó el momento para tomarla del brazo y empujarla contra la pared.

Lo siguiente que ocurrió fue que él comenzó a besarla y ella, a resistirse, a no abrir los labios, a retirar la cara... pero ella quería abandonarse a la pasión. Quería, pero algo se lo impedía. Ismael, con una delicadeza cautivadora, acercó sus labios a los de Dolores y con su roce envió ondas de electricidad a través de su piel.

Dolores, atrapada entre la tentación y la lucha interna, sintió cómo su corazón latía desbocado. El deseo ardía como una llama en su interior, pero la voz de la razón intentaba imponerse, recordándole las responsabilidades que aún cargaba sobre sus hombros. Cerró los ojos por un instante, buscando fuerzas para alejarse de la tormenta que se formaba entre ellos. La lucha interna pintaba una guerra silenciosa en su expresión, entre la seducción del momento y la consciencia de las barreras que la separaban de Ismael.

Ismael, sin embargo, persistía con una determinación apasionada. Sus labios exploraban con suavidad los de Dolores, y en cada beso, intentaba derribar las murallas que ella misma había construido. Dolores, resistiéndose al huracán de emociones, se aferraba a la última hebra de control que le quedaba. Pero la llama del deseo era persistente, y la tensión en el aire se volvía casi tangible. Dolores se debatía en la dualidad de sus sentimientos, cada beso de Ismael desgarrando un poco más las defensas que ella misma había erigido.

Finalmente, en un suspiro cargado de entrega y rendición, Dolores cedió a la pasión que ardía dentro de ella. Las barreras cayeron, y el beso se convirtió en un torbellino de emociones compartidas. Cautiva por la firmeza de sus músculos, Dolores sentía cómo sus manos se posaban instintivamente sobre el cuerpo de Ismael, sobre su pecho, explorando la solidez que emanaba de

él. La juventud vigorosa y la firmeza muscular eran como melodías nuevas en su piel, acariciando la nostalgia de la juventud que una vez fue suya.

Ismael, en su beso, encarnaba la esencia de la masculinidad. Dolores podía sentir la seguridad en cada movimiento, la seguridad que venía con la juventud y la confianza propia de aquellos que aún no han conocido las cicatrices más profundas de la vida. La diferencia de edades, en lugar de ser un obstáculo, se convertía en una sinfonía de sensaciones. La piel joven de Ismael era como una revelación, un recordatorio palpable de la vitalidad y la pasión que aún bullían en el fluir del tiempo. Cada beso parecía desafiar la lógica de los años, creando una conexión más allá de las etiquetas.

Mientras se entregaba al beso, Dolores se dejaba envolver por la sensualidad que emanaba de él. La firmeza de sus músculos, la dura tensión que nacía de su entrepierna chocando contra ella creaban una danza de sensaciones que desencadenaban una tormenta de emociones en su interior. Hacía siglos que no sentía que provocaba una erección tan salvaje en un hombre. En aquel momento, la feminidad de Dolores se entrelazaba con la virilidad de Ismael en una danza efímera pero intensa, donde las diferencias se desvanecían y solo quedaba la pulsión ardiente de dos seres que se deseaban.

—Quiero follarte aquí mismo—le susurró él.

—Sí... —se sorprendió Dolores diciendo aquellas palabras— y yo también quiero que lo hagas.

Él le bajó las bragas húmedas y le subió el vestido. Las bragas por las rodillas y su sexo al aire. Esa situación duró unos segundos en los que se sintió expuesta y vulnerable, y también cachonda.

Y en ese momento oyeron pasos y voces que subían a aquella planta.

Dolores, asustada, se retiró de Ismael súbitamente, se subió las bragas y se arregló la ropa antes de que nadie pudiera asomarse por allí. Se sentó de nuevo en su silla mientras él la seguía.

Subieron dos hombres y dos mujeres con copas de cerveza en la mano, hablando animados, y se fijaron en ellos dos. Algo les había llamado la atención, como si se dieran cuenta de que habían interrumpido algo. Dolores ni siquiera les miraba, avergonzada y con alta temperatura en su cuerpo. Llegó a imaginar que los que habían llegado eran conocidos del partido. Aquello la acobardó. Él le tomó la mano.

—Vámonos a otra parte —le dijo él.

—¿A dónde?

—No sé, donde sea.

¿Dónde iban a ir?, pensaba ella. Iban a ir juntos por la calle, ¿a dónde? No, aquello podía salir mal. Pero por otro lado, dentro de ella se había despertado un horno apagado desde hacía demasiados años. Ni siquiera había imaginado que podría volver aquella pasión, pensaba que formaba parte del pasado. Pero no quería dejarse llevar por ese torrente.

—Quedaremos otro día —sentenció ella.

—Como quieras —aceptó él— ¿me das tu número? Si no, tendré que enviarte un mail.

Ella le dictó su número de teléfono y él le hizo una llamada para que guardara el suyo.

—Un placer conocerte —dijo ella, antes de levantarse y marcharse.

Se separaron, y ella caminó sin rumbo fijo por las calles iluminadas de la ciudad nocturna. El eco del beso resonaba en su mente, mezclándose con el murmullo de la vida urbana.

Caminar por la ciudad se convirtió en un acto reflexivo para Dolores. La Puerta del Sol, en la quietud de la noche, se alzaba como un faro en su camino. Mientras avanzaba por las calles, las

luces parpadeantes y los murmullos de la urbe la acompañaban en su trance emocional. El torrente de pasión y excitación que había experimentado le dejó una sensación de vértigo, como si hubiera abierto una puerta a un mundo desconocido y fascinante. La dualidad de sus emociones la sumía en un estado de confusión, pero también de liberación.

Pensamientos revolvían su mente mientras avanzaba por la ciudad. Se preguntaba a sí misma cómo aquel joven podía desencadenar una tormenta tan poderosa en su interior. La Puerta del Sol se alzaba ante ella, un punto de encuentro simbólico en medio de su viaje emocional. Dolores, aturdida por las revelaciones de la noche, se quedó allí, dejando que la ciudad susurrara sus secretos y que la brisa nocturna llevase consigo las incertidumbres que la acompañaban.

En la oscuridad de la noche, Dolores buscaba respuestas a las preguntas que bullían en su interior, preguntas que resonaban en cada paso que daba por la ciudad que, por un instante, se había vuelto su confidente silencioso.

5

Llegó el fin de semana y con él, un paréntesis no solo laboral, sino también en aquella situación que ella no sabría ni describir con palabras. Afortunadamente, Rafael se marchó a un acto de partido en Ávila y la dejó sola todo el sábado. Esa soledad le permitió rumiar su inquietud en soledad, sin que nadie la molestara.

Mientras saboreaba una taza de café matutino, la dualidad de su experiencia la envolvía. Por un lado, el miedo a lo desconocido se alzaba como una sombra inquietante. La pregunta resonaba en su mente: ¿Hasta dónde llegaría esto?

Sin embargo, en el rincón más oscuro de su conciencia, moraba el morbo de lo prohibido, el excitante temor de estar pecando de una manera que desafiaba las expectativas y normas que había aceptado durante tantos años. Aquel beso, aquel magreo impúdico y las promesas tácitas que conllevaba, despertaban un lado olvidado de Dolores. Tal vez, incluso nunca había conocido tal sensación con Rafael.

El temor y el morbo se entrelazaban, formando una danza compleja en su mente. Temía perder el control, aventurarse en territorios inexplorados que podrían cambiar la trayectoria segura de su vida. Pero, al mismo tiempo, la adrenalina de lo prohibido, la emoción de sentirse deseada y viva, creaban un cóctel embriagador que la sumía en una espiral de confusión y deseo.

Cada pensamiento era un paso en esa danza emocional. ¿Podría permitirse dejarse llevar por la pasión que había despertado? ¿O debería aferrarse a la seguridad de lo prudente, aunque eso significara renunciar a una parte de sí misma que había descubierto?

El miedo a lo desconocido y el morbo de lo prohibido, como dos fuerzas opuestas, tiraban de ella en direcciones contrarias. En ese momento de reflexión matutina, Dolores se encontraba en una encrucijada emocional, reflexionando sobre la vorágine de sensaciones que había desatado el arrebato del joven Ismael. Una parte de ella se sorprendía ante la intensidad de las emociones, mientras otra abrazaba con avidez la revelación de sentirse vulnerable ante el arrebato de un macho fuerte y joven.

El recuerdo del contacto apasionado evocaba una sensación de vulnerabilidad que, paradójicamente, la excitaba. Ismael, con su vigor juvenil, la había convertido durante unos segundos en una mujer que se dejaba llevar por el impulso de sus deseos más profundos.

Sentirse vulnerable ante la fuerza masculina de Ismael no era solo una rendición física, sino también una apertura emocional que sacudía las estructuras de su vida cotidiana. La fragilidad de ese momento la confrontaba con sus propias inhibiciones y la sumergía en un terreno desconocido, un lugar donde las reglas convencionales perdían su validez. La excitación de entregarse a la pasión, de dejarse llevar por la fuerza de otro ser, era un terreno inexplorado que le recordaba la sensualidad y vitalidad que aún latían en su interior.

Dolores, mientras reflexionaba sobre esa vulnerabilidad, descubría una nueva capa en su propia identidad. La liberación de control, aunque aterradora, también era liberadora. La intensidad del arrebato había abierto una compuerta a sensaciones que la hacían sentir más viva que nunca. Quería vivir, y quería vivir ya.

Pronto se formó una idea en su mente. Podía despedir a Evelyn, darle el día libre, quedarse ella sola en su casa y llamar a Ismael. Rafa no llegaría hasta la noche. Sacó su teléfono.

—Hola.

Pasó el tiempo. Diez minutos. El *check* indicaba que el mensaje de WhatsApp había llegado a su destino. Al fin, Ismael respondió.

—Hola, me alegro de leerte 💎💎

Dolores sonrió, feliz de contactar con él. No sabía cómo seguir la conversación ni cómo llegar hasta donde ella quería. Al final, decidió hacer como él e ir al grano.

—¿Qué haces?

—Estoy en un acto del partido en Valencia. ¿Por qué?

Vaya, pensó ella. En Valencia, nada menos.

—Nada —escribió ella—, por saber de ti.

—¿Ibas a proponerme algo? 💎💎

—No sé —mintió— ¿qué me propones?

—Me gustaría verte esta semana. Y acabar lo que empezamos.

—¿Solo me quieres para eso?

—Te quiero para muchas cosas. Una es eso.

—Háblame de esas otras muchas cosas.

—Jaja, sería largo y no tengo mucho tiempo. “Eso” es más breve de resolver.

—Vaya... ¿Y dónde quieres que hagamos “eso”?

—Creo que el jueves estoy solo en casa. Mis compañeros de piso se van a sus casas.

Dolores arrugó la nariz, contrariada. No quería un piso compartido, temiendo ser pillados en cualquier momento por jovencitos que se irían de la lengua. No.

—A mi no me llevas a un piso de estudiantes.

—Tienes toda la razón —le respondió él—, déjame tiempo y mañana te hago una propuesta como te mereces.

—Eso espero.

—Tengo que dejarte. Un beso.

—Un beso.

Dolores dejó el teléfono y sintió que *mañana* era demasiado tiempo, que la semana que viene era demasiado tiempo. Le hubiera gustado tener a ese muchacho aquel día, en aquel momento. Pero no podía ser. Era imposible. Tuvo que quitarse el recuerdo y el deseo de la cabeza para poder sobrellevar el día.

Necesitaba contarle a alguien lo que estaba haciendo, pero no se atrevía. Era demasiado arriesgado, y además, no había mucho que contar todavía. Todo había pasado más en su mente que en la realidad, exceptuando el momento en que sus bragas estaban en sus rodillas y no donde debían estar, claro.

Al día siguiente se presentó su hijo mayor, Pelayo, a comer, sorprendiendo a Dolores, que no le esperaba. La visita del hijo y la comida en familia obligó a Dolores a olvidarse de su aventura, del próximo mensaje prometido por Ismael.

La comida transcurría entre platos finamente dispuestos y una atmósfera cargada de tensiones familiares. Dolores, Rafael y su hijo Pelayo compartían la mesa, pero la brecha entre ellos parecía ampliarse con cada palabra pronunciada. El hijo, con camisa desabrochada y pelo abultado, a la manera de los jóvenes pijos de entonces, daba buena cuenta de la comida.

Pelayo, con su actitud altiva, comenzó a relatar con entusiasmo sus nuevos proyectos empresariales. Mientras describía sus ideas con una seguridad aparente, Rafael intentaba, una vez más, hacerle ver la realidad de sus propuestas. El diálogo entre padre e hijo se tornaba en un enfrentamiento.

—Papá, no entiendes nada de los negocios modernos. Estoy seguro de que este nuevo

proyecto será un éxito afirmaba —Pelayo con una confianza casi desafiante.

Rafael le replicaba con un tono indiferente.

—Ya hemos financiado varios de tus proyectos y ninguno ha tenido el éxito que esperabas. Deberías reconsiderar la viabilidad de este.

—He hablado con Jesús María y dice que esto es el futuro.

—Pues haz lo que quieras. Pero si te falla, no te daré más.

Pelayo sonreía, asintiendo con la cabeza, sabiendo que su padre volvería a darle todo el dinero que podría necesitar. Dolores, testigo silencioso de la disputa entre padre e hijo, sentía una mezcla de pesar y aburrimiento. Pesar, por la frivolidad y el interés que movían todas las intenciones de Pelayo, y aburrimiento, porque todo le parecía vano e insustancial. Quizá era porque tenía cosas mucho más interesantes en las que pensar.

El hijo de se fue pronto, sin dar siquiera un beso. El padre se sentó por la tarde a ver el fútbol en su tele enorme del salón. Dolores no supo centrarse en ninguna actividad, ocultando su nerviosismo y su emoción por la espera de un mensaje que no llegaba. Iba de la cocina a su habitación, de allí al jardín, del jardín a sentarse en el otro cuarto de estar, mirando regularmente el teléfono silenciado. Por suerte era la tarde de ocio de Evelyn y no estaba por la casa, por lo que pudo deambular sin rumbo por el chalet sin que la sirvienta la viera.

Y al fin, un zumbido a las ocho de la tarde.

—A ver qué te parece este hotel: The Principal, Gran Vía, habitación con vista a la cúpula del edificio Metrópolis. Pero tú eres la mujer casada, ¿cuándo te va bien? A mí me va bien casi cualquier momento.

Dolores miró con expectación las fotos del hotel de cinco estrellas que le proponía Ismael. Enseguida se imaginó en una de esas acogedoras habitaciones que aparecían en la web que enlazaba, con una botella de champán en un cubo, junto a la amplia y cómoda cama con la que se disparaban sus fantasías eróticas. Un refugio para amantes, ocultos explorando la pasión mientras la vida cotidiana seguía su curso al otro lado de sus paredes, ignorante de los pecados a los que se abrazaría Dolores.

Pensó en qué momento elegiría para el encuentro y pronto se decidió por hacerlo a la salida del trabajo. Regresaría tarde a casa, pero seguramente Rafael ni repararía en ello. Eso sí, quería hacerlo cuanto antes.

—Me gusta el hotel —le escribió—. Nos encontraremos allí por la tarde, sobre las seis.

—Perfecto. ¿Qué día?

—Cuanto antes.

—

Pasaron unos minutos en los que Ismael no dijo nada. El corazón de Dolores latía con ritmo frenético, notaba que la presión sanguínea de su cabeza se desbocaba. No sabía si sentarse o quedarse de pie, caminaba, se volvía a sentar. De fondo, el rumor lejano del partido de fútbol televisado que su marido veía en el salón. Y al fin, la respuesta.

—Mañana.

La mañana de lunes se desplegaba ante Dolores con una urgencia sutil y un secreto palpitante en su corazón. Aunque las labores del Congreso demandaban su atención, su mente se sumergía repetidamente en los recuerdos anticipados de lo que la tarde le depararía. Todos en su grupo repararon en lo guapa y elegante que había ido a trabajar. Sentía las miradas lascivas de los diputados y asesores de su grupo cuando pasaban junto a ella. De pronto, todos se habían dado cuenta de que era hermosa. O tal vez, de que algo le había devuelto la confianza y la vida.

Mientras revisaba documentos y coordinaba asuntos políticos junto a Isabel, Dolores guardaba en su interior el latir de la expectación. Cada intercambio de palabras con colegas y cada informe revisado se mezclaban con las imágenes mentales de lo que podría suceder más tarde. La excitación, en susurros, se colaba en su día laboral. A medida que el reloj avanzaba hacia la hora acordada, Dolores llevaba consigo un secreto íntimo que la hacía sonreír de manera discreta. La anticipación de la tarde se traducían en pequeños gestos, en miradas furtivas, en el leve rubor que teñía sus mejillas cuando pensaba en el inminente encuentro.

El zumbido constante de su teléfono, marcando el compás de los compromisos laborales, era un recordatorio constante de que la realidad del Congreso coexistía con la fantasía de lo que le aguardaba.

Se atrevió a ir a la cafetería para tomar un café junto a Beatriz. Entraba con ellas en el bar cuando, a unos cuantos metros, entre otra mucha gente, a la derecha, sintió que el corazón daba una voltereta cuando vio a Ismael con sus compañeros de partido. Buscó su mirada. Él la vio, pero parecía preocupado por algo. Sus acompañantes estaban inquietos. Pensó en que sería por algo del trabajo.

Se sentaron junto a Serrano, que estaba sentada en una esquina de la barra, acabando su café. Se saludaron, y pronto Serrano, entre susurros, les puso al corriente del cotilleo.

—Andan nerviosos los de Podemos.

—¿Sí? —respondió Dolores, mirando al fondo, hacia Ismael— ¿qué pasa?

—No sé, creo que les han robado algo.

—¿Aquí?

—Sí. Han ido a la comisaría de aquí, del Congreso, pero no andan muy contentos.

—Seguro que están exagerando algo para salir en los medios —apostó Beatriz—, siempre están igual.

Dolores vio como Ismael decía algo con vehemencia, y sus compañeras y dos diputados de su grupo salieron con premura de la cafetería. Ismael no volvió a mirarla.

—Mira, se van —dijo Serrano.

Aquella situación preocupó a Dolores, que temió que el problema que tuviera Ismael, pusiera en riesgo la anhelada cita de la tarde. Discretamente, mientras sus compañeras hablaban, sacó su teléfono y escribió a Ismael.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

Ismael no respondió, al menos de momento. Ella se quedó inquieta durante las horas siguientes a aquel café, pues él no respondió.

Dolores, en su escritorio, intentaba concentrarse en sus tareas, pero la preocupación se cernía como una sombra. Había escrito a Ismael para confirmar la cita, pero el silencio del otro lado de la pantalla la sumergía en un mar de inquietud. El rumor sutil de algún problema grave en el

grupo político de Ismael llegó al grupo del PP, aunque los detalles permanecían en la penumbra. Temía que aquellos problemas pudieran arrojar una sombra sobre la cita tan ansiada, que algo imprevisible se interpusiera en el camino hacia el encuentro apasionado que imaginaba.

El reloj avanzaba con un compás imperturbable, mientras Dolores, presa de sus propios pensamientos, buscaba respuestas en la pantalla de su teléfono. La espera se alargaba, y cada minuto que pasaba intensificaba la sensación de vulnerabilidad. La posibilidad de que el problema afectara la cita se instalaba como una inquietante presencia en su mente. Y al fin, un mensaje.

—Hemos tenido un problema.

—¿Afectará a nuestra cita? —quiso saber ella, inmediatamente.

—No creo. No —aseguró él—. Todo sigue en pie. Ya puede caerse el mundo, que hoy nos veremos.

Dolores respiró aliviada. La voluntad que manifestaba Ismael la tranquilizaba. Recibió otro mensaje de él.

—Estoy en la terraza que cruza al hemiciclo. No hay nadie. Pásate.

La emoción y el miedo bailaron juntos en su pecho mientras leía las palabras que parpadeaban en la pantalla. La idea de la terraza discreta le generaba una mezcla de excitación y temor. La promesa de un encuentro clandestino avivaba la llama de la pasión, pero la sombra de la discreción se alzaba como un recordatorio de las miradas curiosas y las malas lenguas que pululaban en los pasillos del Congreso.

En el vaivén de sus pensamientos, sopesaba la decisión. Las dudas se disolvieron cuando, finalmente, Dolores decidió dar un paso hacia la terraza y hacia la posibilidad de lo desconocido. La idea de dejarse llevar por la emoción y el deseo superó las barreras del miedo. Se arregló en el baño, se aseguró de ir radiante, deseable. La mujer madura, envuelta en la certeza de que este encuentro podría ser un respiro en su vida, se encaminó hacia la terraza con pasos que resonaban entre la expectación y la valentía.

La excitación ganó terreno mientras avanzaba hacia el punto de encuentro acordado. La posibilidad de un encuentro apasionado en medio de la discreción avivaba su espíritu, y aunque el miedo aún latía en las sombras, Dolores se dejaba llevar por la promesa de un momento compartido con el deseado enemigo. Bajó unas escaleras y al fin estuvo ante la puerta de cristal que daba a la terraza. Abrió la puerta.

Allí estaba Ismael, solo, fumando un cigarrillo, con su americana y su camisa, zapatos negros y unas gafas de sol de aviador. Le sonrió. Ella caminó hacia él, mirando a los lados, buscando testigos de aquel encuentro.

—¿Qué ocurre? —le dijo ella.

—¿Se dice algo en tu grupo sobre el problema que tenemos en el mío?

—No se sabe nada. Solo rumores de un robo, sin concretar. ¿Qué han robado?

—Ha desaparecido el ordenador portátil de un diputado. Hemos ido a la policía del Congreso.

—Un poco raro. ¿Quién va a robar algo aquí? Será un despiste de tu diputado.

—No Hemos activado el seguimiento del ordenador y hemos visto, junto a la policía, que estaba en las calles aledañas al Congreso. Y justo entonces, ha desaparecido del radar.

—¿Por estas calles? ¿No será alguno de tu grupo que lo ha cogido?

—No. Lo curioso es que, después de haber sido robado, ha aparecido después en su habitación de hotel.

—A lo mejor se lo dejó en el hotel y luego creyó que lo había traído.

—¿Y cómo explicas que apareciera en el radar, por aquí? —sonrió él, al que le hacía gracia la incredulidad de Dolores— Eso sin contar con que él trabajó con el ordenador a primera hora en su despacho.

—¿Y quién crees que lo puede haber robado?

—Esa es la cuestión. Quién. Alguien que sabía que estábamos monitorizando el dispositivo desde la comisaría, porque alguien le avisó.

Dolores sonrió, divertida ante la tesis que sostenía el joven.

—Una conspiración, ¿no? —rió Dolores.

—¿No me crees?

—Os creéis demasiado importantes.

—Ni más ni menos que la importancia que nos adjudicáis.

—¿Quién? —rió ella—, ¿yo?

—El sistema.

Dolores se rió ante aquella palabra.

—A mi eso me da igual, bonito —Dolores bajó su voz hasta convertirla en un susurro—, a mi solo me importa lo de esta tarde.

—Y a mí también —él también bajó la voz, acercándose a ella—, solo quiero volver a tocarte otra vez.

Ismael alargó su mano y se atrevió a tomar la mano de Dolores en una tierna caricia. Ella sintió el contacto de la recia mano y sintió un sobresalto de miedo y excitación. Inmediatamente, dio una palmada a la mano de Ismael.

—¿Qué haces? —exclamó ella en susurros.

—Habitación 424 —le dijo.

Ella vio que se aproximaba un grupo de personas, asistentes de otros partidos, que iban a salir a la terraza. En cuanto los vio, se dio la vuelta y se marchó por donde había venido, sin mediar más palabra con él.

Regresó a su despacho, atribulada por la situación vivida, con el corazón latiendo deprisa como si fuera a mil por hora. Estaba alterada y un rubor había surgido en sus mejillas. Estaba excitada y no podía pensar. Justo en ese momento, le llamó su jefa por teléfono. Tomó el auricular. Isabel, que no estaba en el Congreso, le dio trabajo para las horas siguientes, y Dolores lo apuntó sin enterarse demasiado porque estaba aún con la cabeza en otra parte.

Y así, al fin, se hicieron las seis, y solo a esa hora, a las seis en punto, Dolores decidió salir del Congreso e ir tranquilamente hasta el hotel. Salió por una puerta discreta para no encontrarse con nadie, para no tener que dar explicaciones a posibles conocidos acerca de a dónde se dirigía.

El sol se ocultaba con una delicadeza dorada en el horizonte, tiñendo el cielo de tonalidades cálidas que se reflejaban en los edificios y adoquines de la calle. Dolores, con la mirada entreverada por la emoción, se perdía en los destellos de la ciudad al caer la tarde, sabiendo que el hotel situado entre Gran Vía y Marqués de Valdeiglesias la aguardaba como un refugio de complicidad y deseo compartido. El trayecto hacia el hotel se convertía en un compendio de sensaciones. El bullicio de la ciudad se entrelazaba con la música de sus pasos, y mientras atravesaba la Gran Vía, la arquitectura imponente de los edificios se erigía como testigo silencioso de su camino hacia la clandestinidad.

Finalmente, el hotel se alzaba ante ella como un oasis en medio de la urbe. Los cristales de la entrada reflejaban las luces de la calle. Un portero negro montaba guardia con las manos a la espalda, sonriéndole cuando ella subió los escalones de la puerta principal.

Entró en el lujoso hotel, haciendo sonar sus tacones contra el suelo pulido, entre decoraciones

neoclásicas que conducían hasta el mostrador.

Pero ella no necesitaba acudir a la recepción, solo llamar al ascensor y entrar en él, presionar el botón de la planta 4 y subir en un emocionante trayecto hasta el largo pasillo de suelos alfombrados en los que sus tacones sonaban amortiguados. Siguió las flechas que indicaban la dirección que debía tomar hasta la puerta 424. Llamó a la puerta con dos golpecitos. Los pasos en el interior de la habitación se aproximaban hasta que se abrió la puerta que le llevó en brazos de Ismael.

—Ya eres mía —le dijo al oído.

Ella se abandonó a él, a sus fuertes manos, que pronto recorrieron sus medias y sus muslos hasta apretar con anhelo sus glúteos mientras la atraía contra él, juntando sus caras, oliéndose, refrotándose. Al fin estaba con él. Ella quiso acariciarle todo el cuerpo, palparle todos sus músculos a través de la ropa, coger en sus manos el duro culo y sentir contra ella el miembro palpitante aprisionado en el pantalón. Él mordió su cuello y ella sintió un estremecimiento que le puso los pelos de punta y se oyó a sí misma dejar escapar un gemido de rendición.

—Te has puesto guapa para mí, —le susurraba él—te has puesto hermosa para mí ¿verdad? Deja que te vea.

Él la empujó lejos de él, hacia la cama. El sonreía, caminando a su alrededor, mientras ella se sentía expuesta y recorrida por una mirada peligrosa, sensaciones que no había nunca experimentado. Él se sentó en un sillón frente a ella.

—Muéstrame cómo te has vestido para mí, enséñame tu cuerpo.

Dolores se quitó el abrigo que aún llevaba puesto, dejándolo caer a la moqueta, y dio una vuelta sobre sí misma, nerviosa y dubitativa.

—Quítate el vestido —le ordenó Ismael.

Ella obedeció sin chistar, de buena gana, sintiendo un calor irrefrenable que nacía de su interior. Dejó caer su vestido al suelo, quedando en ropa interior, un sujetador y bragas de delicioso encaje negro que realzaba sus pechos y sus glúteos. Las medias del mismo color terminaban en sus muslos, sujetas por el portaligas. Contrastaban con el negro elegante el dorado de su reloj, sus pendientes y los colores de la bandera que llevaba anudada a la muñeca.

Él se levantó con gesto complacido y miraba que supuraba deseo, plantándose ante ella,

—¿Qué quieres que haga contigo, Dolores?

—Quiero... quiero...

Dolores se dejó llevar y llevó sus manos al bulto tenso que crecía entre las piernas de Ismael, agarrando el paquete con pasión.

—Quiero que me folles como a una puta.

Ismael se estremeció mientras Dolores le bajaba la cremallera y metía su mano buscando el pene erecto, agarrando aquel trozo de carne palpitante caliente y duro. Él le palpaba todo su cuerpo, llegando a su húmeda vulva. Dolores sacó el pene rugiente, que se bamboleó amenazante y enorme ante ella. Ismael la tomó de la cabeza y la obligó a arrodillarse ante él.

—Bésala —le exhortó él.

Ella, que hacía muchos años de su última felación, besó la polla dura y dejó que el espíritu lascivo que la poseía dirigiera sus actos. Borracha de lujuria, supo instintivamente que debía hacer, pasando su lengua por todo aquel aparato y los testículos, hasta que se vio con todo aquel glándulo el interior de boca, llenándola hasta la garganta, saboreando la carne joven.

—Tienes la boca de una puta, Lola.

Ella se la sacó de la boca, sosteniéndola con una mano, mirando hacia arriba.

—¿Te gusta? —dijo ella, con gesto vicioso.

—Me encanta.

—Pues es la primera vez que lo hago así. Me pones cerda, podemita.

—Tu marido facha no sabe follar. Ahora vas a saber cómo es ser follada por la clase obrera.

Aquel empleo del lenguaje sucio fue una sorpresa para la propia Dolores, que vio como

estallaba todo su deseo reprimido en forma de groserías, a cual más denigrante. Estaba liberada, desatada, había puesto en suspenso toda su moralidad, y le estaba encantando. Ismael la agarró del cabello y la levantó con violencia, tratándola como una muñeca desvalida, como un títere sin hilos. Le dio la vuelta, se pegó a ella, mordiéndole en el hombro mientras le bajaba las bragas. La empujó contra la cama y Dolores notó que aquella porra dura buscaba su coño anhelante.

—Ahora te folla el criado, Dolores, te folla el pobre, puta rica.

La polla encontró el camino expedito para introducirse por toda la vagina, entrando limpiamente debido a lo mojada que estaba Dolores, lo sumamente excitada que se sentía. Gimió, gritó de placer, de abandono a la fuerza masculina y se apoyó en la cama con ambas manos mientras era embestida con fuerza y ritmo cadencioso por detrás.

—¡Azótame, titán! —gritó Dolores, sin pensar en lo que decía, abandonada la razón.

Ismael le dio palmadas en el culo mientras la embestía, ensartándola una vez y otra, y a cada empujón, Dolores exhalaba un gemido ronco, como si las embestidas empujaran el aire de sus pulmones a su garganta.

—¡Oh, Dios, sí! —exclamaba Dolores— ¡Dame, dame!

Así estuvieron momentos imposibles de calcular para ella, hasta que el se echó sobre ella con todo el peso de su cuerpo, aplastándola contra la cama, sin sacar el miembro de su interior, moviendo ahora solo la cadera, mordiendo y besando el cuello y la cara de Dolores, bajando la intensidad de las acometidas y volviendo el coito suave y cadencioso, suave, profundo en cada embestida, fuerte pero con cariño. Los cuerpos, envueltos en fluidos y sudor, resbalaban a la perfección, lubricando los movimientos como un organismo perfectamente engrasado. La conexión de sus cuerpos era total, química, mientras Ismael descendía el ritmo, bombeando desde atrás y besando con pasión los labios de Dolores durante largos momentos en los que el tiempo había desaparecido, congelado en un eterno presente de goce amoroso. Se besaban y se sonreían, sintiéndose plenos.

Ella sentía que el orgasmo podía llegar en cualquier momento, pero entonces él, como si lo presintiera, bajaba el ritmo de sus penetraciones. Ella intentaba clavarle en su pene más rápido y más fuerte, pero él, entonces, la sacó.

—¿Qué haces? —jadeó Dolores.

—No voy a dejar que te corras todavía. Te correrás cuando yo quiera.

Ella se volvió hacia él, enloquecida de ansia, besándole con desesperación.

—Fóllame —le pedía ella—, fóllame.

—Suplica, perra. Mírate que cachonda estas. Te follarías cualquier esquina.

—No, te quiero solo a ti, a ti, cabrón.

—¡Suplica!

—¡Fóllame, por Dios!

Ella misma se clavó en el pene rocoso de Ismael, y él comenzó a follarla con rapidez y furia, pegado a ella, con sus rostros uno frente al otro. Dolores sintió que llegaba, llegaba, llegaba y al fin, un torrente de placer. Dolores gritó de placer, un gozo desgarrador que la destruía, que la hacía nacer de nuevo. Se corrió a ríos, como nunca, como no recordaba haberlo hecho nunca. Se sintió más viva que nunca y dio gracias a Dios por aquel orgasmo tan salvaje y liberador mientras se agarraba con sus uñas largas pintadas a la espalda de su macho.

El no salió de ella, siguió dentro, mientras los dos iban recuperando la respiración. Ella comenzó a llorar. Ismael se detuvo al ver aquel llanto.

—¿Qué ocurre? —dijo Ismael, preocupado, acariciándola— ¿Pasa algo malo?

—Nada malo. Gracias por esto.

—¿Lloras de felicidad? —Ismael sonrió.

Ella asintió con la cabeza y abrazó a Ismael con fuerza, como si le fuera la vida en ello. Se sentía dichosa y se alegraba enormemente de haber dado aquel paso. Había encontrado la felicidad de nuevo, cuando ya la había olvidado, cuando pensaba que ya nunca volvería a experimentarla. Ismael la abrazaba de forma tierna, cuidándola en su abrazo, besándola. Aún estaba en su interior.

—Córrete dentro —le dijo ella.

—¿Seguro?

—Sí, quiero todo lo tuyo conmigo.

Ismael la besó con pasión y comenzó a follarla de nuevo, sin dejar de abrazarla. Ella se perdía en su pecho, hundida en sus músculos, bajo todo él, recibiendo las acometidas con placer renovado. Ella era una muñeca en sus manos, se hubiera dejado hacer cualquier cosa. Gemía, perdida en su frenesí, hasta que sintió que iba a correrse de nuevo, acompañando el ritmo de su amante.

Se corrieron juntos entre jadeos y, al fin, descansaron uno junto al otro en la cama. Dolores se sentía rendida. Miró por la ventana y vio que ya era noche cerrada. Miró su reloj y vio que eran casi las nueve de la noche.

—Ay, madre de Dios —dijo ella, incorporándose—, pero cómo ha pasado el tiempo.

Ismael se levantó y se encendió un cigarrillo. Le ofreció uno a Dolores, que se lo aceptó, aunque hacía años que no fumaba. Pensó que era el momento idóneo para volver a fumarse otro pitillo, mientras observaba el cuerpo desnudo de Ismael. De pronto miró su propio cuerpo y, al ver sus tetas caídas, su celulitis y otras pieles que habían perdido firmeza, sintió vergüenza y se tapó con la sábana.

Pero Ismael la había visto. Alargó su mano y le retiró la sábana para dejarla expuesta.

—Eres preciosa, Dolores. Conmigo no te tapes. Me encantas.

—No tengo la firmeza del cuerpo de tus amigas. Estoy vieja.

—¿Acaso estoy con mis amigas? Estoy contigo, Dolores. Te quiero como eres.

—¿Me quieres? —preguntó con sarcasmo.

—¿Me dejas comenzar a quererte?

—¿Cómo me vas a querer? Estoy casada —sonrió—. Soy del Partido Popular.

—¿Y qué? ¿No me quieres tú a mí?

—No te conozco. Pero podría quererte, claro —reconoció.

—Pues yo igual. Además —sonrió—, seguro que no eres tan del PP.

—Oh, soy muy del PP. Quizá eres tu el que no eres tan podemita.

—Lo soy.

—Qué pena. No pegas nada con ellos. Eres guapo, educado y vistes bien. Ellos son unos zarrapastreros con rastas y que huelen a sobaco.

—Pero quiero lo mismo que ellos —dijo, dándole un beso húmedo y breve a Dolores.

—¿Y qué es eso?

—Cambiar España. Conseguir un estado social, sanidad, educación, vivienda, trabajo, ocio, honradez, democracia.

—Ya tenemos todo eso.

—Lo tendrás tú —le dio otro beso tierno—, hay millones que no lo tienen. Habéis recortado todo ¿recuerdas?

—Eso es culpa de los socialistas, que no reconocieron la crisis a tiempo.

Ismael se rió con ganas.

—¡Sí, claro!

—Anda, cállate —le dijo Dolores, tomándole del pene—, deja de hablar de política, podemita, y fóllame por última vez.

—¿Por última vez?

—Por última vez, hoy.

Eran las nueve y media cuando Dolores salió de la ducha de la habitación. Se había quitado todo el olor de Ismael y el agua había limpiado los fluidos de su cuerpo. Tenía que volver para dormir junto a Rafael y no quería dar ninguna pista que delatara lo que había hecho. Se volvió a vestir mientras él la observaba fumando. Dolores miró su teléfono. Rafael no le había enviado ningún mensaje, pero pronto lo haría, cuando se hiciera tarde y viera que ella no llegaba. Por previsión, le mando un mensaje para decirle que había tomado algo por el centro y que llegaría en un rato.

—¿Escribiendo a tu marido?

—Sí.

—¿Quién es?

—Rafael Villacañas.

—¡Wow! —exclamó Ismael con una sonrisa— ¿Ese es? ¿Me estoy follando a la mujer de Villacañas?

—Veo que le conoces.

—Es un peso pesado del partido. Claro que se quién es. Es un fontanero político, un tío en las sombras.

—Pues ya lo sabes —Dolores se puso seria—. Excuso decirte que espero de ti la más exquisita discreción y que nadie de su entorno sepa nada de esto.

—No te preocupes, Dolores.

Ella sonrió mientras se ponía el abrigo.

—No me llames Dolores, llámame Lola.

8

Dolores regresó a su casa a las diez de la noche, los ecos de la tarde de pasión aún vibrando en su ser. El roce de los labios de Ismael y las agujetas en su entrepierna, todo ello se mezclaba con la realidad de su hogar y su matrimonio con Rafael. Con el corazón aún acelerado, se sumergió en una actuación de normalidad mientras entraba por la puerta de su casa.

—Hola —saludó a Rafael al pasar por el salón con una sonrisa forzada, intentando disimular la turbación que se escondía tras sus ojos.

—¿De dónde vienes? —preguntó Rafael sin levantarse del sofá.

—Oh, he estado tomando algo en el centro con Marta —respondió Dolores, simulando un hecho intrascendente.

Rafael la miró de manera inquisitiva, pero la confianza acumulada durante años ahogó cualquier sospecha que pudiera haber surgido. Dolores, aunque feliz por la pasión descubierta, se sintió perturbada por la necesidad de ocultar su secreto y, en parte, aquella mentira, aquel juego de ocultar su pasión, también la divertía y excitaba.

La noche avanzó, y la actuación de normalidad continuó. La conversación fue escasa, el interés de Rafael, nulo, aunque en el fondo de Dolores, la excitación y el miedo de ser descubierta se mantenían latentes. Antes de dormir, Rafael observó a Dolores con una mirada que trascendía la rutina.

—Estás muy bien esta esta noche, ¿no?—comentó, notando una belleza que, de alguna manera, resplandecía más intensamente. Dolores, envuelta en su propia contradicción, agradeció el comentario con una sonrisa forzada, mientras se sumergía en la cama junto a su esposo.

La mañana siguiente, Rafa había madrugado más que ella y ya no estaba en casa. Dolores se despertó con una sonrisa en los labios, feliz. El sol entraba por las rendijas de la persiana cerrada. Aquel prometía ser un día maravilloso.

Evelyn le tenía preparado el desayuno, que esa mañana a Dolores le pareció doblemente delicioso, no sabía si era por que la criada había comprado algo nuevo de desayuno o porque los efectos del amor del día anterior incluían también volver a saborear todo en la vida con un nuevo paladar. Aquella mañana se vistió con colores vivos y se vio radiante en el espejo.

Regresar al Congreso aquel día fue como regresar a la universidad, a un lugar lleno de gente distinta entre la cual se halla un amor secreto. Dolores se sentía como si se hubiera sumergido en la fuente de la eterna juventud y hubiera salido treinta años más joven. Caminaba por los pasillos del Congreso preguntándose si, de pronto, aparecería él. La rutina diaria, antes monótona, adquiría ahora una tonalidad distinta. La posibilidad de ver a Ismael le infundía una vitalidad que la hacía sentir joven y feliz. Las responsabilidades cotidianas se veían teñidas por la emoción de verle, una sensación que la sumía en una especie de nostálgica juventud.

La espera se convertía en un juego emocionante, y el simple hecho de imaginar un encuentro furtivo le llenaba de mariposas en el estómago. Aunque la madurez marcaba su vida, Dolores redescubría la frescura de los primeros amores, con una chispa que iluminaba sus ojos y una felicidad renovada en su corazón.

Sentía la magia de un amor prohibido y se sumía en la sensación de ser joven y enamorada. Cada día se volvía una oportunidad para experimentar la dicha de un encuentro inesperado, recordándole que, incluso en la etapa más madura de su vida, el corazón podía latir con la misma intensidad que en aquellos tiempos juveniles. La complicidad de su amor secreto la conectaba

con una versión más fresca y emocionante de sí misma, una versión que la llenaba de una alegría que solo el amor, incluso el más clandestino, podía brindarle.

—Dolores, querida, que bien te veo últimamente —le decía Serrano aquella mañana durante el almuerzo— ¿Qué te has hecho?

—Sí, Lola —apoyaba Beatriz—, ¿va bien el sexo, acaso?

—No sé —mentía ella—, no he cambiado nada.

—Pues hija, ya me contarás tu secreto.

Por las escaleras del Congreso, a la hora de inicio del Pleno, bajaban los diputados de Podemos mientras ella se disponía a subir. Entre ellos, Ismael, que les seguía. Dolores y él se miraron furtivamente y al pasar uno al lado del otro, se tocaron levemente la mano en señal secreta de su amor. Dolores sonrió para sí, turbada de emoción, sin mirar atrás.

Poco después, mientras ella estaba sola en su despacho, siguiendo la intervención de Isabel en el Pleno a través de la televisión pequeña de la que disponía, recibió un mensaje de él.

—Qué guapa estás hoy —escribió él.

—Gracias. Debe ser el ejercicio de ayer, que me sube la belleza.

Al rato, volvió a recibir otro mensaje de Ismael.

—En los servicios de la planta de arriba nunca hay nadie. Deberías probarlos.

Dolores soltó una risita nerviosa al leer aquella propuesta velada. Se sintió excitada ante la posibilidad que tenía delante, pero tenía que seguir la intervención de su jefa.

—Ahora no puedo.

—¿Y cuándo podrás?

Ella se levantó de su asiento y caminó por la habitación, inquieta. Reflexionó. Tenía unas ganas locas de encontrarse con él. Le escribió de nuevo.

—Cuando acabe mi jefa su intervención.

—Vale.

La tensión de la espera se colaba en cada uno de sus pensamientos, haciendo que los veinte minutos se estiraran como una goma elástica a punto de romperse. Mientras la mirada de Dolores se alternaba entre el reloj en su muñeca y la figura de Isabel en el estrado, la ansiedad se apoderaba de ella. Cada segundo que pasaba parecía susurrarle la urgencia de la cita clandestina que aguardaba.

La atención de Dolores, por momentos, se desviaba hacia la puerta, esperando ver a Isabel concluir su intervención. Cada palabra de la jefa resonaba como una tortura que prolongaba la espera. La impaciencia se volvía tangible, y Dolores, entre susurros de asentimiento y la necesidad de ocultar su ansiedad, deseaba que aquella intervención, de la que no hacía ni caso, llegara a su fin.

Finalmente, cuando Isabel cedió la palabra, Dolores se sintió liberada de una cadena invisible. La espera, aunque breve en el reloj, había sido una eternidad en los latidos de su corazón, y ahora, con la posibilidad al alcance, Dolores se lanzó hacia el ascensor, donde coincidió con otros asistentes de otros partidos, ignorantes de la emoción que embargaba los sentidos de la asistente del PP.

Cuando salió a la última planta, atravesó un pasillo vacío y entró en el servicio. ¿Al de hombres o al de mujeres? No había pensado en concretar más el lugar. Entró en el de mujeres. Encendió la luz y se quedó allí, sobre los lavabos de marmol, mirándose al espejo, esperando. Una espera que se hacía demasiado larga. Tomó su móvil y comenzó a escribir.

—¿Dónde estás??? —escribía numerosas interrogaciones para expresar apremio e inquietud.

Al fin, la puerta se abrió y entró él, tan guapo, con una sonrisa traviesa en los labios. No se

dijeron nada, solo fueron el uno al otro. Él tomó su cara en sus manos y se dieron un beso húmedo y largo, apasionado, apretando sus cuerpos. Ella notó que él ya estaba duro, lo notaba a través de su ropa.

Se separaron. Ella estaba inquieta por si entraba alguien y les descubría, de modo que le tomó de la mano y le llevó al interior de uno de los retretes, cerrando la puerta y volviendo a besarse con desespero.

—No tengo mucho tiempo —le dijo ella, bajándose las bragas.

Él se bajó los pantalones y sacó su miembro tenso. La puso de espaldas, tocó su sexo húmedo y se la metió sin más preliminares, sin resistencia. Dolores no había sentido su coño tan húmedo en décadas. Nunca hubiera creído que podría volver a sentir algo semejante, pero así era, sintiendo como el movimiento del miembro viril de Ismael le proporcionaba un placer insólito. Ella se sujetaba a las paredes del retrete mientras él embestía por detrás, con su cuerpo pegado a su espalda, besando y lamiendo.

—Muérdeme —le pidió ella.

Un bocado en su hombro hizo que una corriente la electriza mientras recibía inyecciones de carne cada vez más intensas. Ella gimió. Él tapó la boca de Dolores con una mano mientras ametrallaba su vagina, ahogando sus jadeos y sus grititos contenidos cuando comenzó a experimentar el orgasmo. Después, él se corrió fuera, echando su semen sobre el suelo.

Ella descansó unos segundos mientras se limpiaba con papel higiénico. Se subió las bragas y se acomodó el vestido. Le dio un beso apasionado al muchacho y salió del retrete para mirarse en el espejo. Él salió detrás.

—¿Cuándo te veré? —pregunto él.

—No sé. Déjame ver qué tarde podemos repetir.

—Oye, Lola, ¿y si te las apañas para pasar juntos más de unas horas en un hotel?

Ella le miró a través del espejo mientras se arreglaba el pelo.

—¿En qué estás pensando? —inquirió a su amante.

—No sé, podríamos pasar todo un día y una noche, al menos. Ir a algún sitio, cenar, dar un paseo... —se aproximó a ella y la abrazó por detrás—, y luego follarte sin mirar el reloj.

Ella sonrió y bajó la vista, tímida ante la propuesta indecente.

—Podrías montarte una excusa de algún viaje —insistió él.

—Lo pensaré —respondió ella, haciéndose la dura, aunque la idea le volvía loca—, ahora tengo que volver al despacho.

Se dieron un beso.

—Pero de momento —le dijo ella—, tendremos que conformarnos con el hotel.

—O con los baños —sonrió él.

—¿Qué tal el jueves, mismo hotel, misma hora?

—Creo que podré complacerte.

Ella rió y se dispuso a salir.

—Sal un poco más tarde —le pidió Dolores—, ya sabes, que no nos vean juntos.

Él asintió y ella salió de los servicios. Pero antes, quiso pedirle una última cosa.

—Ah, y escríbeme cosas guarras.

Ismael sonrió perversamente. Dolores regresó a su planta, simulando normalidad ante la gente con la que se cruzaba y a la que saludaba. Cerró la puerta de su despacho al entrar y se recostó sobre su asiento, emitiendo un suspiro.

Después del encuentro ardiente en los servicios, Dolores experimentó una mezcla embriagadora de éxtasis y temblor emocional. A sus cincuenta y cinco años y en su posición

social respetable, la idea de entregarse a encuentros amorosos clandestinos era una transgresión atrevida, una aventura que, en su juventud, jamás habría imaginado.

Lo que la movía era el amor. La llama de la juventud que Ismael le insuflaba la hacía sentir viva de una manera que no había experimentado nunca. El miedo a ser descubierta se desvanecía ante la fuerza irresistible de ese sentimiento. La satisfacción de la transgresión, lejos de pesarle en la conciencia, le otorgaba una sensación de liberación. Dolores pensó que, quizás, bajo las apariencias, todos somos adolescentes todavía y, si nos dan una oportunidad, volveremos a cometer deliciosas locuras. Solo había necesitado que un joven viera en ella a la joven que había sido, que seguía siendo en su interior, para que la muchacha fogosa que siempre fue regresara y esta vez, nadie la iba a reprimir. “La vida son dos días”, pensaba ella, “y esta quizá sea mi última oportunidad de vivir en plenitud”.

La alegría le permitió afrontar sus tareas de la vida cotidiana con energía, tanto en el Congreso como en casa. Nada malo que le sucediera le afectaba, porque sabía que tenía la felicidad esperándola en otra parte. Solo tenía que mirar su Whatsapp para leer las cochinadas que Ismael le escribía, y aquello le provocaba una sonrisa automática. Y si estaba con compañía, sonreía por dentro, conteniendo su entusiasmo.

Así pasaban los días, y en casa, Rafael ni siquiera concebía que su mujer pudiera estar teniendo una aventura. Seguía ignorándola, dedicándose a sus cosas, a sus llamadas de teléfono, a las visitas de copa y puro de sus amigos o a sus múltiples idas y venidas. En el Congreso, los amantes no volvieron a verse en los servicios, pero se dedicaron miradas subrepticias y arriesgadas cuando se cruzaban por los pasillos, en el patio o en las escaleras. El miércoles se fue Dolores de compras por Madrid, buscando nueva y provocativa ropa interior para su encuentro del jueves.

En su casa, se probó aquellas prendas tan sensuales y se hizo fotos en el espejo de cuerpo entero de su vestidor, para enviárselas a Ismael.

—Esto es lo que te espera mañana.

Ismael le respondió con emoticonos babeantes.

Así, el jueves, a las seis de la tarde, Dolores iba vestida elegante pero discreta, sin embargo, debajo de la ropa, vestía un portaligas a la altura del ombligo que sujetaba unas medias de rejilla y sujetador y braguitas a tiras muy finas. Estaba deseando exhibirse así ante su fogoso amante y sentir que la devoraba con la mirada.

Subió las escaleras del hotel, ignorando al portero. Ella se mantenía alerta, como si pudiera encontrar allí alguien que la conociera. Sabía que aquella manía persecutoria era producto de la culpa, pero aún así no podía evitar controlar todo el entorno.

Eso la salvó de que la viera Vallejo.

Sintió un latigazo de terror al reconocer al tipo siniestro que había estado en su casa la semana anterior. Estaba leyendo el periódico, sentado en un sillón encarado hacia los ascensores, esperando.

Dolores se detuvo antes de que el hombre pudiera verla y se escondió detrás de una columna, sin saber qué hacer. No podía subir a la habitación sin que le descubriera Vallejo. “Qué maldita casualidad”, pensó ella, asustada. Decidió darse la vuelta y salir de allí antes de que a ese hombre le diera por echar un vistazo a su alrededor y la reconociera. Se alejó, caminando hacia la puerta.

Salió del hotel y buscó dónde meterse. Se metió en el bar de enfrente. Pidió un vino y se sentó en una mesa de forma que pudiera ver la puerta del hotel. Sacó su teléfono y escribió a Ismael.

—No puedo ir —le escribió—. Hay una persona que me conoce.

Aguardó unos pocos minutos hasta que Ismael la leyó y le respondió.

—¿Dónde estás?

—Cerca. En un bar.

—¿Qué hacemos?

—No sé. Voy a esperar a que salga. Espero que no tarde mucho.

Pasaron los minutos y el nerviosismo de Dolores crecía. Estaba ansiosa por reunirse con Ismael y aterrorizada con la perspectiva de que aquel hombre siniestro de la entrada pudiera verla. Recibió otro mensaje de Ismael.

—Voy contigo. Al menos, esperaremos juntos.

—Pero aquí no. Lejos de aquí. Estamos demasiado cerca de ese hombre y del Congreso.

—Nos encontraremos en los jardines de Buenavista.

—De acuerdo.

Dolores terminó su copa y pagó en la barra del bar. Cuando iba a salir por la puerta, se detuvo al ver que salía Ismael del hotel y se dirigía calle abajo hacia el lugar que habían concertado. Esperó unos instantes dentro del bar, antes de salir y seguir los pasos de su amante. Pero cuál fue su sorpresa al ver que Vallejo, con gafas de sol negras y gorra, salía del hotel también, siguiendo la misma dirección que Ismael. Se asustó cuando comprendió que ¡Vallejo estaba siguiendo a Ismael!

Ella se quedó en el bar hasta que vio desaparecer a Vallejo por la esquina. Entonces ella supo que tenía que abortar el encuentro si no quería que ese hombre les descubriese. Salió del bar y regresó al Congreso por la misma calle por la que había venido mientras escribía un mensaje a Ismael.

—Me voy.

—Espera —escribió él—, no te vayas. Quiero verte.

—Te están siguiendo —le escribió ella, nerviosa, casi sin acertar las teclas.

Ismael no respondió nada durante unos minutos mientras ella regresaba deprisa al Congreso y entraba por una puerta discreta. Cuando estaba bajando al parking, recibió una llamada de Ismael.

—¿Te vas? —le dijo él.

—Me estoy yendo. Tenemos que cancelar.

La confusión se apoderaba de ella, y la pregunta latente en su mente resonaba como un eco

persistente: ¿Por qué alguien estaría vigilando a Ismael? La inquietud la llevaba por senderos oscuros, donde la sombra de la sospecha se mezclaba con el miedo de ser descubierta.

—Lo lamento —dijo él.

—Y yo. Pero hay que hacerlo.

En su mente, la posibilidad de que su marido o alguien de su propio partido estuviera al tanto de la relación clandestina surgía como una amenaza. La idea de que la sombra de Vallejo fuera consecuencia de sus acciones la paralizaba. Sin embargo, entre los vaivenes de la incertidumbre, también flotaba la posibilidad de que aquel acecho nada tuviera que ver con ella. La confusión, la inseguridad y el miedo formaban una maraña de emociones que oscurecían su juicio.

Caminó por el parking y se metió en su coche. En la soledad y cobijo de su vehículo, suspiró mientras mantenía el teléfono pegado a su oreja.

—Ya hablaremos.

—Sí —respondió él—, hablaremos. Un beso.

—Un beso.

La decisión de cancelar el encuentro con Ismael pesaba en su corazón. La sombra siniestra se interponía como un obstáculo imprevisto en el camino de su amor clandestino. Arrancó su coche y salió a la calle para regresar a casa, frustrada y todavía con el miedo en el cuerpo.

Durante todo el trayecto, Dolores estuvo aturdida de pensamientos que le venían a la cabeza, apenas reparando en el tráfico. ¿En qué lío se estaba metiendo? ¿Qué había hecho Ismael para que le anduvieran siguiendo? ¿Alguien quería sorprenderla? ¿Era por ella? ¿O era por Podemos? En realidad, no sabía nada de Ismael, no sabía qué hacía. Quizá tenía relaciones con terroristas o delincuentes. Después de todo, esos podemitas eran amigos de los vascos y los catalanes, y los cubanos y los de Maduro.

Sintió pavor al preguntarse si no habría contratado Rafael a Vallejo para que la espiera y aportara pruebas de su relación, de cada al divorcio. Pero no podía ser, pues cuando ese hombre estuvo en casa, su relación con Ismael ni siquiera era una fantasía en su mente. Las respuestas, pensó, las tenía en casa.

Aparcó el coche en su garaje y entró en casa. Rafael todavía no había llegado, y se fue directamente a su vestidor para quitarse la ropa, aquella ropa que no había podido lucir, lo cual le recordaba el encuentro que no había podido tener. La colocó con mimo en un cajón, deseando poder usarla pronto.

A la hora de la cena, llegó Rafael, con ganas de comer. Se sentaron a la cena, servida por la criada, y se intercambiaron rutinarios comentarios de su día en el trabajo. Pronto, él dejó de hablar y ella se decidió a sonsacarle información.

—He visto hoy a ese hombre que estuvo aquí en casa, ese Vallejo.

—¿Ah, sí? —dijo él, sorprendido— ¿dónde?

—Por la calle, cerca del Congreso.

—Vaya. ¿Le has saludado?

—Por supuesto que no. No me ha visto, afortunadamente. Me pareció un hombre muy desagradable.

—Sí —sonrió levemente Rafael—, lo es, pero es eficiente.

—Exactamente, ¿en qué es eficiente?

—En los trabajos que hace para nosotros.

—Rafael —Dolores miró fijamente a su marido—, ¿qué es ese hombre?

—Alguien que hace trabajos sucios.

—¿Cómo de sucios?

—Comprenderás que no puedo hablar de según qué cosas, Dolores.

—Soy tu mujer y soy del partido, a mí me lo puedes contar.

—¿Pero qué más te da? —dijo él, molesto, dejando el vaso de agua con fuerza sobre la mesa — ¡no es asunto tuyo!

En otra ocasión, Dolores se habría abstenido de seguir insistiendo, pero le iba la vida en ello. Necesitaba saber qué ocurría.

—¡Lo metiste en nuestra casa, es asunto mío si ese hombre es un delincuente!

—¡Joder, Dolores! ¡Investiga a los podemitas, a ver qué saca!

—¿Y qué espera sacar?

—No sé, lo que sea, lo que pueda pillar. Financiación de Venezuela, contactos con Batasuna, líos de faldas, corrupción o no haber pagado el impuesto de circulación... ¡Lo que sea que podamos usar!

Dolores sintió un escalofrío cuando oyó “líos de faldas”, porque era precisamente lo que a ella le afectaba. Ella era uno de esos “líos de faldas”.

—Pero supongo que vais a por los líderes ¿no?

—A por todos, Dolores. Cualquiera de ellos es culpable. Y sí, es ilegal, pero hay que defender a España. ¿Contenta ya?

—Sí, contenta. No era tan difícil.

—De esto, ni una palabra a nadie. Isabel sabe de esto, pero que no sepa que tú estás al tanto ¿me oyes?

—Descuida, Rafael.

Aquella fue una amarga noche para ella. Rafael se echó a dormir pronto, pero Dolores se quedó tomando copas de vino en el sofá del salón, en silencio, pensando en que aquello que había descubierto suponía que nunca podría volver a estar con Ismael sin riesgo de ser sorprendida. Si seguía viéndole, la pillarían, seguro. Aquello la hizo derramar lágrimas de tristeza. Se sentía hundida por haber descubierto una felicidad inesperada y que, de pronto, esa felicidad le estuviera de nuevo vedada. Maldijo su suerte.

Ismael le escribía, pero ella ni siquiera se atrevía a responderle, pues, si le estaban siguiendo, ¿por qué no podrían también tener pinchado su teléfono?

—Oh, Dios.

Dolores cayó en la cuenta de las fotos que se había intercambiado con Ismael. También era posible que fueran interceptadas. No sabía muy bien cómo funcionaba eso de las comunicaciones, pero todo era susceptible de ser intervenido. Revisó sus chats con su amante y todas aquellas conversaciones subidas de tono, llenas de apelativos humillantes y promesas de sexo que tanta vida le habían dado.

Pensó que si habían estado monitorizando los mensajes de Ismael, entonces ya poco importaba que mantuvieran silencio. Las copas de vino que llevaba en el cuerpo la envalentonaron, perdió el miedo y escribió a su adorado amante.

—Quiero estar contigo.

—Y yo contigo, Lola.

—Pero ya no podemos vernos, amor.

—Claro que podemos vernos. Esquivaré a ese tipo y podremos vernos de nuevo.

—¿Y si te sigue otro que yo no conozca? Me descubrirán.

—Encontraremos la manera.

—Deja Podemos —le pidió Dolores—, deja el Congreso. Así dejarás de interesarles.

El no respondió nada durante unos minutos.

—¿Qué sabes de esto? —le preguntó—, de que me sigan.
—No puedo contártelo por teléfono.
—Entonces veámonos, donde te besé la última vez. Ya sabes dónde.
—Sí —Dolores respondió entre lágrimas—, nos veremos allí mañana.
—Te quiero, Lola.
Dolores ya no respondió, conteniendo el llanto y apurando su copa.

Durante la mañana, antes de subir a su cita en los servicios de la última planta, Dolores buscó rastros de Vallejo dentro del Congreso, o a cualquier persona sospechosa que pudiera ser uno de los espías que su propio gobierno había puesto a funcionar. La paranoia le hacía sospechar de cualquiera que no supiera de dónde venía, y era común ver a muchas personas desconocidas en el Congreso.

Subió a los servicios a las doce del mediodía, no encontrando a nadie en aquella planta, salvo a alguna trabajadora de la limpieza. Entró a los servicios de señoras y aguardó.

Ismael llegó puntual, con gesto preocupado y, cuando vio a Dolores, se lanzó a por ella a la vez que ella se lanzaba a él, fundiéndose un abrazo urgente. Él besó con cariño las comisuras de sus labios, para bajar por la barbilla y el cuello. Ella apretaba sus manos al cuerpo tenso, sintiendo la piel de gallina. Ella quería abandonarse y entregarle su cuerpo a él, pero debían hablar de lo importante.

—Para —dijo ella—, por favor, tenemos que hablar.

—No pararía nunca —dijo él, que seguía besándola.

Ella lo apartó de sí sosteniéndole la cara, para detenerlo y poder hablarle.

—Os siguen para encontrar pruebas que puedan usar contra vosotros.

—¿Pruebas de qué?

—De lo que sea. ETA, Venezuela... amantes. ¿Entiendes? Si yo no hubiera conocido al hombre que te seguía y hubieran puesto a otro a seguirte ¡me hubieran descubierto! Ahora sería un escándalo en la prensa. Esto es muy peligroso. Tenemos que dejarlo.

—¿Quién es el hombre que me sigue? ¿de qué lo conoces?

—Lo conozco y ya está —ella no quiso darle más detalles—, es ex policía y lo han puesto para vigilaros.

—¿Quién lo ha puesto?

—Desde arriba, viene de arriba del todo.

—¿El gobierno?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, y ya está, no quiero decirte más detalles, te he dicho lo importante. Ándate con ojo.

—¿Te preocupas por mí o por ti? —dijo él con una sonrisa dolida.

—¿Qué dices?

—¿Temas por mí o solo temas que ese espía descubra que tienes una aventura con un podemita?

—¡Las dos cosas, idiota! —Dolores le dio una bofetada, por insolente— ¿cómo te atreves?

Los dos se miraron con tensión, como si fueran a enfadarse o a decirse cosas peores, pero se amaban demasiado. Se besaron con desesperación, como si fuera la última vez.

—Lola —le dijo él—, ¿de verdad tienes tanto miedo a que te pillen que quieres que dejemos de vernos, que nos separemos? ¿no merece esto nuestro el riesgo? Prefiero que nos cacen, que me echen de mi partido, que me destruyan en la prensa... lo prefiero a tener que dejarte.

—Calla, calla —decía ella, besándole— nos vas a buscar la ruina a los dos.

—La ruina es separarnos.

—Entonces déjalo todo, abandona la política y, cuando se olviden de ti, podremos estar juntos.

—¿Y eso cuándo sería? ¿meses? ¿años? Y mientras tanto, qué. Déjame pensar en otra cosa. Podemos vernos con mucho más cuidado, lejos de aquí. Pensaré algo.

Oyeron voces, fuera, en el pasillo. Alguien se aproximaba. Se separaron y ella le apremió para que se marchara.

—Vete.

Voces femeninas. Dos mujeres se acercaban, estaban ya casi al otro lado de la puerta. Ismael tomó a Dolores de las manos y juntos se escondieron en uno de los retretes justo cuando las mujeres entraban dentro del baño.

Eran dos asesoras del PNV que venían de tomar en la cafetería de esa planta, hablando entre ellas. Dolores estaba asustada. Los dos amantes se mantuvieron en silencio, cogidos de las manos. Una de ellas intentó abrir la puerta de su retrete, pero Ismael había cerrado el pestillo.

—Vaya, esta está cerrada. ¿Hay alguien ahí?

Dolores no se atrevió a responder nada, temblando de nerviosismo. No se atrevía casi ni a respirar.

—Qué raro —dijo la mujer, pasando al siguiente retrete.

Las oyeron hacer sus necesidades en los retretes de los lados. Dolores e Ismael se miraban, tensos. Entonces él la besó, en silencio, acariciándole el cabello. Las mujeres hablaban entre ellas sobre sus vacaciones en Portugal mientras salían de orinar y se lavaban frente al espejo, ignorando que dos amantes ocultos se besaban. Al fin, se marcharon y Dolores pudo respirar aliviada.

—Casi nos pillan —dijo ella, en voz baja—, tenemos que dejar de vernos.

—Voy a salir. Te escribiré.

Él salió de los baños y ella se quedó allí un rato más para evitar que nadie pudiera sospechar si la veía salir seguida de Ismael.

La ilusión se había visto aplastada por el miedo y la felicidad de encontrar el amor se había visto empañada por la sombra de la amenaza. Dolores pasó los días siguientes ausente y con el ánimo por los suelos. Se centró en su trabajo y evitaba hacerse la encontradiza con Ismael porque le era demasiado doloroso verlo y saber que ya no podían estar juntos. Cuando, aún así, se veían por el Congreso, ella evitaba las miradas que él le lanzaba. No podía soportar verlo porque quería abrazarle y besarle, y no podía.

En casa era un fantasma que se dedicaba a vagar por los pasillos rumiando su pena. En su reflejo en el espejo volvió a ver a una señora marchita de mirada sin vida. Le parecía que habían vuelto a caerle años encima y no tenía ganas de nada. Se tumbaba en la cama, deprimida, y no se levantaba en varias horas. Incluso faltó algún día al trabajo poniendo de excusa una gripe, para poder así quedarse sola en su casa y poder llorar su pena sin temor a que nadie la viera. Sin embargo, a Rafael parecía no gustarle nada que ella faltara al trabajo.

—Pero bueno, ¿se puede saber qué te pasa que no vas a trabajar? —le decía él cuando se vestía y veía como ella no tenía intención de levantarse de la cama.

—No me siento bien —le decía ella.

—Llevas tres días ya en casa y yo te veo estupendamente.

—Rafael, ¿qué mas te da? Quiero quedarme en la cama y descansar.

—¡Cómo si cansara mucho tu trabajo!

Rafael se marchaba enfadado por su actitud. Tanto, que finalmente Dolores decidió volver a trabajar. Pero tanto necesitaba dormir que acudió a su médico de confianza, el Doctor Antonio Romero, al que llevaba visitando desde hacía veinte años en su exclusiva clínica privada del norte de Madrid.

—Necesito dormir, Antonio —le dijo, cansada—, tengo demasiadas cosas del trabajo que me provocan ansiedad.

—Si quieres te puedo recetar algo, pero no es una solución, Dolores. Y debes tener cuidado, o crearás dependencia.

—Dame lo que sea necesario, por favor. Solo necesito unas noches tranquilas.

—De acuerdo —consintió el doctor—, pero no las uses demasiado. Intenta alternar los días.

Gracias a las pastillas pudo descansar al fin algunas noches, pero las inquietudes no cesaban. Aquellos días se publicaron en la prensa alguna noticias a partir de capturas de conversaciones en chats de Pablo Iglesias, líder de Podemos. Alguien había filtrado contenido de un teléfono de alguien de ese partido. El contenido de esas conversaciones no era político, solo eran chascarrillos que dejaban en mal lugar al líder podemita. El tema saltó a las televisiones, donde hacían sangre con el asunto. Su jefa y sus compañeras se reían al leer aquellas conversaciones, pero a Dolores no le hacía ninguna gracia, porque sabía que había sido obra de Vallejo o de alguien similar, y que podía haber sido ella la protagonista de aquellas noticias.

—Se le está bien empleado al coletas —reía Serrano—, que se joda, el muy repugnante.

—¿Y esas conversaciones de donde salen? —preguntó Dolores, algo indignada— ¿un poco raro que salgan a la luz, no?

—Alguno de los suyos habrá filtrado los chats por dinero —aventuró Serrano—, o habrá sido por lucha política, como se llevan a matar entre ellos...

—Quizás les hayan robado un ordenador o un teléfono.

—¿Y qué? Pues se lo merecen. ¿Qué se habían creído, que nos íbamos a cruzar de brazos?
Dolores calló por prudencia y no volvió a sacar el tema.

Una mañana, mientras despachaba asuntos con Isabel, recibió un mensaje de Ismael. Al ver que tenía un mensaje suyo, a Dolores le dio un vuelvo al corazón y guardó el teléfono en su bolso. Cuando terminó la reunión con su jefa, se fue a su despacho y leyó el mensaje.

—Te echo de menos.

—Yo también —le respondió ella.

—He pensado que podrías hacer un viaje a París.

—¿A París?

—Yo también podría hacerlo, por separado, borrando mi rastro, y alojarme en el mismo hotel en el que te alojes tú. Allí podríamos coincidir casualmente y pasear por la ciudad :)

Dolores pensó en las posibilidades de aquella propuesta, pero lo veía demasiado complicado. No veía qué excusa podía usar, no sabía cómo hacerlo sin despertar sospechas en su casa y, además era arriesgado. Aunque estuvieran en otro país, podrían verles y sobre todo, podrían seguirle hasta allí. Era una mala idea.

—No —respondió ella—, no puedo hacer eso. Olvídalo.

—Entonces, espera. ¿Podrías buscar una excusa para pasar una noche fuera? Una sola noche.

Ella no quería, estaba predispuesta a decirle que no a todas sus propuestas, pero por otro lado, deseaba decirle que sí y encontrarse con él. El corazón le latía con fuerza. Él no espera respuesta.

—Sé de un hotel de citas. Van allí los buscan discreción, los amantes secretos.

—Y los que se llevan allí a putas.

—Sí. Porque eso es lo que eres.

Ella sonrió después de muchos días, sacudida de excitación solo por haber leído aquella frase en la que él volvía al juego de hablarle con groserías. Él continuó.

—Cada uno vamos con un coche, que se quedan en el parking, en la plaza asignada. De allí, se sube en ascensor privado a la habitación, donde hay de todo para nosotros. La salida es igual. El sitio está en las afueras. Nadie podrá vernos. Tú vas antes y me esperas allí, abierta de piernas en la cama, con esa lencería que no llegué nunca a quitarte.

Dolores quería decir que sí. Pero no se atrevía porque su paranoia le hacía imaginar cientos de amenazas posibles a todos los planes que Ismael pudiera plantearle.

—Lo siento, no puedo —respondió Dolores con todo el dolor de su corazón—. No me hagas más propuestas, déjame olvidarte, por favor.

—Te quiero, Lola.

Ella guardó su teléfono y contuvo una lágrima. Justo en ese momento entró Isabel para echarle más trabajo, que ella abrazó como una salvación para olvidarse de sus problemas.

Dolores se sumió en un par de semanas de silencio. El temor a que la sombra siniestra que parecía seguir al joven se desplazara también hacia ella la obligaba a mantenerse distante, evitando cualquier comunicación que pudiera dejar rastro. El silencio se volvía un peso en su corazón, una carga que oscilaba entre la necesidad de protegerse y el anhelo desgarrador de los encuentros apasionados que se habían vuelto una parte crucial de su vida. La ausencia de Ismael la sumía en una tristeza profunda, una sensación de desolación que se reflejaba en cada rincón de su ser.

Ya no recibió mensajes de él, ni ella le escribió más. El miedo a que sus pasos fueran seguidos, a que cada gesto quedara registrado en los ojos vigilantes de la sombra siniestra, la mantenía cautiva en un aislamiento que pesaba en su alma. Las semanas pasaban lentas, como un

lamento sordo que resonaba en sus días. La tristeza se filtraba en cada momento, teñía sus pensamientos y la envolvía en una bruma de melancolía. Dolores, aunque luchaba por justificar su distanciamiento como una medida de seguridad, sentía la ausencia de Ismael como un vacío que se expandía en su interior. Las noches se hacían eternas, pues no conseguía dormir bien, aquejada de pensamientos intrusivos que le impedían conciliar el sueño.

Dolores, envuelta en una mezcla de melancolía y resignación, comienza a asumir que su relación con Ismael fue una aventura fugaz en medio de la complejidad de la vida. La realidad de su posición social, los miedos a ser descubierta y la dura realidad política, la llevan a aceptar que quizás esa pasión fue solo un destello en su existencia. Se sume en la cotidianidad de su vida, donde las responsabilidades y las formalidades políticas ocupan el primer plano. Dolores elige abrazar la rutina.

Un día, en la sala de prensa, Dolores acompañaba a Isabel con datos necesarios para unas declaraciones. Allí acudió, junto a Beatriz y el Jefe de prensa de Isabel, secundando a su portavoz, abriéndose paso entre los periodistas. Isabel se subió al atril, donde le aguardaban los micrófonos, en una sala llena de periodistas. Al no poder sentarse, se quedó de pie, contra una pared, en un lugar discreto desde el que podía seguir la intervención o ayudar con datos a Isabel si fuera necesario. Vio, al otro lado de la sala, a Ismael, de pie, hablando con una hermosa joven.

Aquella chica, que rondaría la edad de Ismael, no era de Podemos. Su forma de vestir y de conducirse no parecía propia del partido morado. Tenía un largo cabello castaño con tirabuzones y su figura esbelta se veía realzada por unos pantalones ajustados. La chica hablaba con gestos que claramente revelaban para Dolores que estaba flirteando con él.

—¿Quién es esa que habla con el podemita guapo? —le preguntó a Beatriz.

—Esa es Raquel, una de prensa de Ciudadanos.

Dolores sintió una punzada de celos al ver cómo Ismael respondía con simpatía a lo que fuera que la tal Raquel le contaba. Ambos hablaban entre susurros, con complicidad. Dolores hacía lo posible por mirar de forma disimulada, intentando apartar esos celos de su mente. Se dijo que él solo estaba siendo amable, no tenía por qué significar nada. ¿Y sí ya se habían acostado? Con ese pensamiento, Dolores se sintió traicionada. Luego se dijo que, después de todo, ella lo había rechazado, así que él podía hacer lo que quisiera. Pero eso le hizo sentir menos especial, sintió que solo había sido una presa fácil de un joven atractivo y que Ismael ahora pasaba a la siguiente, hasta que se tirara a todo el Congreso.

Acabó la rueda de prensa y todo el mundo se levantó. Dolores evitó por todos los medios encontrarse con Ismael y se alejó junto a los de su partido en dirección a la salida. Isabel se dirigía al Pleno y Dolores se dirigió al ascensor para subir a su planta y esconderse en su despacho, conmocionada por lo que había visto. Subió al ascensor y allí se apretó para que cupieran dos asesores más. Y, para su pasmo, subieron también Ismael y Raquel.

Ella hizo como si no los viera, mirando su teléfono. Ellos hablaban de tonterías, de salir de bares, de discotecas y de música. Compartían sitios interesantes a los que ir. Entonces ella, divertida, alargó su mano hasta el cuello de él.

—Siempre con el botón hasta arriba.

—Siempre no, solo cuando trabajo.

Ella llevó sus manos al botón de arriba de la camisa y se lo desabotonó, en un movimiento que para Dolores era una caricia al cuello de Ismael.

—Así mejor.

Dolores se descubrió pensando que ese cuello era suyo, no de la guapita de Ciudadanos con su sonrisa perfecta. Pensó que era inevitable que esos dos jóvenes follaran, si es que ya no lo

habían hecho. Tuvo que soportar la voz preciosa de Raquel el resto del trayecto hasta su planta, momento en el que se abrió paso de forma un tanto brusca entre Ismael y Raquel, sin mediar palabra. Solo entonces él reparó en ella, quedando mudo. Raquel le dedicó una risa a Ismael y, cuando se cerraron las puertas del ascensor, Dolores pudo oír claramente a la asesora de Ciudadanos decir algo entre risitas.

—Joder con la vieja, qué educada.

A Dolores casi se le caen los papeles al suelo al oír aquello. Un compañero le preguntó algo sobre Isabel, pero Dolores no escuchaba, solo quería desaparecer. El despacho estaba demasiado lejos, así que vio la puerta de los servicios y se lanzó a ellos como a un escondite. Allí se metió en un retrete y se escondió su cara entre sus manos, entre gimoteos y unas sensaciones de traición y patetismo hacia sí misma insoportables.

Se limpió las lágrimas y se forzó a tranquilizarse. No salió del retrete hasta que no se vio con fuerza para que los demás la vieran. Se miró al espejo del lavabo y vio a la “vieja” de la que hablaba la víbora de Ciudadanos. “Vale, vieja”, se dijo, “pero soy una señora, y no voy a estar sintiendo celos de una niñata”. Pensó en que su amor por Ismael la había reducido a ser una adolescente celosa, cuando ella era una mujer de verdad, una señora, la mujer del respetado y temido Rafael Villacañas y secretaria de una de las mujeres con más poder de España. Ella estaba en el bando de los que mandaron en el país desde siempre, el bando de la gente decente. España era suya y esas sucias y malolientes perroflautas de sobacos peludos solo debían besar el suelo que ellos pisaban. Y los advenedizos de Ciudadanos que querían sustituirles, ya lo pagarían, lo pagarían caro.

Salió del servicio, convencida de quién era, furiosa con Ismael por haberla trastornado. Saludó a los compañeros del PP que se cruzó por el pasillo y se sentó en su escritorio para poner la televisión en el canal del Congreso y escuchar al Presidente del Gobierno Mariano Rajoy, su presidente y el de toda la gente decente.

Entonces recibió un mensaje de Ismael.

—Lola, ¿estás bien?

“Me pregunta si estoy bien, como si estuviera loca o enferma”, pensó. ¿Se creía el niñato que estaba enferma de amor por él? ¿se pensaba que estaba hundida por no estar con un maldito comunista?

—Estoy muy bien —le respondió ella, con actitud altiva—. Mejor que nunca.

—No lo creo.

—¿No lo crees? ¿Quién te crees que eres?

—Alguien que te quiere.

—Tú no puedes querer a alguien como yo, muerto de hambre —escribió Dolores con rabia—, quiere a la de Ciudadanos, que es más de tu categoría.

—Lola, tú y yo no estamos juntos, no puedes criticarme mis compañías. ¡Tú me has apartado, no yo!

—Seguro que ya te la has follado ¿no?

—Eso no es asunto tuyo.

“O sea que sí, que se la ha follado”, pensó Dolores, enferma de celos.

—No vuelvas a escribirme.

Él respondió, pero ella lo bloqueó, de forma que ya no recibió más mensajes de Ismael.

Sus días transcurrían entre la rigidez de su papel como secretaria de Isabel y volver a mantener las apariencias en su matrimonio con Rafael. Cada mañana, Dolores se despertaba pesadamente, pese a que las pastillas recetadas la hacían descansar. Se obligaba a levantarse, a vestirse con la elegancia que requería su posición, intentando evitar que su mente divagara hacia lo que había perdido.

El recuerdo de su breve pero intenso romance con el joven de ideas opuestas la atormentaba. Dolores, en su lucha interna, se esforzaba por reconciliar el deseo prohibido con la imagen de la mujer de clase alta y respetada que tanto cuidaba. En el Congreso, cada paso de Dolores resonaba con la firmeza de alguien que ha ocupado su lugar en la sociedad durante décadas. En su despacho, rodeada de documentos y papeles, se sumía en la vorágine política que regía su vida. La semana avanzaba entre reuniones, discusiones y decisiones estratégicas, mientras Dolores defendía con vehemencia el orden establecido. Según se acercaban nuevas elecciones, se incrementaba la actividad política.

—Dolores —le anunció Isabel—, tienes que ir al Parlamento europeo, a Bruselas, dos días del mes que viene.

Se enfrascó en su trabajo para alejar a sus fantasmas y aceptó todos los viajes que le propusieron para así no tener que ir por el Congreso.

Las tardes en su chalet eran el escenario de una fachada cuidadosamente mantenida. Las visitas protocolarias, las conversaciones formales y la máscara de la mujer segura de sí misma eran la respuesta al conflicto interno que la atormentaba. Acudió a eventos y cócteles de partido, incluso a una cacería el fin de semana. En el espejo, Dolores se veía reflejada como la imagen de la mujer adulta y respetada que debía ser. Pero un día soñó con Ismael, reviviendo las escenas de sexo placentero y apasionado en aquel hotel. Y no solo fue una vez. Comenzó a soñar todas las noches.

Se despertaba turbada por aquellos sueños tan vívidos, tan reales, incluso en los sentimientos. Volvía a la consciencia sintiendo amor por Ismael y, sobre todo, por volver a sentirlo dentro de ella, por volver a lamer su cuerpo y sentirse un objeto sexual a su lado. Pasaban las horas de la mañana y esos sentimientos no se iban, no desaparecían junto al sueño. Por el día, ella reprimía los sentimientos; por la noche, los sueños volvían a liberar su verdadero ser.

Justo cuando creía que escapaba del recuerdo de Ismael, su inconsciente volvía a traerlo, atormentándola con deseos de placer carnal y cálidos abrazos. Y entonces toda su vida se caía como un escenario de cartón. Todo era fachada y rutina que ella detestaba. Quería amar, quería volver a ser embestida, a sentirse sucia y cochina, lasciva y viciosa. Quería volver a sentirse mojada, a que la miraran con deseo y lujuria, a que él la tirara de los pelos mientras hacía con ella lo que quería. Quería volver a provocar erecciones extremas, sentir la polla dura en su mano. Quería volver a ser estrujada y aprisionada entre aquellos fuertes brazos protectores. Ella comenzó a vivir reprimiendo esos deseos cada día. Pensó que el tiempo todo lo cura y que, tarde o temprano, olvidaría.

Eso pensaba la mañana de antes de coger el avión para Bruselas. Descubrió que ya no tenía pastillas para dormir y que tenía que comprar más. Buscó la receta del doctor Romero, pero no la encontró por ninguna parte. Sin esa receta, en la farmacia no le venderían lo que necesitaba.

—Evelyn —llamó, saliendo de su habitación—, ¿has visto una receta que tenía que estar por

aquí?

Pero Evelyn no respondió. Entonces Dolores recordó que la criada le había pedido permiso para ausentarse ese día y que se lo había concedido. También le había pedido un permiso para dos días más tarde. Dolores estaba sola aquella mañana. “Vaya por Dios, justo ahora que tengo que preparar el equipaje de mañana”, pensó. Buscó por los abrigos, por los bolsos, y nada, no aparecía la receta y tenía miedo de encontrarse con insomnio en Bruselas. Llegó hasta a mirar en los cubos de la basura.

Y al fin, encontró la receta del doctor Romero, rota y echa trizas, aunque no recordaba haber hecho eso. Habría sido Evelyn. Junto los dos trozos sobre la mesa y descubrió que no era su receta, sino un volante de la misma clínica, un volante que establecía una cita para dos días después, para someterse a una operación de ¡interrupción voluntaria del embarazo!

¿Evelyn tenía una cita para abortar? Por eso debía haber pedido los días libres. Qué pobre desgraciada, pensó, para después inquietarse con la cuestión de la casualidad de haber acudido a la clínica del doctor Romero. Romero era su médico, y el de su familia, y era demasiado exclusivo para una filipina pobre. No podría pagarlo. A no ser que alguien le pagara la operación. Una idea se formó en su mente, una sospecha terrible.

Aquella noche no concilió el sueño, pensando en la posibilidad de que su marido hubiera sido el que hubiera enviado a Evelyn a la clínica de Romero, y no, desde luego, por altruismo. Tuvo toda la noche, mientras Rafael roncaba a su lado, para poner en marcha un plan para salir de dudas.

Se levantó temprano, dejando a Rafael durmiendo. Se sentó en bata se seda en el amplio salón mientras Evelyn le servía el desayuno. La criada le puso una taza de té delante y, en su muñeca, la filipina llevaba una elegante pulsera brillante, de aspecto caro.

—Bonita pulsera —le dijo Dolores.

Evelyn retiró la mano, como si hubiera hecho algo mal, como si sintiera vergüenza.

—Gracias, señora.

Evelyn terminó de servirle el desayuno en silencio mientras Dolores la miraba. Era joven y delgada. No era muy bonita, pero la juventud siempre es una virtud.

—¿Cuántos años tienes, Evelyn?

—Veintiséis, señora.

—¿Estás casada?

—Tengo novio.

Aquella pulsera, demasiado cara para el sueldo que le pagaban. Ahora todo aquello a lo que antes no prestaba atención, se volvían señales que apuntaban en una misma dirección. Rafael todavía dormía. Era uno de esos días en que se levantaba tarde. Cuando Evelyn se marchó a la cocina, recorrió el pestillo de los ventanales del salón.

—Me voy al aeropuerto —le dijo después a Evelyn—, dile al señor que volveré el viernes.

—Sí, señora —respondió la criada, con una amplia sonrisa y un gesto de reverencia.

Dolores se vistió y tomó las maletas que había preparado la noche anterior y salió de casa, como si se marchara al aeropuerto.

Pero ella dio una vuelta en coche, aparcó por la urbanización y regresó caminando a la casa. Discretamente, y sin hacer ruido, entró al jardín, apostándose detrás del árbol más grande, que daba a los amplios ventanales del salón. Esperó un rato y, al ver que no había nadie, se acercó y movió la cristalera desde fuera, en el ventanal que había dejado abierto. Entró en el salón y agudizó el oído. Oyó unas risitas que solo podían ser de Evelyn.

Caminó por los pasillos, acercándose al origen de la voz. También oyó a Rafael claramente.

—Venga, encima de lo que estoy haciendo por ti —se quejaba él.

—Pero es que... —Dolores no entendió el resto de la frase en la que Evelyn parecía poner reparos a algo.

—¡Ya estás embarazada! —le respondía él, entre paternalista y autoritario— No supone ninguna diferencia. Pasado mañana te lo quitarán y ya está.

Evelyn se oponía a algo de forma sumisa y un tanto quejica.

—¡Que no me pongo condón y punto! —gritó él—, ahora traga, cojones.

No volvió a oír voces, solo extraños sonidos

—¿Qué pasa, no puedes hablar con la boca llena? —rió Rafale.

Dolores se acercó a la habitación de la criada, con la puerta entornada, y con sumo sigilo, miró.

Rafael, desnudo, embestía la boca de Evelyn, de rodillas sobre el suelo. A Dolores casi le da un síncope, a tal punto que se llevó la mano a la boca, temiendo emitir un gemido de sorpresa y dolor. La criada estaba desnuda, solo llevaba la pulsera. Una pulsera que, a buen seguro, él le había regalado. Rafael metía su pene hasta la garganta de la filipina, provocándole arcadas.

Dolores se retiró, apartando la mirada de aquella grotesca escena. En el fondo, no le sorprendió, pero la sensación de traición la desgarraba. Se sentía mareada y decidió volver sobre sus pasos sin decir nada. Cuando salió por el salón al jardín aceleró el paso, queriendo llegar cuando antes al coche. Caminó por la urbanización sin saludar a los vecinos que encontró paseando el perro hasta que regresó al coche. Allí, ni siquiera lloró. Estaba furiosa. Arrancó y se dirigió a Barajas.

Durante el trayecto, pensó en lo estúpida que era. Pensó en cómo todos los demás vivían las vidas que querían, disfrutando de los placeres sin importarle nada, ni siquiera qué sentía ella. Ella era la única que estaba renunciando a vivir. Dejó el coche en el parking y se dirigió a la puerta de embarque, con una idea tomando forma en su mente. Cuando se sentó a esperar la hora de embarque, sacó su teléfono. Desbloqueó a Ismael. Ni el miedo ni el resentimiento iban a detenerla más. Escribió un escueto mensaje.

—Hola.

Se limitó a escribir ese saludo en espera de ver qué contestaría él y en qué tono. Aguardó una hora mientras esperaba. Al sentarse en el avión, en la zona de Primera Clase, vio que él había respondido.

—Hola. ¿Ya me hablas?

Dolores se limitó a escribir el mensaje que había venido pensando durante todo el trayecto.

—Pasado mañana estaré en París, en Les Deux Magots tomando un café a las once de la mañana. Si me amas, estarás allí.

—Lola, mañana no puedo, estoy en Sevilla.

—Si me amas, estarás allí —volvió a escribir y apagó el teléfono. Pero antes, volvió a bloquear a Ismael. No quería leer excusas. Si de verdad la quería, debía hacer algún sacrificio y si no, es que todo aquello no significaba nada.

Sirvieron champán a Dolores durante el vuelo. Ella comenzó a hilar datos y cosas extrañas en el comportamiento de Rafael, más allá del hecho de que ya no sentía nada de deseo por ella y que apenas la tocaba. Comprendió porqué se enfadaba tanto él cuando Dolores quería quedarse las mañanas en casa. Era porque quería poder tirarse a la criada tranquilamente. Recordó cómo había sido él el que la había seleccionado, en miradas, risitas extrañas, comentarios que ella no debería haber oído... Todo era tan feo que se sentía muy triste, sobre todo el hecho de que su marido estuviera provocando abortos.

El sexo en su casa, a sus espaldas, debía venir de lejos, al menos dos años, desde que contrataron a Evelyn en sustitución de la anterior, María, porque estuvo demasiado de baja. Quién sabe si también Rafael se aprovechó de su autoridad con la anterior. A ella misma no le tocaba desde hacía más tiempo. La había hecho sentir que ya no valía como mujer, que no era deseable, que no era hermosa, que era vieja... Pero no era así, o eso deseaba. Si Ismael de verdad la amaba, aparecería. Y si no, bueno, entonces es que prefería a las jovencitas de Ciudadanos y todo había sido una mentira.

Llegó a una nublada Bruselas por la tarde, donde un coche largo y negro la estaba esperando. Un chófer de color guardó su maleta en la parte de atrás y la condujo al parlamento, un impresionante edificio de cristal en el que ondeaban las banderas de Europa. En la entrada la recibió la delegación española de su partido, que la agasajó con una cena en la que se reencontró con viejos conocidos y amigos, así como con Marta, que también había ido por allí. Al día siguiente tuvo reuniones con el Partido Popular europeo sobre asuntos en los que intervenía representando a Isabel. Largas reuniones en salas de decoración funcional, con los auriculares de traducción simultánea puestos, escuchando pesadas intervenciones en varios idiomas.

Por la noche, fue invitada a un cóctel en un lujoso establecimiento de Grand Place, la preciosa plaza en la que se hizo varias fotos con compañeros de las delegaciones francesa e italiana. En el cóctel notó las miradas de deseo de algunos hombres, sobre todo italianos, que ponían sus ojos libidinosos sobre ella. Los españoles jamás se atreverían a ligar con la mujer de Villacañas, pero los extranjeros no tenían ese problema. Ella se dejó cortejar, dejando que la tocaran demasiado y permitiendo bromas sexuales de mal gusto. Con el enfado y el resentimiento que tenía dentro, se hubiera dejado seducir por algunos de aquellos elegantes europeos e irse con ellos a la cama. Pero ninguno de ellos la excitaba tanto como Ismael.

Tomó algo con Juliet, una sofisticada francesa del partido Les Republicains, delgada y morena, que vestía collar de perlas y un elegante vestido negro, con esa mirada que tienen las francesas que parece que siempre estén pensando en el sexo. Juliet tendría más o menos la edad de Dolores y se mantenía divina.

—Qué pesados son los italianos —le dijo a Dolores—, ¿no es cierto?

—Sí —le respondió ella—, pero me gusta que los hombres se comporten como hombres, aunque resulten a veces pesados.

—Bueno, ese Carlo, que tanto te manoseaba, tiene atractivo. Puede ser tuyo enseguida.

—¡Claro! —rió Dolores— y tuyo también.

—Creo que no le gustamos tan delgadas.

—Da igual, Juliet, no voy a acostarme con él.

—¿Estás casada? —Juliet la miró a ella, con aquella mirada escrutadora.

—Sí —Dolores borró su sonrisa—, pero te juro que no es por eso por lo que no me iría con Carlo a la cama.

—¿Entonces?

Dolores habló en susurros, asegurándose de que nadie de alrededor, en aquel elegante cóctel, pudiera oírla.

—No me moja las bragas.

—Oh, querida—sonrió Juliet—, eso ya no nos sucede a nosotras.

—A mí sí. Sé de uno que me hace chorrear como antes. De hecho, no recuerdo haberlo hecho tanto nunca en mi vida.

—¿Un amante? —a Juliet se le encendió una chispa en los ojos.

—Algo así.

—Pues no lo dejes escapar, Dolores. A nuestra edad, que te provoquen eso es un milagro.

—Sí —pensó ella—, un milagro.

A una hora prudente, tomó un taxi se fue al hotel. Todos la esperaban en la jornada del día siguiente, una tarde actividades protocolarias de visita al Parlamento europeo. Pero ella tenía otros planes. Antes de dormir, compró por internet un billete de tren a París. A las siete de la mañana, con un elegante abrigo largo sobre su sofisticado vestido, se puso sus gafas de sol y, llevando consigo su maleta de ruedas, se dirigió al tren que llevaría a París en dos horas.

A las diez de la mañana Dolores ya caminaba junto al Sena, observando maravillada la catedral de Notre Damme. Entró en la catedral, se santiguó a la entrada con agua bendita y observó aquella maravilla del gótico francés. Pero no tenía mucho más tiempo que perder si quería llegar a las 11 a su cita. Mientras caminaba por las preciosas calles de París, pensó en la posibilidad de que él no apareciera, y se dijo que no caería en la tristeza, que sería mejor así. Entró en la preciosa cafetería Les Deux Magots y se sentó en el interior, en una mesa circular junto a la cristalera, en un ambiente cálido y acogedor. Pidió en francés un café y un croissant y observó la fina lluvia que comenzaba a caer en la calle y como repiqueteaba sobre los cristales. Miró su reloj. Ya eran las once e Ismael no había aparecido.

De pronto, sintió terror y desesperación. Si Ismael no acudía a la cita, entonces es que no le tenía. Entonces, pensaba, no tenía nada. Ni el amor ni el resto, ni su marido, ni tranquilidad en casa, donde la criada pensaba que le ocultaba un terrible secreto. Su casa estaba corrompida. Sin Ismael, ya no tenía ninguna razón para vivir. Se arrepintió de haberlo llevado al límite, de haber sido tan inflexible, de haberlo alejado y haberle tratado mal. Estaba dispuesta a arrastrarse y humillarse con tal de que estar junto a él. La lluvia arreciaba afuera.

Entonces paró un taxi en medio de la calle, y de él salió Ismael, con un abrigo negro, tapándose de la lluvia con un periódico mientras buscaba con la mirada el Café. Dolores, de la sorpresa, se llevó las manos a la boca y sonrió ampliamente, aliviada y feliz de ver al muchacho. Le dio un vuelco el estómago de emoción, de nuevo como una colegiala. Él la vio a través de los ventanales y sonrió como sólo el sabía hacer. Todos los pensamientos negros de Dolores se esfumaron y, de pronto, todo parecía posible.

Caminó hacia el café y entró. Se sacudió los pies y se dirigió hacia Dolores, que se levantó para recibirle. Entonces vio que él llevaba un pequeño ramo de flores, que le tendió son una sonrisa.

—Si estamos en la ciudad del amor, hay que traer el pack completo.

Ella tomó el ramo, lo dejó sobre su mesa y se abrazó a él con fuerza. Él le devolvió el abrazo y se quedaron así unos minutos, oliéndose mutuamente. Al fin, se sentaron en la mesa, uno al lado del otro, mirándose como tortolitos. El camarero les interrumpió un momento para que él pudiera pedir un café y algo de comer.

—Has venido —dijo ella, metiendo su mano entre las ropas de él, buscando tocar su piel.

—Sí, he venido. Suerte que hay un avión desde Sevilla.

—¿Has tenido muchos problemas para dejar el trabajo?

—Un poco, sí —sonrió—. He tenido que inventarme la muerte de un familiar. Algo para justificar el salir pitando y dejar todo a medias. No se han quedado muy contentos mis jefes, la verdad.

—Te he causado problemas.

—Un poco. Pero merece la pena.

Dolores estaba dichosa y se sentía protegida de todos los males. La proximidad a su joven macho la reconfortaba y la serenaba. Además, en esa ciudad extranjera, nadie les conocía, y la lluvia había cesado, dejando asomar un sol esperanzador.

—¿Dónde te alojas? —le preguntó él.

—No tengo alojamiento. No lo he pensado.

—Pues tendremos que encontrar uno antes de que sea de noche, ¿no?

—No pienses tanto. Aún queda todo el día. Solo quiero disfrutar el presente.

—Bueno, pero a mí me gustaría dejar esa maleta.

—Calla.

Ella besó a su amante en los labios, disfrutando de nuevo de saborear aquella lengua húmeda y hábil y aquella boca experta que mordía y aprisionaba sus labios con ternura.

—Estás preciosa —le susurró—, esa ropa te queda tan bien que estoy deseando quitártela.

—Eso espero.

—¿Llevas aquella ropa interior que no llegue a tocar?

—No, no la llevo. Fue todo muy... apresurado. Pero estamos en París, tonto, aquí nació la lencería sexy. Puedo comprar cosas que te vuelvan loco.

—Pues no esperemos más.

Al acabar sus cafés, él pagó, tomó la maleta de Dolores de una mano y con la otra, tomó la de su amada, saliendo los dos a la calle, caminando por la calle mojada. Cogidos de la mano, a plena luz del día, no se dijeron nada, solo dedicándose a contemplar la calle y a contemplarse a sí mismos como amantes que salen al fin de las sombras y pasean por una de las ciudades más bellas del mundo.

Él insistió y buscaron un hotel, pero Dolores puso una condición.

—Yo te he convocado y te he causado trastornos. Yo pago el hotel.

—No, no. De ninguna manera —él se oponía.

—Ismael, tu pagaste los anteriores y además, yo puedo pagar el hotel que quiera. Dudo mucho que con lo que e pagan a ti puedas derrochar como yo.

—En eso no te falta razón —sonrió él.

—En este viaje no me voy a privar de nada. Déjame a mí que corra con los gastos. No pienso mirar ningún precio. Vamos al Ritz.

—¿Al Ritz? —exclamó él, sorprendido—, pero eso es un exceso.

—No es un exceso. Es lo que merezco, ni más ni menos. Tú cállate y sígueme.

Dolores pidió un taxi que les llevó hasta la puerta del Ritz. La majestuosidad del hotel se alzaba imponente ante Dolores e Ismael, su fachada exterior una obra maestra de arquitectura clásica que resistía el paso del tiempo con gracia y elegancia. Las líneas simétricas y las ornamentadas molduras de piedra conferían al edificio un aire regio, mientras que las ventanas enmarcadas por elaborados balcones añadían un toque de romanticismo a su presencia.

Al descender del vehículo, Ismael se quedó boquiabierto al contemplar la grandiosidad de la fachada. Sus ojos se abrieron con asombro, y un susurro de admiración escapó de sus labios al contemplar cada detalle. La arquitectura refinada y los detalles ornamentales eran un testimonio de la opulencia que les esperaba en el interior.

—¿Has visto algo así alguna vez? —preguntó Dolores con una sonrisa, notando la sorpresa en el rostro de Ismael. Para él, acostumbrado a entornos más modestos, el Ritz representaba un mundo de lujo desconocido hasta ese momento.

Guiándolo de la mano hacia la entrada, Dolores disfrutó del instante en que Ismael se adentraba en el vestíbulo del hotel. La luz natural que filtraba a través de las vidrieras añadía un brillo especial al ambiente, y el suelo pulido reflejaba la elegancia que permeaba cada rincón. Dolores, con la confianza de quien había visitado lugares así en múltiples ocasiones, avanzó con seguridad hacia la recepción y, en francés, reservó una suite.

Un botones llevó la maleta de Dolores al interior y condujo a la pareja al interior para luego marcharse. La suite de lujo se abría ante Dolores e Ismael como un santuario de opulencia y refinamiento. Los colores suaves y cálidos de las paredes, combinados con la luz natural que se filtraba a través de las amplias ventanas, creaban una atmósfera acogedora y luminosa. Las cortinas de seda, sutilmente adornadas con motivos florales aportaban un toque de romanticismo a la estancia.

El suelo, cubierto por una alfombra mullida que acariciaba los pies, llevaba la huella de la elegancia en cada paso. Al caminar por la sala de estar, Dolores y Ismael descubrían muebles clásicos, cuidadosamente dispuestos para resaltar la armonía del espacio. Sofás tapizados en tonos rojos y cálidos invitaban a la pasión, mientras mesas de mármol sostenían detalles decorativos que añadían una sofisticación apabullante.

El arte decoraba las paredes, creando un diálogo visual entre pinturas elegantes y espejos ornamentados. La habitación principal albergaba una cama majestuosa, vestida con sábanas de alta calidad y cojines decorativos. Un dosel de seda caía elegantemente sobre la cama. La cabecera, tallada con motivos clásicos, confería un aire regio al dormitorio. Por la ventana, podían admirar la columna Vendomme. Ismael sonrió, con un gesto de negación.

—¿Qué pasa? —le preguntó ella, descansando sobre uno de aquellos sofás que parecían salidos de una película de época.

—Esa columna de ahí fuera —señaló hacia el exterior—, para los proletarios era el símbolo de la barbarie y de la guerra. Durante la Comuna de París derribaron la parte de arriba y colocaron la bandera roja como símbolo de la Humanidad.

—Será como símbolo del comunismo —sonrió ella sarcásticamente.

—Es lo mismo —le devolvió la sonrisa—. Al masacrar la comuna, los burgueses volvieron a poner todo en su sitio como recordatorio de su poder. Y ahí la tengo.

—Es que estás ahora con la burguesía, amor mío —dijo Dolores abriendo sus piernas y acariciándose—, ven a tu sitio.

Ismael fue hasta ella, se arrodilló y le besó en la entrepierna mientras ella le acariciaba el cabello. Pero ella no quiso continuar y el apartó bruscamente.

—Aún no. Tenemos todo el día por delante.

Ella se levantó y se preparó para salir de nuevo.

—¿A dónde vamos? —preguntó él.

—Aquí es hora de comer. Comamos aquí y después, iremos de compras.

Tras una succulenta comida en los salones del Ritz, Dolores guió a Ismael por las encantadoras calles parisinas hasta llegar a la prestigiosa Avenida Montaigne. El bullicio de la ciudad dejaba paso a la serenidad y elegancia de esta zona exclusiva, donde la moda de alta costura se exhibía en cada escaparate.

Caminaron por la acera adoquinada, rodeados por las fachadas imponentes de boutiques de renombre mundial. Dolores, con la seguridad de quien conoce este escenario, lo guiaba con gracia entre las marcas más prestigiosas. Entraron en una lujosa tienda de lencería fina, donde el aroma de perfumes delicados llenaba el aire. Dolores, con una sonrisa cómplice, seleccionó junto a Ismael las piezas más picantes y refinadas. La intimidad de la elección creaba un vínculo especial entre ellos, un juego seductor que iba más allá de las prendas mismas.

Dolores eligió cuidadosamente algunas piezas que complementarían su figura madura con un toque de provocación. Optó por un conjunto de sujetador y braguita de encaje negro, una elección clásica y atemporal que realzaba la feminidad con un toque de misterio. Un body de seda con delicadas transparencias añadía un toque de sofisticación y sensualidad. Un corsé de satén, ajustado a la perfección, proporcionaba un equilibrio entre la sensualidad y la clase, realzando las curvas de Dolores de una manera seductora.

Después, se dirigieron a una boutique de moda masculina, donde Ismael tuvo la oportunidad de elegir un traje elegante con la asesoría de Dolores. La calidad de las telas y el corte impecable realzaban la figura de Ismael, y el reflejo en el espejo confirmaba para ella la elección acertada. Ella pagaba todo sin reparar en gastos. Solo una cosa le permitió pagar a él. En una joyería exclusiva, Ismael eligió con esmero una delicada gargantilla de oro que realzaba la elegancia de Dolores. La joya brillaba con sutileza alrededor de su cuello y se la llevó puesta.

Después caminaron bajo la majestuosa Torre Eiffel, cuyas luces empezaban a destellar al caer la noche. Se detuvieron para contemplar el espectáculo luminoso que transformaba el icónico monumento en una obra de arte centelleante. La brisa suave acariciaba sus rostros

mientras compartían sus pensamientos bajo la imponente estructura de hierro.

Continuaron su paseo por los Campos Elíseos, donde las avenidas anchas y elegantes invitaban a una caminata tranquila. Las luces de los escaparates y los cafés creaban un ambiente acogedor en el que Dolores e Ismael podían disfrutar de la compañía del otro sin restricciones ni miradas indiscretas. Llegaron a la Place de la Concorde, donde la Fuente de los Mares resplandecía con una serenidad que contrastaba con la agitación de sus vidas en España. Bajo la iluminación tenue, se abrazaron, sintiendo la tranquilidad que solo París podía brindarles.

El Sena, iluminado por la luz de los puentes que cruzaban sus aguas, se convirtió en el escenario perfecto para una pausa romántica. Se sentaron en un banco, disfrutando de la vista panorámica y compartiendo sus sueños y anhelos en voz baja, como si París fuera un cómplice discreto. Él le besaba las manos, derrochaba ternura y delicadez, y en sus ojos anhelantes, Dolores advertía admiración y amor.

—Me quedaría aquí para siempre —suspiró ella.

—Yo también. Ojalá pudiéramos vivir aquí juntos, lejos de la política y las conspiraciones.

—¿Has tenido novedades de eso? ¿has notado si te han seguido?

—Dudo que me hayan seguido hasta aquí.

—Me refiero en España.

—He sido prudente. A veces he creído sospechar de alguien, pero no puedo estar seguro. No podemos hacer otra cosa. ¿Tú has sabido algo más?

—No.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? ¿por qué me has llamado?

—Digamos que he perdido el miedo —dijo, después de pensar un rato—, ahora mismo no me importa nada. Quiero aprovechar la felicidad cuando llama a mi puerta ¿sabes?

—Sí, te entiendo. No podemos dejar escapar las cosas buenas. Demasiados sinsabores tenemos todos los días.

—¿Dejarías la política por mí?

—¿Lo harías tú? —le respondió él mientras besaba su cuello, con aquella preciosa gargantilla que él le había regalado.

—Lo haría. Ahora mismo, lo haría.

—Pero yo no tengo nada que ofrecerte, Lola. Soy un pobretón, un muerto de hambre, como dijiste.

—Perdóname, estaba loca de celos.

—Te perdono. No pasa nada, es verdad. Es lo que soy.

—¿Te follaste a la de Ciudadanos?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro. Podría, pero no lo he hecho.

—Tenías razón, podrías hacerlo. Yo te había alejado de mí.

—¿Y ahora, me alejarás de ti cuando volvamos?

—No. No voy a alejarte.

Ella le besó con pasión.

—Vamos al hotel —dijo él—, quiero follarte.

Caminando de regreso a su refugio en el Hotel Ritz, las amenazas y tensiones que enfrentaban en España parecían disiparse en las calles parisinas. Por una noche, al menos, París les brindó la oportunidad de sumergirse en un romance libre de ataduras y desafíos.

La cama amplia y con dosel, propia de una princesa, fue el escenario de un sexo tórrido y desesperado en el que sólo hicieron pausas para fumar, tomar champán y disfrutar de una cena que les llevó el servicio de habitaciones. Él quiso que ella mantuviera puesta la fina lencería, salvo las braguitas, que habían elegido aquella tarde, así como la joya que le había comprado.

—Y me querías llevar a un hotel de putas —dijo ella, provocándole.

—Es que no sabía que eras una puta, pero de lujo —respondió él mientras se la metía hasta el fondo, agarrándola de las caderas, provocándole un gemido dulce.

—Tú eres el puto —le respondía ella, sintiéndose cochina—, yo estoy pagando tus servicios, pobretón. Sólo me interesa tu polla y tu cuerpo.

—Pues tú vas a llevar esa gargantilla todos los días en señal de que eres mía. La vas a llevar con tu jefa Isabel y la vas a llevar con tus hijos y con tu marido.

—¡Sí! —jadeó ella, sudando, mojada—, que se joda el cabrón de mi marido. Le estoy poniendo unos cuernos como de un toro.

—Menudos cuernos, menuda zorra estás hecha, Lola.

—Mira como me corro, cabrón.

Ismael la empotraba contra el colchón y ella, boca abajo contra las sábanas, pegaba grititos de placer y escupía palabras malsonantes e insultos obscenos, aumentando así el morbo y la excitación que la invadían.

Poco a poco, las acometidas se fueron suavizando y las fantasías de sexo sucio fueron dando paso a una armonía en los movimientos, a sincronizar los cuerpos y a resbalar el uno en el otro, volviendo a un permanente bombeo de gozo entre suaves y cálidas sábanas y almohadas en el que ambos se derramaban sobre las sedas. Cuando su pene quería descansar, ella lo hacía resbalar en su cálida mano o en su boca viciosa hasta que notaba que volvía a ser grande y duro, para volver a entrar en su interior hambriento o para que él la cubriera de semen y volver a empezar. Ismael le comía el coño con pasión y arte, pero lo que de verdad le gustaba a ella era asfixiarlo contra su sexo y controlar ella misma los movimientos que al final la hacían sentir orgasmos furiosos. Y así con movimientos suaves, cadenciosos y profundos, entre gemidos, perdieron el sentido pegados el uno al otro.

El sol de la mañana que entraba por los ventanales despertó a Dolores de forma gradual y serena. Se vio con su hombre al lado, dormido, y sonrió de felicidad. Se incorporó y caminó hasta el baño. Después de orinar, tomó uno de los cigarrillos de Ismael y se asomó desnuda por la ventana, para observar un París ajetreado mientras fumaba. Miraba después el culo perfecto de su amante, que dormía boca abajo y se sentía plena. Solo había un problema: era viernes y había que regresar a casa.

Ese mismo día el recreo se terminaba y, después de experimentar la fantasía más dulce, había que ir retornando a la gris realidad cotidiana que le esperaba en Madrid. ¿Qué debía hacer con Rafael? ¿Tirarle a la cara lo que había descubierto y poner todo patas arriba? ¿Con qué objetivo? Nada volvería a ser igual en su matrimonio, eso no tenía arreglo, ni siquiera quería que tuviera arreglo.

Mientras ella miraba por la ventana hacia la fría calle, Ismael se había levantado y se acercaba por su espalda para agarrarla por detrás en un abrazo cálido al que ella respondió como una gata que ronroneaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó él.

—Si me divorciara... ¿vendrías conmigo?

Ismael pensó en aquellas palabras y le besó el cuello antes de responder.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —le dijo ella, acabando su cigarrillo— ¿Qué soy para ti? ¿Una aventura? ¿un rollo más?

—No. No eres un rollo más. Te amo.

—Soy mayor, mis carnes se caen, soy tu enemigo, no tenemos nada en común. ¿Qué es lo que ves en mí?

Él le dio la vuelta para que se miraran el uno al otro, desnudos, a la luz del cielo encapotado de París.

—Esas cosas a veces no se pueden expresar con palabras, Lola.

—Inténtalo, tengo que saberlo.

—Eres... lo que siempre busqué en una mujer. Tu rostro, tu mirada, tu clase, tu actitud... Es solo que te he encontrado tarde. Que me gustas, vamos.

—¿Dónde estabas tú hace treinta años?

—Tenía cinco años —sonrió.

—Dios mío, podrías ser mi hijo.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Sólo unos pocos menos que tú.

—¿Y qué tal es, te recuerdo a él?

—No. No os parecéis en nada, salvo que sois guapos.

—Con una madre así, no me extraña —él acarició su cabello—. No sé, Lola, yo veo a la mujer que me gusta, no veo los años.

—En poco tiempo seré una abuela. ¿Seguirás conmigo entonces?

—Claro que sí —sonrió.

—No lo dices en serio. Diez años más para ti no serán nada. Seguirás queriendo sexo como el que tenemos ahora, pero yo ya no podré seguirte.

—A lo mejor podemos tener una relación abierta, de las que se llevan ahora. Yo te sigo cuidando y amando, pero me permites tener mis escarceos fuera del hogar.

—Relación abierta... —se mofó ella.

—Es más honesto que poner cuernos ¿no?

—Me vendes tus rollos progres, a mí eso no me va.

—Si voy a irme contigo, tendrás que asumir algunos de mis rollos, ¿no? ¿o solo va a ser lo que tú digas?

—¿Vendrás conmigo?

—Sí. ¿De verdad piensas divorciarte?

—Mi marido se folla a la asistente, la dejó embarazada y hoy la está haciendo abortar.

—¿En serio? —él abrió los ojos, sorprendido.

—Él aún no sabe que lo sé. Pero creo que es una buena baza para lograr el divorcio pronto.

—Hazlo entonces —la animó—. ¿Qué haremos? ¿dónde viviremos?

—Ya se verá. No me preocupa. Pero tú tienes que dejar tu partido. Tienes que salir fuera del radar para que no tengamos problemas.

—Me pides que deje mi compromiso y mis ideas por ti.

—Puedes tener las ideas que quieras, pero tienes que dejar lo demás. Es peligroso para los dos. Podrás encontrar trabajo de otra cosa.

Ismael asintió, pensando en todo aquello, y la abrazó con ternura.

—Lo haré. Será nuestro plan.

Dolores se aferró al cuerpo de Ismael. Ahora que tenían un plan, sintió vértigo y temor al pensar en todo lo que le esperaba a partir de ahora. Enfrentarse a Rafael, acudir a su abogado, pedir el divorcio, separarse, dar explicaciones a todo el mundo y, probablemente, dejar de ser secretaria de Isabel para dedicarse a algo más discreto en el partido o en alguna de las instituciones que controlaba, para que nadie pudiera señalarla como traidora si se enteraban de que estaba con Ismael.

Se ducharon juntos y en la bañera hicieron el amor por última vez antes de que sus caminos se separaran. Dejaron el Ritz y un taxi los llevó al aeropuerto, donde compraron billetes para aviones distintos. En la terminal se dieron un beso de despedida.

—Pronto estaremos juntos siempre—le prometió él.

Y se separaron.



Durante el vuelo, ella desbloqueó el teléfono de Ismael y, durante el trayecto a casa, se enviaron promesas de amor. Aquello dejaba a Dolores anclada en la fantasía y en el cariño, dándole fuerzas para hacer lo que le tocaba comenzar a hacer.

Entró en su casa ya entrada la tarde. No había nadie. Evelyn debía estar convaleciente y quién sabe dónde andaría Rafael. Aprovechó para llamar a un buen abogado con el que tenía confianza, y concertar una cita para el mismo lunes por la tarde. Le contaría sus planes y los motivos por los que pediría el divorcio, para que el abogado le dijera qué pasos debía dar. Se sintió con vigor renovado una vez comenzó a dar los pasos para liberarse. Rafael llegó tarde, con apariencia despreocupada.

—¿Qué tal tu viaje? —le preguntó.

—Estupendamente —respondió Dolores, acariciando la gargantilla que Ismael le había regalado y que disfrutaba de exhibir ante su marido—. Ha sido un viaje muy placentero.

—Me alegro.

—¿Y tú, qué tal el día? ¿algo importante?

—Nada importante —dijo él mientras se quitaba la corbata—. Rutinas.

La operación debía haber concluido, pues Rafa se mostraba tranquilo, pero solo sabiendo que ocultaba algo se podía advertir cierto nerviosismo disimulado.

—¿Cuándo vuelve Evelyn? —le interrogó ella.

—¿Evelyn? —advirtió un deje de tensión en su voz— Mañana o pasado ¿no? No sé.

—Yo tampoco me acuerdo.

El fin de semana lo pasó Dolores con la tranquilidad de saber que había comenzado un nuevo rumbo y las rutinas familiares las llevó con indiferencia. Recibió la visita de su hija y su novio. Ambos muy formales y de estética conservadora. Él trabajaba en un fondo de inversión y ella intentaba convertirse en una *influencer* famosa.

El lunes se reunió toda la mañana con Isabel para ponerle al corriente de las reuniones mantenidas en Bruselas. Poca cosa, en realidad. Despacharon el asunto con rapidez y Dolores

pudo dedicarse a otros asuntos más relajados. Tuvo que acompañar a una visita de Isabel de fuera del Congreso y después, despedirla en la misma puerta de salida, en la reja próxima a los leones. Al darse la vuelta para regresar al edificio, encontró a Ismael, que hacía como que pasaba a su lado, susurrándole algo.

—Tenemos que hablar.

—Escríbeme.

—No. Ahora, al vestíbulo principal.

Ismael parecía nervioso o preocupado. Se dirigió al edificio del Pleno, entrando por las puertas que en ese momento nadie custodiaba. Ella siguió sus pasos como si no lo conociera, metiéndose en el edificio histórico. En ese momento no había nadie por allí y las luces estaban tenues. Lo siguió por un largo pasillo tapizado con alfombras de intrincadas figuras, custodiado por los bustos de antiguos presidentes del Congreso, hasta la sala conocida como el Vestíbulo, en la que él cerró las puertas. Era improbable que nadie pudiera pasar por allí, pues era el vestíbulo principal, al que se accedía por las puertas principales, que solo se abrían cuando entraba el Rey al Congreso. Allí, bajo la estatua de Isabel II y junto al escritorio sobre el que se firmó la Constitución de 1812, los amantes furtivos se encontraron, pero esta vez no para amarse.

—Tenemos un problema —le dijo un tenso Ismael.

—¿Qué pasa?

—Este fin de semana me robaron el teléfono.

Dolores sintió un estremecimiento por lo que eso suponía y, aunque suponía la respuesta, preguntó.

—¿Un chorizo? ¿un delincuente común?

—No. Me di cuenta unos instantes después de que pasara, en un centro comercial. Estuve a punto de atraparlo, pero se escabulló. Ya sabes lo que esto significa.

—Dios mío —Dolores sintió que tenía que sentarse en una de esas sillas de época. Miró arriba, hacia la bóveda, como si pudiera mirar a Dios para rogarle que tuviera piedad de ella—, Dios mío. Nuestras fotos...

—Sí, estaban nuestras fotos. Incluidas las que me mandaste semidesnuda.

—Y los mensajes... Deberíamos haber borrado todo —Dolores se llevó las manos a la cabeza—. ¡Somos idiotas! ¿qué hacemos?

—No podemos hacer nada —le decía él mientras le ponía sus manos sobre los hombros—. Prepararnos para lo que venga.

Dolores estaba asustada. Sus planes iban a saltar por los aires. Solo podía pensar en que sus fotos y sus mensajes íntimos y prohibidos ahora estaban siendo vistos por Vallejo, o alguien como él. Solo podía esperar que fuera un robo que no tuviera que ver con la política, pero en el fondo sabía que no era así. Ella tomó las manos de su hombre, buscando asirse a algo. Se obligó a recuperar la compostura y se levantó.

—Solo podemos seguir con nuestra vida —dijo ella.

—Por favor, cuéntame cualquier cosa que suceda.

—¿Cómo te lo cuento?

—Tengo otro número. Toma nota.

A pesar de su ansiedad, Dolores se esforzó por mantener la compostura al llegar al salir del edificio del Pleno y caminar por el patio hacia el anexo.

La mañana transcurría en un trasfondo de tensión, sus ojos se movían constantemente hacia la puerta, anticipando la llegada de Isabel en cualquier momento. Mientras se sumergía en las responsabilidades del día, su mente no dejaba de divagar entre la preocupación por las posibles

implicaciones del robo y el deseo de mantener su vida privada a salvo.

En su despacho, rodeada de documentos y el ajetreo legislativo, Dolores intentaba concentrarse en los asuntos políticos, pero el eco de las palabras de Ismael resonaba en su mente. Los corrillos parlamentarios se volvían murmullos lejanos mientras ella se esforzaba por disimular la inquietud que la embargaba. Cada llamada de teléfono, cada correo electrónico recibido, generaba una mirada ansiosa hacia su dispositivo. No podía permitirse que aquel asunto destruyera la nueva vida que estaba tan al alcance de la mano.

El reloj avanzaba lentamente, marcando cada minuto con la pesadez de la preocupación. Isabel, ajena a los dilemas personales de Dolores, continuaba delegando tareas y exigiendo resultados eficientes. Mientras tanto, Dolores intentaba lidiar con sus propias batallas internas, navegando por el turbulento mar de la incertidumbre. La mañana en el Congreso transcurría entre la rutina política y la tormenta emocional que se libraba en el corazón de Dolores. En la superficie, era la secretaria eficiente y dedicada; en lo más profundo, una mujer preocupada por la seguridad de su intimidad y las posibles consecuencias de un robo que amenazaba con enviar su prestigio, su vida y sus sueños a la basura.

La tormenta emocional que asolaba a Dolores alcanzó su punto álgido cuando, abrumada por el peso de las amenazas y la posibilidad de que su vida privada fuera expuesta, una idea audaz se filtró en su mente: huir de todo. La idea de empacar sus maletas, abandonar su hogar y buscar refugio junto a Ismael o incluso sola, se presentaba como una válvula de escape tentadora.

En su despacho, Dolores comenzó a imaginar el proceso de despedida de la vida que conocía. Se visualizaba dejando atrás el chalet familiar, las responsabilidades políticas y las expectativas impuestas por su posición social. La llamada del corazón, el deseo de libertad y la necesidad de resguardar su intimidad la impulsaban hacia una decisión radical. Mientras tanto, la decisión de huir se traducían en la fantasía de nuevas experiencias, de amores sin ataduras y la posibilidad de reinventarse lejos del escrutinio político. La idea de una vida más auténtica y libre, aunque llena de desafíos, cobraba fuerza con cada minuto que pasaba.

Pero ¿quién era ella sin la política, sin el partido, sin todo lo que ella había conocido? Tenía fondos suficientes para vivir cómodamente hasta la jubilación, pero el día a día de una nueva vida era un misterio para ella. En el fondo, aquellas fantasías de escape eran producto de su miedo a enfrentarse al momento en que sus correligionarios la sorprendieran.

Sonó el teléfono de su escritorio. Era un número desconocido.

—¿Sí, dígame?

—Dolores, soy Isabel —sonó la voz autoritaria de su jefa—, ven a la sala de reuniones.

—Ahora mismo, Isabel.

Dolores se levantó de su escritorio y salió al pasillo. No sabía que su jefa tuviera una reunión en aquel momento. Tuvo un mal presentimiento. La sala de reuniones estaba en el piso inferior, y mientras bajaba las escaleras, una voz en su interior la impelía a salir corriendo de allí, a coger el coche, dirigirse a casa y hacer las maletas. Pero se dijo que no pasaba nada, que había que tranquilizarse y aparentar normalidad. Entró en una de las salas que usaban para reunirse y se le heló la sangre al entrar. Al primero que vio fue a Rafael, al fondo de la sala, rojo de ira, que la miraba con odio.

—Siéntate, Dolores —Isabel, de pie, le indicaba a su secretaria el asiento que debía ocupar.

A un lado de Isabel, Rafael, y al otro, Matías, secretario de organización del partido. Dolores caminó sumisamente el lugar que se le ordenaba. Tomó asiento y miró cómo los tres la miraban con severidad y cara de pocos amigos.

—Vosotros diréis —dijo Dolores.

—¡Tú! —gritó Rafael— ¡tú tienes que decir muchas cosas, zorra!

Rafael no pudo contenerse, avanzó hasta Dolores y le soltó una tremenda bofetada que hizo que su mujer se cayera hacia un lado. Para que no cayera, él la agarró del cabello, tirando de él hacia sí, ante la actitud impasible de los otros dos testigos.

—¡Me has avergonzado, puta! —le dijo mientras le daba una bofetada y luego otra. Dolores no intentaba defenderse, como si asumiera que merecía aquel castigo, solo intentando taparse como acto reflejo— ¡Me has humillado! ¿Cómo te atreves?

—Basta, Rafa —ordenó Isabel—, este no es el momento.

Aún con gesto furioso, Rafael soltó a su mujer y se retiró unos pasos atrás para situarse junto a los otros dos. Isabel sacó de una carpeta fotografías impresas en papel. Eran sus fotos íntimas y capturas de chats con Ismael cuyo contenido incriminaba a Dolores sin dejar lugar a ninguna duda. Ella no las miró, las conocía perfectamente. No sabía qué decir.

—Debería matarte —bufó Rafael.

—¿Qué más le has contado a tu amante podemita, Dolores?

—Nada —dijo ella, al fin.

—¡No mientas! —gritó Rafael.

—¿Conoce tu novio con quién se reunieron Rafa y Vallejo en tu casa? —preguntó Matías.

—No.

—¿Sabe de la implicación del Ministro y el Gobierno?

—Lo deduce, no es tonto.

—No —intervino Isabel—, es muy listo. Tanto como para seducir a una idiota haciéndola creer que la ama, cuando es espionaje político.

—Eres patética —soltó Rafael.

Dolores miraba al suelo, incapaz de sostener la mirada de sus acusadores, aterrada y aturdida aún de las bofetadas, pero apenas sentía el dolor en la cara. La vergüenza la devoraba. Y aún así, tuvo el valor de agarrarse a una verdad.

—Me ama —dijo con voz débil, casi llorosa.

—Eso te crees tú, imbécil —le respondió Rafael— ¿quién te va a querer a ti? ¡Cómo te va amar nadie, pellejo!

—No te ama, Dolores. Tenemos sus mensajes, se reía de ti cuando hablaba de ti con otras personas.

—¡Eso no es verdad!

—¡Pues claro es verdad! Reenvió tus fotos a sus amigas para reírse de ti. ¿Quieres ver los mensajes?

Rafael puso el volumen del altavoz de su teléfono al máximo y en la sala resonó la voz de un audio de Ismael en la que hablaba en tono jocoso.

—No veas la foto guarra que me manda la tía —se oía decir a Ismael antes de una carcajada.

Dolores sentía que se mareaba, no podía creer lo que oía. No podía ser verdad.

—Tenemos que saber qué le has contado a ese hombre —insistía Isabel—. Sabes mucho del

partido.

—No le he contado casi nada.

—¿Qué le has contado?

—Que le seguían, solo le dije que tuviera cuidado.

—En la cama se hablan muchas cosas, Dolores. ¿Le has hablado de nuestra financiación?

—No.

—¿Acaso él no te ha preguntado nada? —dijo Matías.

—No.

—Entenderás que no podemos creer a una traidora —sentenció Isabel.

—No soy una traidora —dijo Dolores, dolida.

—¿Ah, no? —clamó Rafael tomando sus fotos en lencería y arrojándolas a su cara con violencia— ¡y esto qué es, más que traición a mí!

—¡Tú traicionaste a tu matrimonio y tu moral embarazando a la sirvienta, canalla! —gritó Dolores, con una fuerza que nacía de la indignación. La sensación de vulnerabilidad, la exposición de su vida privada y la traición palpable en la mirada de quienes una vez fueron cercanos la sumieron en una tristeza profunda, pero encontró la fuerza en el resentimiento hacia su marido.

Rafael se quedó mudo al verse sorprendido en su pecado, pero pronto negó todo.

—De nada te servirá lanzar calumnias contra mí.

—No me interesan vuestras tonterías de matrimonio —gritó Isabel—, estamos a cosas más importantes. Dolores, a partir de ahora mismo ya no trabajas aquí. El partido ha perdido la confianza en ti. Ahora un chófer te llevará a tu casa y te quedarás allí, esperando que te llamemos. ¿Has comprendido? Tienes mucho que responder.

Dolores asintió, sin posibilidad de hacer nada más, mirando al suelo. Isabel recogió las fotos de nuevo en la carpeta y Matías salió de la sala. En ese momento, Rafael se acercó a ella.

—¿Qué tal por París?, ¿allí te compró esto tu chulo podemita?

Rafael agarró la gargantilla a Dolores y se la arrancó del cuello con violencia.

—¡Animal! —gritó ella.

Dolores rompió en llanto, ocultando su rostro entre sus manos, inclinándose en su silla. En la sala entraron dos hombres de traje y aspecto de escolta.

—Estos caballeros te acompañarán a casa —dijo Isabel.

Dicho aquello, Isabel y Rafael se marcharon, dejándola sola, llorando y vigilada por los corpulentos hombres.

—También te los puedes follar —le dijo Rafael antes de salir por la puerta—, a los dos a la vez. Chicos —les dijo a los escoltas—, parece vieja, pero no veas cómo se la chupa a los podemitas. Aprovechad.

Los escoltas no se inmutaron y Dolores siguió llorando, hundida.

—Señora —dijo uno de ellos, pasados unos instantes—, levántese, debemos llevarla a casa.

—Un momento, por favor —pidió Dolores—, no puedo salir así. Permítanme lavarme en el baño y pronto estaré con ustedes.

El escolta asintió mientras ella trataba de recomponerse, tomaba su bolso y salía al pasillo, recorriendo unos metros para girar la esquina hasta el lavabo. Los hombres fornidos aguardaban en la puerta de la sala.

Entonces, súbitamente, una idea clara en su cabeza: escapar. Si salía de allí deprisa, podía alcanzar la puerta de la calle de Cedaceros en un minuto y perderse en el ajetreo de la ciudad. No podía ir a casa, no podía enfrentarse a eso y a las consecuencias políticas de sus actos. Tenía

miedo de los propios, sobre todo cuando Isabel había mencionado la financiación del partido. Habían corrido rumores sobre muertes inesperadas y sospechosas con personas relacionadas con los asuntos de financiación, personas que habían sido de confianza, pero que podían testificar en un juicio. Pensó que si podían matar a presidentes de bancos sin que nadie hiciera preguntas ¿que podría pasarle a ella?

Con el corazón latiendo con fuerza, Dolores pasó de largo del servicio y se encontró en un pasillo oscuro y poco transitado. La adrenalina la acompañaba en cada paso, su mente trabajaba velozmente buscando la salida que la liberara. Saludó al policía de la salida, que le devolvió el saludo, y sus tacones pisaron la libertad de la calle. Cruzó la calzada deprisa hasta meterse por Ventura de la Vega y se perdió por las calles estrechas del viejo Madrid sin mirar atrás.

—Te necesito —escribió a Ismael—. Me he escapado.

Él no tardó en responder.

—¿Dónde estás?

—No me atrevo ni a decírtelo. No puedo estar expuesta. Tampoco puedo seguir con mi teléfono. Dime un sitio seguro.

—Fernando Poo, 4. Diles que has quedado conmigo allí. Iré enseguida.

Dolores memorizó la dirección, apagó su teléfono y lo tiró a la papelería. Sabía que la podían encontrar rastreando su teléfono, así que se deshizo de él y tomó un taxi. Le indicó la dirección que le había dicho Ismael y el conductor comenzó el trayecto hacia el sur.

Se puso las gafas de sol. Su corazón latía con fuerza y ella no podía pensar con claridad, dejándose llevar hasta donde fuera que la llevara la corriente. Lloró en el taxi, limpiando sus lágrimas con un pañuelo que llevaba en el bolso.

El taxi la dejó en la calle indicada. El lugar resultó ser una sede de Podemos, con un cartel morado bien visible sobre la puerta de entrada. Caminó y tiró de la puerta, pero estaba cerrada. Llamó al timbre y un joven le abrió.

—¿Sí?

—Hola. He quedado aquí con Ismael.

—¿Qué Ismael?

—Ismael... del Congreso.

—Ah, Ismael. Vale. Pasa.

El muchacho le sujetó la puerta mientras Dolores se quitaba las gafas de sol y miraba a su alrededor. Era una sala diáfana sin decoración alguna con algunas sillas simples y una barra de bar. Por unas escaleras se subía a lo que parecía una sala de reuniones con cristaleras y unas escaleras llevaban a un piso inferior. Había carteles políticos de manifestaciones y de campañas electorales. El joven, delgado, con barba y una rasta, le sonrió.

—¿Te apetece algo? ¿Cerveza, café, té?

—No, muchas gracias.

El joven era un estereotipo podemita, ropa que no quedaba bien, aspecto desaseado y actitud juvenil. Pese a la edad, la tuteaba. Dolores, aguardaba de pie, con postura regia.

—Puedes esperar en esas sillas, si quieres.

—Muchas gracias —le dijo Dolores, tomando asiento.

El chico se marchó escaleras abajo, dejándola allí sola, cosa que Dolores agradeció. Sin teléfono móvil con el que pasar el rato, solo pudo mirar a su alrededor o quedarse absorta en sus pensamientos y recuerdos de lo que acababa de vivir.

En la clandestinidad de aquel refugio, Dolores se encontraba sumida en una mezcla de emociones turbulentas mientras el eco de lo vivido resonaba en su mente. La huida audaz y el refugio inesperado entre quienes consideraba enemigos políticos marcaban el inicio de un capítulo desconocido en su vida.

Sentada en un rincón, rodeada de carteles y consignas que contrastaban con una vida entera en el bando de la derecha, Dolores reflexionaba sobre el día terrible que la había conducido hasta aquel refugio improvisado. La traición, la humillación y la pérdida de la vida que alguna vez conoció, se entrelazaban en un torbellino de pensamientos. La ironía del destino no se escapaba a

Dolores, quien se veía obligada a compartir un refugio con aquellos a quienes consideraba el Mal. La política, en su esencia más cruda, revelaba su imprevisibilidad.

Pero aún peor que todo lo vivido, el pensamiento que más le torturaba era si aquello había sido todo mentira, si era cierto lo que Isabel había dicho, que Ismael se había acercado a ella por interés y que se reía de ella. El audio que había oído no dejaba lugar a muchas dudas. Si aquello era cierto, era peor que nada. Quizá en esa sede sabían quién era: la estúpida del PP seducida por el guapo para sacarle información. Todo había sido mentira. Sentía que se quería morir.

Después de lo que pareció una eternidad, alguien llamó a la puerta. El chico subió del sótano y fue a abrir.

—Qué tal, compa —dijo el chico a alguien que llegaba—, tienes visita esperando.

Entró Ismael, con su traje y camisa y bolsa al hombro en bandolera, con gesto serio, mirando a Dolores, que sintió que al fin la espera terminaba.

—¿Podemos usar la sala del fondo? —preguntó Ismael a su compañero.

—Sí, no hay nadie ahora.

—Gracias —después, habló a Dolores, invitándola a levantarse—, ¿vamos?

Mientras el otro volvía a descender las escaleras, Dolores siguió en silencio a Ismael hasta una sala con una mesa de reuniones y sillas. Él cerró la puerta y dejó su bolsa.

—¿Qué ha pasado? —le inquirió enseguida.

Ella se aproximó a él y le dio una bofetada.

—¿Soy una guarra que te envía fotos? —le dijo ella, al borde del llanto— ¿una estúpida de la que sacar información?

—¿Qué estás diciendo, Lola? —le preguntó él, sorprendido, agarrándole las manos.

Ella se soltó y caminó hacia atrás, alejándose de él, dolida, furiosa y confundida, todo al mismo tiempo.

—Dime la verdad. ¿Para qué te acercaste a mí?, ¿por qué yo, por ser la secretaria de Isabel?

—Lola, te quiero.

—¿Te has reído mucho de mí con tus amigos?

Ismael se acercó a ella, para atraparla en su abrazo, pero ella se resistía, dando manotazos en su fuerte pecho.

—¿Qué te han dicho de mí? —le decía él— Sea lo que sea, no es verdad. Te están engañando.

—¡He oído un audio tuyo en el que te reías de mí!

—¡Eso no es posible, Lola!

—¡Te reías de mí! —gritó histérica y llorando, golpeándole.

Ismael reaccionó apretando a Dolores contra él, sujetándola en un abrazo fuerte y protector, que además de sujetarla, permitía que ella llorara en su pecho.

—Yo no le he hablado a nadie de ti. ¿Dónde has oído ese audio?

—En el mismo sitio en el que me han mostrado nuestras conversaciones y nuestras fotos.

—Joder, lo siento —él la apretó aún más, cerrando los ojos, con una expresión de resignación y tristeza—. Ya han sacado el contenido de mi móvil ¿no? ¿Qué te han hecho?

—¿Qué me has hecho tú, Ismael? ¿Me has seducido por órdenes de tu partido o ha sido iniciativa propia? ¡Dime la verdad!

Él la separó de su pecho, sujetándola por los brazos y obligándola a mirarle a los ojos.

—Nada tiene que ver mi partido con nosotros. Yo también oculto nuestra relación, aquí no lo aceptarían y me purgarían con toda seguridad.

—¡Mientes! ¡He oído tu voz riéndote de mí! —Dolores se hundía, pero él la sujetaba— ¡tu

preciosa voz humillándome!

—Dime que decía, a ver.

—Algo de “esta guarra que me manda fotos de guarra”. Eras tú, sin duda.

—¡Sí, era yo!

Dolores le miró, anonadada, como si le acabaran de dar la peor noticia del mundo, como si todos sus temores se hicieran realidad. Se sentía morir.

—Pero no hablaba de ti, sino de Raquel, la de Ciudadanos. Estuvo unos días mandándome fotos de su escote... En fin, pasé de ella, como ya te dije.

—Dios mío, dime que no me mientes.

—Es la verdad. Han querido confundirte para hundirte.

—Pues lo han conseguido. Me han humillado.

—¿Por qué dices que has huido?

—Quieren tenerme prisionera en casa... eso dicen. Yo no me fío de ellos. Sé de lo que son capaces si creen que soy una traidora.

—No te preocupes, no te van a...

—¿Ah, no? Sé de muchas personas que han muerto en accidentes, y todos tenían información que iban a dar a un juez.

—Tú no eres peligrosa.

—Yo sé muchas cosas. He sido muchos años secretaria de Isabel y más aún esposa de Rafael. ¡Sé demasiado y creen que te he contado cosas importantes!

—¿Pero qué creen que me has contado?

—Creen que te he contado que el Ministro del Interior fue el que ordenó que Vallejo os espíe. Sí, Ismael, te han robado el teléfono porque el Ministro dio carta blanca a esa gente. ¿Y crees que el Ministro actúa por su cuenta? Y lo peor, lo que más nerviosos les pone es que creen que te he hablado de dinero, de financiación. Y no me creen. ¿Te das cuenta ya de lo peligroso que es todo esto? Pueden usar todo contra mí, quizá no me maten, pero pueden destruirme, puedo aparecer en esos periódicos digitales en ropa interior, pueden salir mis chats contigo llamándome puta y yo disfrutando con ello. ¡Tengo familia, tengo hijos, tengo una madre, amigos! ¡Me pueden destruir!

—¿Y por qué has huido de ellos?

—¡No lo sé! ¡Me asusté! ¡Tengo miedo!

Él la abrazó de nuevo, intentando confortarla con su contacto.

—Voy a hacer todo lo que pueda por ti —le dijo él.

—¿Qué puedes hacer por mí? No puedes hacer nada.

—Primero, buscarte un lugar seguro. No puedo meterte en mi casa, la estarán vigilando. Pero voy a llevarte a un sitio de confianza. Iremos solucionando cosas sobre la marcha.

—No tengo maleta, solo llevo lo puesto. Ni siquiera tengo teléfono.

—Eso ahora no importa. Venga, vamos.

Ismael tomó la mano a Dolores y la sacó de la sede, caminando por la calle, mirando a todas partes, hasta que paró un taxi. No dijeron nada delante del taxista mientras este les llevaba a la dirección que le había dado Ismael. Sólo se tomaron de la mano, un gesto de apoyo que a ella le daba algo de seguridad.

Dolores vio por la ventanilla que entraban en Lavapiés y vio inmigrantes de todos los colores en la calle, paredes desconchadas, grafitis y un ambiente que le hubiera dado pavor de haber ido allí sola. En una estrecha calle se bajaron y caminaron hasta un portal cercano, al que llamó Ismael.

El portal olía a cocina con especias y era cutre y lúgubre. Se oían voces extranjeras por la escalera, al otro lado de las puertas. Era una antigua corrala que ahora albergaba a una multitud variopinta de vecinos que colgaban su ropa tendida en los balcones. Dolores y su aspecto elegante suponían una cosa extravagante en aquel ambiente. Dos negros altos, sentados en las escaleras cortaron su conversación al verles subir y se quedaron mirando a la mujer madura con gafas de sol que hacía sonar sus tacones al subir cada escalón.

Al fin, llegaron a una puerta entreabierta, por la que Ismael condujo a Dolores hasta el interior.

—Hola —llamó él mientras entraban.

—Hola —respondió una voz femenina.

Dentro había música, un tipo de canción latina, y el piso estaba viejo, aunque limpio. Lo primero que vio Dolores fue un gato que salió a su encuentro y que se le quedó mirando. Llegaron a un cuarto de estar, con carteles y dibujos en las paredes, en el que una muchacha rubia en camiseta de tirantes y bragas estaba trabajando en un portátil sentada en el sofá. Al verles, se levantó y saludó con un abrazo a Ismael.

—¡Guapo! ¿Cómo estás?

—Pues ahora te cuento. Mira —le mostró a Dolores—, esta es Lola, es amiga mía. Lola, esta es Lena.

Lena la miró con cierta sorpresa pero también con simpatía y una sonrisa amplia. Se acercó a Dolores y le dio dos besos.

—Hola Lola, encantada.

—El gusto es mío —respondió Dolores, educadamente.

Lena era una chica joven, con algunos pequeños tatuajes en brazos y espalda y un piercing en el labio. Era delgadita y hermosa, pese al pelo sucio cogido en una coleta. “Esta, al menos”, pensó Dolores, “lleva depiladas las axilas”. Los tres se sentaron mientras el gato se subía al sofá.

—Lena —comenzó Ismael—, creo que tenías una habitación libre ¿no?

—Sí, Nieves se fue el mes pasado. Solo estamos Julia y yo.

—Necesito que me hagas el favor de tener aquí unos días a Lola. Es un asunto grave del que no puedo hablarte.

—¿De política?

—Sí. Y además —Ismael tomó la mano de Dolores de forma explícita—, tenemos algo. Pero todo esto es secreto.

—Entendido —Lena sonrió.

—Cuida de ella como si fuera yo mismo —se volvió hacia Dolores—. Lola, Lena no está metida en política, al menos política institucional. Ella está en otras cosas. Aquí no vendrán a buscar.

—¿Quién la busca? —preguntó Lena.

—Digamos que las cloacas del estado.

—¡Vaya! —exclamó la chica.

—Lola. Aquí estarás a salvo de momento. ¿Te parece bien?

Dolores estaba abrumada por la situación. No sabía qué responder.

—Si vienes con él, para mí eres de la familia —le dijo Lena—. Ven, te enseño la habitación.

Los tres caminaron por el largo pasillo hasta una habitación con una ventana que daba a la calle. Tenía un armario de madera, una cama de matrimonio y una cómoda. Era un lugar modesto aunque acogedor. Lena abrió el armario, cuyo interior estaba vacío.

—Aquí puedes meter tus cosas, es muy amplio.

—No tengo más que lo puesto, pero gracias.

Dolores se sentó sobre la cama, mirando a la ventana.

—Me quedo —dijo—, muchas gracias.

—Genial.

Lena les dejó solos y cerró la puerta. Ismael se sentó junto a Dolores en la cama.

—No me dejes sola, por favor. Ahora no.

—Estaré contigo todo lo que pueda. Pero tendré que tener cuidado cuando venga a esta casa, para que no nos descubran. Supongo que me seguirán con más atención, habrán supuesto que estamos juntos.

—¿Qué voy a hacer, Ismael? Ni siquiera tengo un cepillo de dientes.

—Le diré a Lena que te acompañe a comprar todo lo que necesites, incluido un teléfono y un número nuevos. Lo demás, ya se verá.

—¿Te vas a ir?

—Tengo que volver al trabajo, pero iré más tarde. Ahora me quedo contigo. Pero esta noche creo que sería arriesgado que viniera aquí. Creo que un par de días debo hacer rutina normal, porque me estarán vigilando, y no quiero conducirlos hasta aquí.

—¡No, por favor! Te necesito esta noche.

—Es peligroso. Los puedo traer hasta aquí.

—Pues quédate aquí hasta mañana. De verdad que te necesito esta noche. Tengo miedo —Dolores se abrazó a él. Juntos estuvieron así, abrazados, sobre la cama, mientras él la acariciaba y la besaba.

Lena les invitó a comer con ella, pero a Dolores no le entraba nada, nerviosa y tensa como estaba. Ismael comió un poco mientras le contaba a Lena lo que debían hacer.

El resto de la tarde estuvieron en la casa, abrazados. Él habló por teléfono, excusando su ausencia de sus labores políticas inventando pretextos de lo más variado.

—Lola, todas esas cosas que creen que me has contado...

—Sí, qué.

—¿Tienes pruebas de alguna de ellas?

—Podría, ¿por qué?, ¿crees que te las pasaría para que las aproveche tu partido? No pienso hacer eso. Yo también tengo mis ideas, como tú las tuyas.

—¿Esas ideas incluyen la corrupción o el terrorismo de estado?

—Las ideas requieren trabajos sucios que alguien tiene que hacer. ¿O crees que vosotros no lo haríais si no estuvierais en nuestra posición? Seríais incluso peores, pero no lo hacéis porque no podéis.

—No lo hacemos porque los pobres solo tenemos la ley. No tenemos espías, policías, militares y dinero. Y aún así, necesitáis saltaros la ley, desfalcas y malversar.

Era la primera vez que discutían por sus ideas,. Aquello hizo sonreír a Dolores, a la que le pareció que habían tardado demasiado en discutir, pues el amor había ocultado sus diferencias o, incluso, le había dado morbo a su relación. Ismael sonrió también y la besó.

—Bueno, en verdad lo que quería decirte era que si tienes pruebas de algo, deberías conservarlas contigo. Por tu seguridad.

—Entonces sí que me mandarán matar. Si les amenazo con chantajearlos...

—Puedes negociar que se olviden de ti.

—Si me meto en eso, acabaré mal.

—Vale, pero dale una vuelta. No tienes mucho perder.

Ella seguía nerviosa y, al final, el sexo resultó ser una actividad ideal para sacar a Dolores de

su terror. Poco a poco, las caricias fueron volviéndose más atrevidas y las manos producían placer en sus genitales. Se fueron quitando la ropa hasta que Ismael la penetró, tumbado sobre ella, durante largos minutos silenciosos hasta que la folló con fuerza y pasión, haciendo que ella se corriera como si fuera la última vez.

Dolores solo quería hacer el amor una y otra vez para solo sentir placer y no tener que pensar en la realidad, aunque pasadas las horas un escozor comenzara a molestarle en la ingle y la vagina, señal de que debía dejar descansar a su cuerpo. Pero Dolores, una vez acababa, solo quería volver a clavarse en el miembro de su hombre. Al fin, cayó rendida, y descansó sobre el vello de aquel pecho musculoso. Durmieron juntos en aquella cama, casi sin salir de allí, tan solo para ir al servicio.

Dolores se despertó en numerosas ocasiones a lo largo de la noche, después de sueños terribles, o desvelándose a cada ruido de la calle, como el camión de la basura o los gritos de los borrachos de la calle. Luego no podía dormirse debido a que comenzaba a imaginar qué estarían haciendo Rafael y los del partido. ¿Qué sabrían ya sus hijos? ¿Lo sabría la prensa? ¿Estarían buscándola los espías? Pese a la cercanía a su amante, no pudo conciliar más el sueño aquella noche.

Cuando Ismael se levantó para irse por la mañana, ella estaba despierta.

—Hoy no volveré, Lola. —le dijo mientras se ponía la ropa del día anterior—. Tenemos que dejar de vernos unos días, hasta que esté seguro.

—Lo entiendo —dijo ella—, tienes razón.

—En cuanto tengas nuevo número, que Lena me lo envíe.

Se dieron un beso de despedida y él se marchó cuando todavía no había amanecido.

Lena le dejó toallas y le indicó dónde estaba todo lo que Dolores pudiera necesitar. Cuando salió de la ducha, se secó y salió tal cual al living, en el que Lena y su compañera Julia desayunaban. Julia era una joven de caderas anchas, más fuerte, con más tatuajes y con el pelo corto, pero igual de simpática que Lena.

Dolores se sentía ridícula y vieja. Tapada con una toalla prestada, sin poder maquillarse o arreglarse el pelo decentemente, se sentía muy mayor al lado de aquellas muchachitas de no más de treinta años.

—Bueno, tenemos que ir de compras ¿no? —dijo Lena, con entusiasmo.

—Sí —asintió Dolores.

—Venga, vístete.

Una hora después, Dolores salía a la calle con su ropa del día anterior. Una dama en las calles de Lavapiés, uno de los barrios más populares y con menos renta de Madrid, con más negros, indios, paquistaníes o magrebíes de los que Dolores había visto en toda su vida. Los tacones no iban bien con los adoquines de la calzada y tenía que caminar con cuidado. Lena la llevaba por las calles hasta pequeñas tiendas de barrio.

—Creo que para ser discretas, deberíamos comprarte ropa que no llame la atención por el barrio ¿no crees?

—Lo que tú digas, Lena —respondía Dolores—, tú mandas.

Al poco tiempo, ya llevaban en bolsas un vestido discreto, unos vaqueros, un jersey, un par de camisetas, unos pantalones cómodos de perroflauta y unas zapatillas cómodas que Dolores pagó con su tarjeta de crédito. “Al menos sigo teniendo activa la tarjeta”, pensó. Después, en un locutorio que también era tienda, compraron un teléfono barato de tarjeta prepago. Para terminar hicieron una compra en el supermercado, para todo lo básico que Dolores pudiera necesitar.

En la casa, Lena le mostró un hueco en la nevera.

—Lola, cada una tenemos un estante de la nevera. Tú puedes meter tus cosas en ese que está vacío, ¿vale?

Dolores sonrió, divertida ante la idea de compartir piso como una estudiante. Después volvió a su habitación para conectar su teléfono por primera vez. Cuando lo hizo, buscó en internet noticias sobre ella. Afortunadamente, no había nada de ella. Al menos, todavía. Escribió a Ismael, informándole sobre su nuevo número. Pensó en escribir a su hija, pues era a la única que creía poder acudir y, además, era el único número que se sabía, aparte del fijo de su casa. Pero era demasiado arriesgado dar su nuevo número. No hizo nada por el momento, aunque necesitaba hablar con su hija para que, al menos, escuchara su versión de su propia boca. Aquello la entristeció. Se sentía sola y desamparada. Se tumbó en la cama y se quedó allí, deprimida, mirando al techo. Solo se intercambió algunos mensajes con Ismael, en los que él le decía que no tenía novedades, pero que sospechaba que le andaban vigilando.

A la hora de la cena, Dolores seguía allí tirada y abatida, sumida en la melancolía. No paraba de pensar en cosas, a cada cual más horrible, sobre su futuro. Se le pasaron por la cabeza ideas opuestas, como huir para siempre con Ismael o volver a casa pidiendo perdón y aguantando el castigo que mereciera, dando todos los datos que conocía de Ismael. También pensó en huir a Europa, hablar con Juliet y encontrar trabajo y casa en París o Bruselas.

Entonces Lena entró en la habitación interrumpiendo todos aquellos negros pensamientos. Encendió la luz e hizo huír a las tinieblas.

—¿Estás bien? —le preguntó la muchacha.

—Sí, no pasa nada.

—¿No cenas?

—No tengo hambre.

—Bueno, pues sal con nosotras, no te quedes aquí.

Lena no sabía lo que sucedía entre esa señora e Ismael, pero sabía reconocer la depresión y que esa mujer necesitaba ayuda. La tomó de la mano y la obligó a levantarse, llevándola con ella al cuarto de estar, donde Julia la recibió con alegría.

El lugar olía a tabaco y a otra cosa. Eran porros, que las muchachas estaban fumando, liando cigarrillos y metiendo allí el hachís. Le ofrecieron una lata de cerveza y pusieron reguetón de fondo. Dolores observaba aquel mundo ajeno al suyo con interés, y aquello hacía que se olvidara un poco de sus demonios. Aún iba con la ropa del día anterior, pese a haber comprado ropa nueva, pero su ropa le confería seguridad o tal vez mantener su identidad en aquel ambiente. Necesitaba llevar su vestido, su ropa interior fina y femenina, su reloj y su bandera de España anudada en la muñeca para recordarse quién era. Lena le ofreció una calada de un porro.

—Toma, creo que lo necesitas más que yo.

Dolores dudó, pero si Lena le prometía aliviar su dolor con ese porro, entonces lo aceptaría. Tomó el canuto y fumó, por primera vez, hachís. Tosió con fuerza después de notar aquel sabor extraño. Bebió cerveza para aliviar la garganta.

—¿Y vosotras en qué trabajáis? —quiso saber Dolores, mostrando curiosidad.

—Yo en un bar, de camarera —dijo Julia.

—Yo en una ONG —respondió Lena—, trabajo desde casa la mayoría de las veces. Temas de cooperación y todo eso. ¿Y tú?

—Yo... soy asistente parlamentaria.

—Ah, en el Congreso y tal ¿no?

—Sí.

—¿Allí conociste a Isma?

—Sí —Dolores sonrió.

—Majo, el Isma. Es íntimo mío. Tuvimos un rollo hace años, pero ahora somos como más que hermanos ¿sabes? Haré lo que sea por él. Si eres su chica, pues para mi eres como una hermana ¿entiendes, Lola? Yo te voy a cuidar.

—Gracias, Lena —respondió Dolores, agradeciendo el cariño de la chica—. ¿Y tú no tienes novio ahora?

—No, tengo novia —sonrió, acariciando a Julia—, estamos juntas.

—Oh —Dolores se sintió sorprendida y avergonzada, como si hubiera metido la pata—, lo siento.

—¡No hay nada que perdonar! No pasa nada. Supongo que de donde vienes esto no es muy normal ¿no?

—Bueno —reflexionó Dolores—, la verdad es que en mi partido hay muchas lesbianas.

Ella y las chicas rieron al darse cuenta de que lo que decía era muy cierto. Dolores les habló de varias políticas famosas que era lesbianas, algunas abiertamente, otras no tanto, y de chascarrillos que conocía después de tantos años de vivir en aquel entorno conservador en que, sin embargo, abundaban los homosexuales.

—¿Y tú? —preguntaba Dolores, curiosa mientras seguía fumando aquel porro— ¿cambiaste después de estar con Ismael?

—No —rió—, no he cambiado. Soy fluida, a veces me gustan unas cosas, y otras, pues otras. Ahora me gusta Julia. Pero con Isma estuve muy bien, fue una buena época.

—No soy la típica mujer a la que estáis acostumbrados vosotros ¿verdad?

—Bueno, no estamos acostumbradas a mujeres del PP, si a eso te refieres. Pero no me extraña que le gustes a Isma, a él siempre le han gustado las pijas, sin ofender.

—No ofendes, no te preocupes.

—Entiendo que le gustes, eres lo que siempre ha buscado. Alguien elegante y clásica.

Dolores se sintió agradecida por aquella información, pues le confirmaba que había una razón para que él se hubiera fijado en ella. Aquella droga debía estar haciendo efecto, porque sentía una paz y una serenidad que la invadían, y sus problemas ahora parecían lejanos. Se centró en aquel momento tan agradable con aquellas chicas tan simpáticas con las que comenzaba a sentir cercanía. Ellas le contaron su vida, qué habían estudiado, dónde habían nacido, qué las había llevado allí, qué pensaban de la vida. Dolores se sintió en confianza y comenzó a hablarles de ella.

—Mi padre era general del Ejército de Tierra, nací en Burgos y estudié Derecho. Conocí a Rafael y me casé pronto. Por entonces, él era muy guapo y tenía uno se qué que te atrapaba, solo tenía ojos para él. Y muy poco después tuve a Borja, y después vino Cayetana.

—¿Y cómo entraste en la política?

—Siempre estuve ahí, en esos círculos. Entré a trabajar allí por mediación de Rafael, que estaba muy metido. Y poco a poco... ya sabes. Hasta hoy.

—¿Qué tal con Isma?

Dolores sonrió, tímida. El recuerdo de Ismael la hacía sentirse bien.

—Lo amo con locura. Lo amo tanto que he arruinado mi vida...

Dolores calló. No se atrevía a decir más. Lena y Julia asintieron y no profundizaron más. Solo sonrieron, comprendiendo.

—Es un buen tipo —dijo Lena—. Estás segura con él.

—Tengo miedo de que ya no me encuentre atractiva así, como soy. Sin arreglarme y sin el envoltorio, solo soy una mujer mayor del montón.

—Lola —intervino Julia, muy intensa—, eres una mujer guapa, con envoltorio o sin él. Y el que no sepa verlo, no te merece.

—Y sola me quedaré —suspiró, en un arrebato de sinceridad y desinhibición provocado por las sustancias.

—Lola —Lena puso su mano sobre el hombro de Dolores—, a Isma le gustas como eres, seguro. No tengo dudas. He visto cómo te mira.

—¿Cómo me mira?

—Con... devoción.

Lena y Dolores se abrazaron en un gesto de confianza y cariño, al que quiso sumarse Julia.

—Qué bien me caéis, chicas —dijo Dolores.



Aquella noche Dolores durmió profundamente, porque la noche anterior no había pegado ojo y porque el hachís y el alcohol ayudaron a un sueño reparador. Se levantó, se duchó y desayunó sola en aquella casa ajena, pues las chicas habían salido. Su única compañía fue el gato, que buscaba mimos de la nueva habitante. Dolores se los concedió.

—Yo también necesito mimos ¿sabes? Pero tú no me los vas a dar.

Encendió el teléfono y vio que tenía un mensaje de Ismael preocupándose por ella. Ella le respondió.

—Tus amigas son maravillosas y me tratan muy bien. Pero te echo de menos, amor. Besos.

—Yo también, Lola. Me gustaría estar contigo.

—Pues ven, amor.

—¿Tú creés que debo ir? Yo creo que hay que esperar a que se calme la cosa.

—Toda esta aventura no tiene sentido si no puedo vivirla contigo. Prefiero arriesgarme a que me encuentren a estar sola.

—De acuerdo. Mañana iré y nos veremos. Y pensaremos qué hacer. No puedes estar escondida para siempre.

Se vistió con sus nuevas ropas, que no eran bonitas pero en eran cómodas, sobre todo para estar en casa, pues no se atrevía a salir a esas calles sola. Ni siquiera le daba confianza la escalera. Puso la televisión y vio los programas y tertulias políticas de la mañana. Hablaban de juicios por corrupción a miembros de su partido y denuncias de lo mismo del partido de Ismael. Unos a otros se echaban basura para hartar a los votantes y que pareciera que todos eran corruptos y que todos eran iguales. Vio imágenes de la entrada del Congreso, esa por la que pasaba todos los días, y se le heló la sangre al ver a Isabel dando unas declaraciones. Ahora Isabel le daba auténtico miedo. Volvió a pensar en su casa, en sus hijos.

Tomó el teléfono y marcó el número de su hija. Fue ella la que respondió al tercer tono.

—Cayetana, soy yo.

—¿Mamá? —dijo ella, indiferente. Aquello hizo pensar a Dolores que su hija no se había enterado de nada— ¿Qué pasa? estoy ocupada.

—Tengo que contarte una cosa. ¿Estás sola?

—Sí, ¿por?

—Cayetana, me he ido de casa. He discutido muy fuerte con tu padre.

—¿Pero qué me dices? ¿por qué habéis discutido?

—Ya te lo contaré. Eso ahora no importa. Llevo dos días fuera de casa y no quiero ver a tu padre. Por favor, ve a casa mañana y coge mis cosas. Te diré dónde llevármelas.

—Pero mamá... ¿mañana? No me va bien.

—Hazlo por mí, por favor.

—Bueno, vale.

—Ve mañana, al mediodía. Tu padre no estará en casa.

—Pero me tienes que contar esto, es muy fuerte que te hayas ido de casa. ¿Se rompe la familia?

“La familia siempre estuvo rota”, pensó Dolores.

—Ya te contaré. Un beso, hija mía.

Colgó e inmediatamente marcó el teléfono fijo de su casa. Antes de pulsar “llamar”, tomó aire y pensó muy bien qué decir. Oyó el tono varias veces hasta que al fin, la voz familiar de Evelyn se oyó al otro lado de la línea.

—¿Aló?

—Evelyn, soy yo.

—¿Señora Dolores? —la voz denotaba sorpresa y expectación.

—Sí. ¿Está mi marido en la casa?

—No, señora. Se acaba de marchar.

El pensamiento que vino a su mente fue demasiado tentador como para callárselo.

—Espero que hoy Rafael haya usado preservativo.

—¿Señora? —dijo, tras unos instantes de silencio.

—Evelyn, lo sé todo. Sé lo de mi marido y tú y sé lo de tu aborto.

—¡Ay, no, señora! —la voz de la criada era lastimera y lloroso—, ¡perdóneme, yo no

quería...!

—Ahórrate las excusas, Evelyn. A estas alturas todo da igual. Estoy segura de que él no te dejó otra opción más que complacerle. Pero también que podrías haber dejado el trabajo antes de hacerlo.

Evelyn gimoteaba intentando articular una respuesta, pero Dolores la cortó.

—Te he dicho que ya no importa. Mi matrimonio es historia. Pero después de haber estado follando en mi casa con mi marido todo este tiempo, deberías al menos hacer algo por mí para que pueda perdonarte.

—Sí, señora, lo que usted mande. Dígame.

—Quiero que cojas mis maletas y guardes todo lo que te voy a decir. Ve a por papel y toma nota. Mi hija irá a buscarlas mañana al mediodía. ¿Entiendes?

—Sí, señora, ahora mismo.

Dolores dictó a su criada todas las cosas que necesitaba para poder conducirse con un mínimo de dignidad. Y algo más.

—Y de mi despacho, tomas todas las carpetas verdes y transparentes del cajón cerrado con llave. La llave está en mi joyero. Lo metes todo en la maleta azul, ¿entendiste?

—Sí, señora.

—Todo esto lo haces mañana en cuanto se vaya Rafael. Y no le digas nada, por favor.

—Pero ¿y si el señor me pregunta por usted? Me da miedo mentirle.

—A mí me has mentido todos los días. Puedes mentir a Rafael un momento.

—Sí, señora.

—Adiós.

Dolores colgó, satisfecha de aquella conversación. Había logrado sonar como la señora que era y tomar la iniciativa. Lo primero era guardar todos los documentos comprometedores que recordaba, de años atrás, para poder negociar que la dejen en paz. Tenía facturas y contratos que no debían llegar a Hacienda o a la Justicia si su partido no quería verse en más problemas, y en concreto Isabel. Creía ver luz al final del túnel y aquel somero atisbo de tener un plan la reconfortó un poco.

Ismael le escribió desde el Congreso. Parecía que algo iba mal.

—Ha llegado a la dirección de mi partido el rumor de que uno de nosotros está liado con alguien del tuyo. —le decía él—. Creo que sospechan de mí.

—Joder —respondió ella, pensando en que la noticia ya estaba corriendo y que sería cuestión de tiempo que llegara a oídos de la prensa.

—Te contaré novedades. Ojalá nos veamos pronto.

Comió sola y pasó gran parte del día de la misma manera, preocupada. Estuvo absorta en sus malos pensamientos, y toda la esperanza que había brotado en la mañana, en aquel momento se marchitaba a la sombra de la nueva información. Así estuvo, oscura, hasta que Lena llegó a media tarde, jovial, interesándose por Dolores. Ella no le contó nada acerca de sus gestiones, pero Lena supo ver que había preocupación en su rostro.

—¿Algo anda mal? —le preguntó la chica, sinceramente preocupada.

—Siempre va mal —sonrió Dolores de forma triste—, tengo que aprender a vivir con ello. Quizá necesite más de eso que me disteis anoche para fumar.

—¡Claro! ¡O algo mejor!

Lena se fue a su habitación y poco después regresó con algo en la mano.

—¿Cuándo vendrá Isma?

—No lo sé. Me ha dicho que espera venir mañana, pero quién sabe —para Dolores, la confianza que había tenido con Lena la noche anterior, se mantenía intacta aquella tarde—. La verdad es que le necesito, me siento muy sola y desamparada. No es por desmerecerte, Lena, me has ayudado mucho.

—No pasa nada. Mira, como aún te queda al menos todo un día de rayarte sin solucionar nada, creo que deberías evadirte un poco, para respirar y salir un poco de esa oscuridad en la que vives.

Lena le ofreció una pequeña bolsita blanca de plástico abierta en la que se veía algún tipo de sustancia blanca en polvo.

—¿Qué es? —preguntó Dolores.

—Tú moja el dedo, úntalo bien en esto y chupa.

Dolores no dudó ni un momento. No le importaba qué droga le estuvieran ofreciendo, pues se fiaba de Lena. Hizo lo que se le decía y se llevó aquel polvo a la boca. Estaba amargo, no era muy agradable. Repitió la operación y miró expectante a Lena.

—Ahora hay que esperar un rato. Olvídate de lo que has tomado. Vamos a tomar unas cervezas y pasamos el rato.

Lena se llevó a Dolores al salón, puso música y abrió unas latas de cerveza barata. La chica comenzó a bailar e invitó a Dolores a hacer lo mismo, pero ella rechazó el gesto amablemente, no se encontraba de ánimo como para bailar, y menos una música desconocida. Bebió cerveza y fumó de lo que le daba Lena, mientras hablaban de cosas, siempre evitando meterse en el tema del que no se podía hablar. Lena le contaba lo que hacía en el trabajo y lo que hacía fuera, sus compromisos de activista con los desahucios y por los desfavorecidos. Dolores escuchaba educadamente, sin cuestionar los principios de la chica que le estaba acogiendo, y comenzó a respetar a aquellas personas que, en el fondo, consideraba sus enemigos políticos, pues hacían casi todo de forma altruista y sin esperar nada a cambio, enfrentándose a muchos peligros, tanto para su vida profesional como privada. Y mientras tanto, lo pasaban bien, con aquella alegría de vivir que le transmitía aquella muchacha, escuchando todas aquellas cosas tan exóticas para Dolores, como el género fluido, el poliamor y las relaciones abiertas.

—¿Tú practicas todo eso?

—Algunas cosas.

—¿Julia consiente que estés con otras personas?

—Sí, dentro de unas reglas.

—¿Y eso no provoca tensiones entre vosotras? ¿celos?

—Bueno, puede ser, pero hay que trabajárselo y deconstruirse para eliminar esos sesgos machistas y posesivos. Al final, todos deseamos a otras personas, y esto es más honesto que poner cuernos a la clásica o que vivir reprimida.

—No sé si estoy de acuerdo con eso. Yo no he deseado a nadie más que a mi marido, al menos hasta que conocí a Ismael.

—¿Seguro? ¿No te ha gustado nadie, no has soñado con nadie en estos treinta años?

Dolores se quedó pensativa, y cayó en la cuenta de que sí había podido imaginar cosas con otros hombres, o incluso soñado, pero pronto había borrado todo aquello de su cabeza. Se había reprimido antes de que naciera un leve deseo. Así era como ella creía que debían ser las cosas.

—Y con Ismael, cuando lo conociste —siguió Lena—, ¿no tuviste dudas, no tembló tu fidelidad a tu marido?

—Sí, claro.

—Con una relación abierta podrías haber probado sin traicionar la confianza de nadie.

Dolores rió. Todo aquello que Lena le contaba era completamente estrafalario en el mundo donde se había educado y en el que había vivido hasta el momento. Imposible, incompatible, grotesco. Eran mundos opuestos, el día y la noche.

—Me arrojé en brazos de Ismael enseguida. Mi matrimonio estaba muerto. No necesitaba una relación abierta, sino acabar una y comenzar otra. No me veo en una relación de esas que me cuentas. Isma nombró esa palabra una vez, pero no sé si podría soportar el compartirle. Creo que no. El miedo a perderle sería demasiado atroz.

—Ismael es un clásico —sonrió Lena—. No creo que te lo proponga en serio.

De pronto, Dolores sintió que algo le embargaba, algo le subía por la garganta.

—Ay, qué me pasa.

—Te está subiendo el eme.

La invadió una sensación de placer incomparable a nada de lo que había vivido. No le dolía nada y las preocupaciones habían desaparecido. Sonrió porque todo estaba bien, y solo estar en aquel sofá era maravilloso. Sentía amor fraterno hacia Lena y la música le pareció, de pronto, extremadamente bailable, invitándola a levantarse y moverse. Se puso de pie, con una tremenda sonrisa, y levantó a Lena para bailar con ella. La chica rió y respondió a su gesto. Ambas comenzaron a bailar en el salón.

—¡Esto es fenomenal! —exclamó Dolores— ¡qué me has hecho!

—¿Cómo te sientes?

—Muy a gusto, me encanta. No me he sentido así nunca.

Las dos se abrazaron y a Dolores le pareció aquel aquel cuerpo joven eran blando y cálido, y su olor corporal, agradable. Sentía placer en aquel abrazo y en el tacto de las manos de Lena sobre su cuerpo. Sin darse cuenta, de pronto, estaban dándose besos en el cuello, en la cara y, al fin, en los labios. Dolores sabía lo que estaba haciendo, pero no le pareció ni censurable ni importante, solo era natural e inevitable. Lena y ella rieron y continuaron bailando, bebiendo y chupando más MDMA.

Cuando Julia llegó y encontró aquella fiesta, solo quiso alcanzarlas en su marcha, y a las diez de la noche, ya estaban las tres completamente colocadas y bailando.

—Chicas —propuso Julia—, es jueves. Vamos a salir por ahí.

A Dolores le pareció una idea encantadora. Las tres comenzaron a prepararse para salir. Dolores vio cómo se preparaban ellas, qué ropa elegían y qué forma tenían de maquillarse, sobre todo ese eyeliner tan particular que se pintaban en los ojos, y dejó que ellas se lo hicieran a ella. Se dejó aconsejar en todo y acabó vestida como una perroflauta, aunque ella supo darse un toque

de elegancia que la hizo ser una atractiva hippie que parecía más joven de lo que era realmente.

Las tres salieron a la noche de Lavapiés, ante las miradas de negros que las deseaban y les decían cosas. Dolores no sentía miedo, ni de los negros ni de los espías de las cloacas del estado, estaba completamente entregada a la diversión como hacía siglos, quizá nunca de aquella forma y con aquel entusiasmo. Se sentía joven de nuevo, reiniciando su vida y viviendo con otra identidad, protegida por aquellas chicas tan valientes y amorosas que la conducían por las callejuelas nocturnas hasta bares que ellas conocían.

En esos bares oscuros y desvencijados, con ambiente cargado y música estridente, bebieron, bailaron y siguieron consumiendo drogas del placer. Dolores estaba liberada, sin pensar, con la razón suspendida, entregada al baile y al amor. Lo único que le faltaba era Ismael. Si hubiera estado allí en aquel momento podría habérselo follado en mitad del bar. En su lugar, tenía a las chicas, que le dieron su cariño en forma de abrazos, besos y caricias. Dolores, completamente desinhibida, habló con todo el bar, con hombres y mujeres, blancos y negros... Todo el mundo era encantador y no existía nada malo en aquel ambiente.

Cerraron el bar y fueron a otro, callejeando junto a otras personas de las que se habían hecho amigas y que también les ofrecían otras drogas. Acabaron en un local de flamenco con gente extraña y curiosa que a una Dolores sobria le hubieran parecido delincuentes y amenazas inminentes, pero con Julia y Lena no temía nada. Se veía viviendo una nueva vida así, en ese entorno, y se vio capaz. Vio que le gustaría.

—Chicas, os quiero —decía Dolores—, quiero quedarme a vivir con vosotras.

—Claro, tía, quédate en esa habitación —le decían ambas.

—Y que se quedara Ismael también y vivir los cuatro.

—Claro —decía Lena—, me molaría mazo.

Se abrazaron las tres en el último bar abierto, prometiéndose amistad eterna. Cuando regresaron a casa, casi al amanecer, se acurrucaron las tres en su cama grande.

Aún bajo los efectos de la droga, se abrazaban y daban caricias. Julia y Lena comenzaron a darse placer sexual y, cuando los dedos de Lena se deslizaron hacia las bragas de Dolores, esta no los rechazó, sino que los aceptó con gusto y descubrió, poco a poco, que los dedos expertos de una mujer pueden proporcionar orgasmos extremos que la hacían gritar y gemir. Se dieron placer hasta que fueron perdiendo el sentido bajo las sábanas, mientras las persianas bajadas les protegían del sol de la mañana.

El timbre de llamada del teléfono despertó a Dolores de súbito. Miró el sol colándose entre las rendijas de la persiana y, sobresaltada, buscó el teléfono en aquella penumbra, siguiendo su sonido. Salió desnuda de la habitación donde las otras dos intentaban seguir durmiendo y tomó el teléfono, que estaba en una estantería del salón. Miró la pantalla y vio que el número era de su hija. ¡Se le había olvidado su cita con ella!

—¿Cayetana?

—Oye, mamá —parecía molesta—, ya tengo el coche cargado con las maletas. ¿Dónde te lo doy?

Dolores no podía pensar. No sabía ni qué hora era. Le dolía la cabeza, se sentía aturdida y sentía unas ganas tremendas de beber agua y de orinar. No sabía qué responder a su hija. Solo se le ocurrió un lugar en el que hacer el encuentro, una plaza cercana a la casa en la que pensó que sería sencillo. Quedaron una hora más tarde. Dolores se metió en la ducha nada más colgar.

En la ducha, con el agua caliente cayendo sobre ella, sentía que se agolpaban en su mente los recuerdos de la noche, lo que tenía que hacer en una hora y las posibilidades del futuro. Era tanto que procesar que se obligó a ir paso a paso, minuto a minuto, vivir al momento. Lo inmediato,

era obtener sus cosas de manos de su hija y después Dios diría.

Al salir de la duda, entró en la habitación, donde las chicas seguían acostadas. Sacó su ropa para ponérsela fuera, y al salir la detuvo la voz de Lena.

—¿Va todo bien, Lola?

—Sí, sí. Todo bien. Voy a salir.

—¿A dónde vas?

—Aquí al lado. Ahora vendré. Te llamaré porque quizá necesite ayuda para llevar unas maletas.

—Vale, ahora me levanto.

Dolores se vistió y miró su reloj. Faltaba poco para que llegara Cayetana. Tomó su bolso, sus gafas de sol, y salió a la calle.

Había salido el sol y había poca gente por la calle en aquel mediodía de viernes. Caminó hacia la plaza que le había dicho a su hija y se desorientó un par de veces hasta que acabó saliendo a la plaza.

Se sentó en un banco y aguardó, mirando hacia las calles por las que podría ver venir el coche de su hija. La espera se le hacía larga, pues Cayetana se retrasaba y la tensión aumentaba en su interior, cuanto más consciente era de lo importante del momento. Se levantó y paseó por la plaza mientras se cruzaba con personas que sacaban a pasear a sus perros y algunos vecinos inmigrantes se reunían en algunas zonas próximas. Al fin, vio entrar el coche deportivo de Cayetana por una de las calles.

Saludó con la mano y se acercó hasta el lugar donde Cayetana se detuvo. Esta salió del coche con gafas de sol, mirando a su alrededor y después observando a su madre de arriba a abajo.

—Pero mamá —exclamó Cayetana—, ¿qué es esto?, ¿qué haces aquí?, ¿estás bien?

Madre e hija se saludaron con un beso en la mejilla.

—Muy bien, la verdad —le dijo, con sinceridad—. ¿Has traído todo?

—Todo lo que me ha dado Evelyn.

La chica abrió el maletero para enseñarle a su madre lo que había traído. Dolores miró y vio las maletas que había indicado a su criada.

—Pero mamá, a ver —insistía la hija—, ¿dónde estás durmiendo?

—En casa de unas amigas.

—¿Aquí? —puso cara de extrañeza— ¿qué amigas son esas?

—Buenas amigas. Cayetana, he comenzado una nueva vida. He conocido a un hombre y pienso separarme de tu padre.

—¿Qué hombre? ¿Pero, y nosotros? ¿por qué le haces esto a papá?

—Tu padre me ha hecho algo peor a mí. Puedes que oigas muchas cosas a partir de ahora, pero que sepas que mucho será mentira. Yo solo me he movido por el amor y por mi felicidad, y ya está. Gracias por ayudarme, cielo. Y ahora, vete, que tengo que llevarme esto de aquí.

A Dolores no le gustaba estar llamando la atención a los vecinos y le corría prisa llevar esas tres maletas a casa de Lena y ver su contenido.

—Te llamaré pronto y hablaremos de todo lo que quieras.

La madre besó a la hija y, con dificultad, se puso a tirar de las maletas con ruedas, provocando un tremendo ruido en el adoquinado que dirigió a ella las miradas de algunos negros que había por allí.

—Mamá —dijo la hija, al ver la dificultad de Dolores—, te ayudo con eso.

—No, hija, gracias, vete.

Dolores no quería que su hija supiera dónde vivía, para que así no le pudiera dar información a Rafael acerca de su paradero. Cayetana no insistió más y se metió en el coche para salir de aquel barrio lo más pronto posible. Dolores la vio alejarse mientras tiraba de aquellos bultos sola. Tuvo miedo de que llegara cualquiera de esos que la miraba y le arrebatará una maleta, o tal vez todas. Se sentía vulnerable e indefensa, pues si querían robarle, no podría hacer nada para evitarlo.

Al pasar por una calle estrecha y silenciosa, lejos de las miradas, se tranquilizó un poco. Entonces sintió que alguien se le aproximaba por un lateral.

—¿Le ayudo, señora?

Dolores iba a girarse para ver quién se ofrecía a ayudarle, cuando esa persona la agarró de los

brazos y se la llevó en volandas.

—¡Suélteme! —gritó Dolores.

—Calla, desgraciada, no grites que será peor.

Aquella persona la arrojó al capó de un coche aparcado allí, sin dejar de sujetarla con fuerza, haciéndole daño en los brazos.

—¿Qué maleta es la de los papeles, Dolores?

Dolores se esforzó en girarse para poder ver quién la atacaba, aunque ya había reconocido la voz. Vio a Vallejo, con gafas de sol, que tomaba su cabeza. Lo siguiente fue que él hizo chocar su cara contra la chapa del vehículo.

—No me mires, zorra. —Vallejo echaba su aliento a alcohol sobre ella— ¿Te creías muy lista, eh? ¿creías que la filipina iba a mantener la boca callada? Te creías que nos la ibas a pegar a todos. Pues ahora va a ser por las malas.

Dolores estaba aterrorizada. Unos de los negros de la plaza se acercaron al ver la escena. Al verles aproximarse, Vallejo les gritó.

—¡Eh! ¡Ni acercarse a esas maletas, eh! Que os pego un tiro.

Los negros le lanzaron insultos y le recriminaron que estuviera atacando a una mujer indefensa.

—¡Soy policía! ¡Cuidadito conmigo, eh! ¡Venga, fuera, negros!

Vallejo, en su enfrentamiento verbal con aquellos africanos, aflojó la presa de Dolores, y esta lo aprovechó. Se escabulló y echó a correr calle arriba cuando Vallejo no pudo atraparla de nuevo. Ella corrió sin mirar atrás todo lo que pudo, mientras su agresor decidió centrarse antes en las maletas que en su presa. Fue hacia las maletas y las tomó para echarlas al coche.

Mientras tanto, Dolores corría sin saber a dónde iba, pues se había desorientado de nuevo en las callejuelas. Creyó tomar la dirección correcta hacia su derecha, corriendo y corriendo. Llegó al fin a una zona que le sonaba y se encaminó hacia donde creía que estaba la casa de Lena. Los hombres sentados en las terrazas la miraban con curiosidad porque, aunque estaban acostumbrados a las escenas de persecuciones en el barrio, era una novedad que la que huyera fuera una señora española de cierta edad.

Al fin, vio una calle que conocía. La casa de Lena estaba en la calle paralela. Solo tenía que cruzar un par de esquinas. Al girar la primera de ella, se encontró a Vallejo de bruces. Ella gritó de miedo y sorpresa, pero él la atrapó de nuevo y la empujó contra la pared. Dolores intentó liberarse de la tenaza de Vallejo.

—Estate quieta, puta.

Vallejo le mostró una navaja para intimidarla.

—Mira, señora puta, mira lo que tengo para ti.

Vallejo apretó la punta de la navaja contra la espalda de Dolores.

—Esto es por si te crees que voy de farol.

Dolores sintió un dolor lacerante, un pinchazo doloroso en la espalda, donde Vallejo le clavó la navaja, hundiéndola en su carne. Ella chilló de terror y dolor.

—¡Ahora te vienes al coche tranquilita! Y no vas a ir al chalet de tu marido, no. Ahora será por las malas. Ya verás donde llevamos a las traidoras.

De pronto, Dolores se vio libre de la presa del sicario y alcanzó a ver a Ismael dando un tremendo puñetazo a Vallejo que arrojó a este al suelo. Ella se lanzó a sus brazos y él la abrazó con fuerza. Vallejo se levantaba pesadamente frente a ellos.

—¡Tiene una navaja! —avisó Dolores.

Ismael dejó a Dolores en manos de Lena, que venía detrás, para enfrentarse de nuevo a

Vallejo, que empuñaba su navaja amenazador.

—¡El caballero andante! —rió Vallejo— Te voy a joder, puto rojo.

—Se te va la fuerza por la boca —le dijo Ismael, quitándose la cazadora y enrollándose en el brazo, preparado para defenderse.

Lena vio que Dolores tenía una herida en la espalda y quiso llevársela, pero esta no quería abandonar el lugar, temerosa de la suerte de Ismael.

—¡Vamos Lola! —le apremiaba Lena.

—¡No! —gritaba Dolores— ¡Ismael!, ¡cuidado!

Vallejo no se decidía a atacar, miraba a todas partes, nervioso, mientras Ismael seguía en guardia. Entonces Vallejo vio cómo Julia, desde la otra acera, le grababa con un teléfono móvil. Eso, para alguien que trabaja en las sombras, resultaba más amenazador que los músculos de Ismael, de modo que se dio la vuelta y echó a correr mientras Julia seguía grabándolo. Ismael entonces se dio la vuelta y regresó con Dolores, abrazándola.

—¡Está herida! Sangra, Isma, hay que llevarla al médico.

Ismael miró la herida, dejó que ella se apoyara en él y juntos se fueron a buscar un taxi.

—Mis maletas —decía Dolores, ignorando el dolor de la espalda—, mis cosas, se las lleva.

—Ahora lo importante eres tú, amor —le dijo él—, no hay nada más urgente.



Era la primera vez que Dolores estaba en un Centro de Salud de la Comunidad de Madrid. Allí la atendieron de urgencia al ver lo que tenía. Afortunadamente el corte no era profundo y allí mismo la enfermera pudo curar y dar unos puntos sin mayor problema.

Pusieron la pertinente denuncia, además dando el nombre del agresor. Cuando Ismael y Dolores salieron del centro sanitario, él la llevó arropada bajo su brazo en dirección a la casa de Lena. Él se sentía culpable.

—Lo siento, Lola. En cuanto llegué, Lena me dijo que habías quedado con alguien y me temí lo peor. Cuando salí de casa a buscarte, te oí gritar. Menos mal que estaba a la vuelta de la esquina. Tenía que haber estado contigo para protegerte.

—No tienes la culpa. Yo misma me lancé a hacer esta operación sola, sin cuidado. Es culpa mía.

—No pienso dejarte más.

—Todos mis documentos... los tiene ahora ese hombre. Ya no tengo nada con lo que negociar que se olviden de mí. Dios mío, Ismael, ¿qué iba a hacerme ese hombre? Me iba a matar.

—Solo quería asustarte.

—Pues lo ha conseguido. ¿Qué será de nosotros ahora?

—No pienses en eso ahora. Vamos a casa a descansar.

21

Los dos subieron con cuidado por las escaleras del edificio y entraron por la puerta de la casa.

—¿Lena? —llamó él.

—¡Aquí!

Llegaron hasta el cuarto de estar y allí estaban Julia y Lena, sonrientes, felices de ver a Lola. Se lanzaron a abrazarla.

—¡Lola!

—Tened cuidado —les dijo él—, le han dado un par de puntos en la espalda.

—¿Cómo estas? —le interesó Lena.

—Bien, bien. Un poco asustada. Y triste.

—¿Por qué triste?

—Ese hombre me ha robado todas mis cosas. Cosas importantes.

—Ve a tu habitación —dijo Lena, sonriendo.

—¿A mi habitación?

—Tienes una sorpresa.

Dolores caminó hasta la habitación, entró y con sorpresa comprobó que sus maletas estaban allí, todas. No sabía qué decir.

—Los chicos negros que vieron como te robaban. Cuando ese tío se fue detrás de ti, le quitaron las maletas de su coche y las guardaron para devolvértelas.

—No puede ser...

Dolores abrazó a Ismael y todos rieron de alegría y alivio.



En una cafetería de la calle Serrano, Isabel del Valle-Robledo tomaba una copa sola, con uno de sus escoltas sentado en una mesa detrás de ella y otro junto a la barra. Miraba su teléfono y después su reloj, impaciente. Tenía cara de pocos amigos, como era normal.

Por la puerta vio llegar a Dolores, elegante, con un traje chaqueta con falda y tacones, perlas, pendientes, dorados en sus muñecas y unas gafas de sol. Con ella, caminaba Ismael, el asesor podemita con traje y camisa, perfectamente peinado, un poco más alto que ella y atractivo. Ambos entraron en el local ante la mirada de los escoltas y la propia Isabel.

Llegaron hasta la mesa de Isabel y se sentaron frente a ella sin mediar saludo.

—No quiero que esté él —le dijo la ex jefa—, sácalo fuera.

—Sin él, no hay reunión, Isabel. Tu verás.

Isabel suspiró resignada.

—En fin, qué más da. Tengo curiosidad de qué vienes a decirme.

—Vengo a negociar contigo mi paz.

—¿Ah, sí? ¿y que tienes tú para negociar?

—Tengo facturas y los contratos que tú ya sabes de las obras de la sede y de las licitaciones de hace tres años.

—¿Y me lo tengo que creer?

—Te puedo mostrar unas fotos, si quieres.

—Continúa.

—Tengo también una denuncia contra Vallejo, por su agresión con arma blanca. El mismo

que, podría declarar, que estuvo reunido con Rafael y el Ministro pocas semanas antes. Conozco las operaciones ilegales en marcha. Pero podría retirar la denuncia y callar para siempre todo esto.

—¿Y qué pides a cambio?

—Nada. Que os olvidéis de mí. Que me dejéis en paz para siempre.

Isabel miró a Ismael y le habló directamente.

—¿Y tú partido? ¿Acaso se va a olvidar de todo esto?

—Mi partido nada sabe de esto. Al menos, no por mí. Además, me han despedido por confraternizar con el enemigo. Ya no trabajo para ellos. Al menos a mí solo me despide. No me mandan sicarios.

—Sois un peligro andante. No puedo fiarme de que el día de mañana soltéis el pico.

—Tú me conoces. Sabes que tengo palabra.

—La palabra no existe en este mundo, y menos tú, follapodemitas.

—Isabel, yo solo quiero vivir una nueva vida en paz. Si no me dejáis, no tengo nada que perder. Iré y contaré todo.

Isabel escrutó a Dolores y supo que era sincera. Pensó que lo más inteligente era aceptar la propuesta.

—Está bien —asintió Isabel, levantándose y dando por finalizada la reunión—. Quedamos en eso. Espero que puedas quedarte con el chalet, Lola. Buena suerte.

Isabel abandonó el local mientras un escolta le abría la puerta y el otro le vigilaba las espaldas. Cuando se marcharon, los amantes se abrazaron.

Un año y medio más tarde, el PP perdía el gobierno después de que PSOE y Podemos impulsaran una moción de censura debido a la condena por corrupción a aquel partido por parte de un juez. El gobierno cambiaba de color, pero el país seguía convulsionado.

Pero para Dolores aquello solo era una curiosa noticia en la televisión que ya no le afectaba en nada. El juez había decidido que Dolores se quedara con el chalet, en el cual tomaba el sol, desnuda, tumbada en la hamaca de su jardín, frente a la piscina, mientras miraba a su hombre en bañador limpiando la piscina. Miraba a Ismael y se sentía afortunada de las decisiones que la habían llevado hasta ese momento. Ahora ya no había ni Rafael ni Evelyn en aquella casa, solo Ismael, y aquel día, esperaban a unas amigas.

—¿A qué hora vendrán Lena y Julia? —le preguntó él.

—Por la tarde, ya sabes que no dicen nunca una hora concreta. Son así.

—Ya —sonrió.

—Me apetece un tinto de verano —dijo Dolores, sonriendo a Ismael.

—Como mande la señora —asintió él, divertido.

—Venga, sé que te da morbo que te trate como al servicio.

—Que bien lo sabes.

Él se acercó y se tumbó sobre ella para darse un largo beso en los labios.